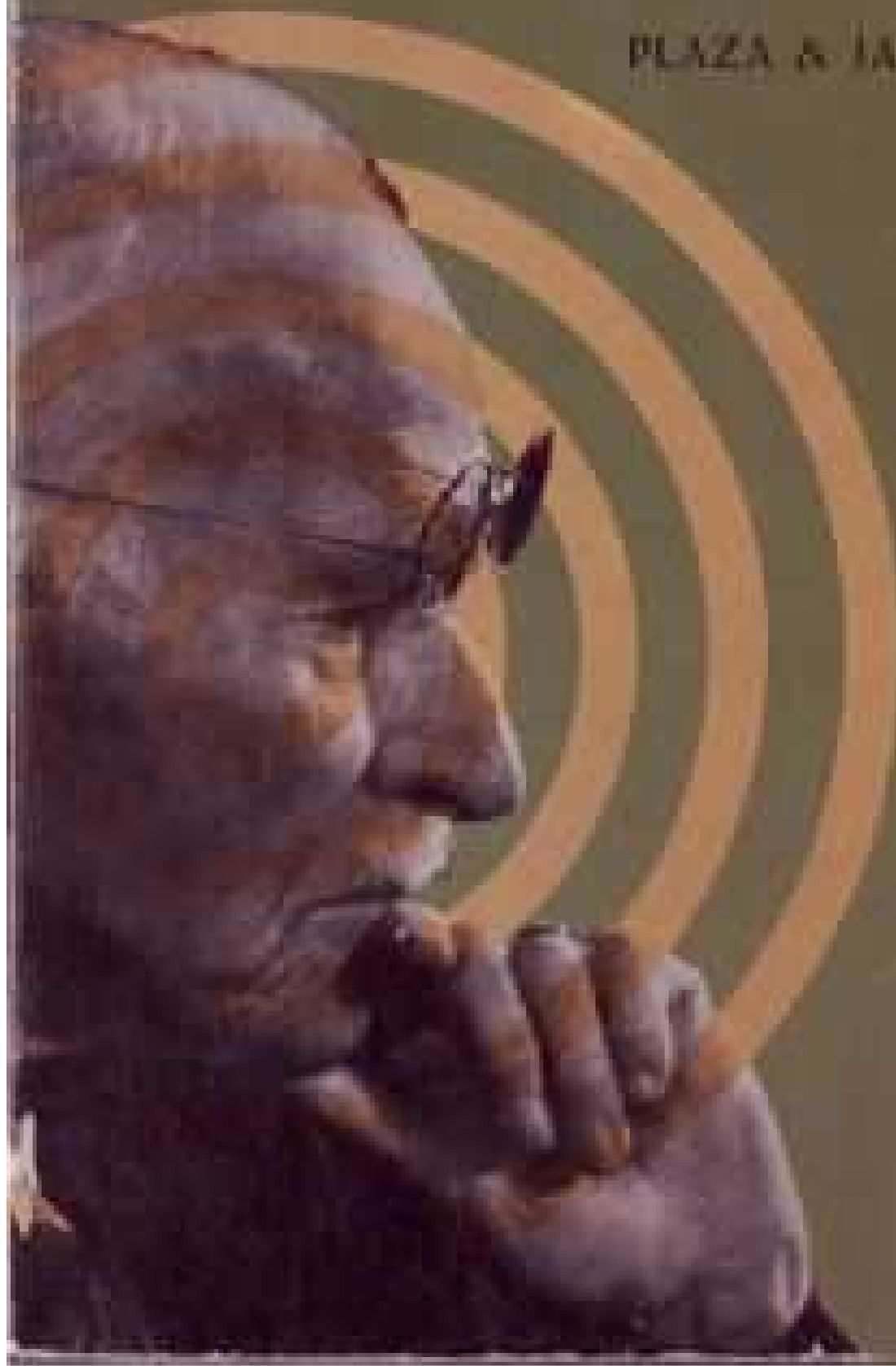


# TEORIA DEL PSICOANALISIS

Carl Gustav Jung

PLAZA & JANES



# **TEORIA DEL PSICOANALISIS**

«Teoría del psicoanálisis» es la obra fundamental de C. G. Jung. El famoso psicoanalista suizo expone en las páginas de esta obra, con una terminología sencilla, todo el desarrollo de sus propias ideas psicoanalíticas, desde los primeros problemas del histerismo, que despertaron el interés de Freud y de sus colaboradores, hasta su separación del maestro vienés. Para la justa y crítica comprensión de tan capital tema de nuestro tiempo, como es el psicoanálisis, resulta imprescindible el conocimiento de esta luminosa obra, que representa un capítulo aparte en la historia del movimiento analítico.

**Carl Gustav Jung**

Título original:  
VERSUCH EINER DARSTELLUNG DER  
PSYCHOANALYTISCHEN THEORIE

Traducción de  
F. OLIVER BRACHFELD

Portada de  
J. PALET

Primera edición: Junio, 1983

© 1961, PLAZA & JANES, S. A., Editores  
Virgen de Guadalupe, 21-33  
Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-45015-2 — Depósito Legal: B. 21.832 - 1983

GRAFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33  
Esplugues de Llobregat (Barcelona)

INDICE

Prólogo . . . . .	17
Capítulo Primero. — De la teoría traumática a la teoría dinámica . . . . .	21
Capítulo II. — La teoría de la <i>libido</i> . — Las tres fases de la vida humana . . . . .	57
Capítulo III. — Sueños y neurosis . . . . .	111
Capítulo IV. — Los principios de la terapia psicoanalítica . . . . .	179
Capítulo V. — Análisis de una niña de once años . . . . .	217

Si intentaríamos captar los tres grandes sistemas —Freud, Adler, Jung— en su íntima esencia (y no en sus enseñanzas), si intentaríamos exponerlos al modo más breve, se podría decir:

«En la labor investigadora de Freud se percibe por todas partes el cálido soplo de la metrópoli. La dialéctica demasiado clara y hasta cegadora le pertenece. Freud es un FAUSTO que no deja tranquilos a los demás, y que, a su vez, nunca está tranquilo.

»En la escuela de Adler, encontramos por todas partes la pequeña ciudad; cada cual puede mirar por la ventana de su vecino y controlar celosamente su standard de vida. El hacerse valer es lo más importante. Se perciben olores de cocina doméstica de la clase media por todas las calles.

»Con Jung, sin embargo, no estamos ya en la metrópoli ni en la pequeña ciudad; nos encontramos en la atmósfera libre y fresca de los Alpes. El turista contrata un guía para algunas horas,

pero en lo demás sólo puede confiar en sí mismo y en sus propias fuerzas. Junto a él, hay rocas y tierra, y encima brilla el limpio cielo y el sol que nos proporciona energías.»

Es de esta manera, poco más o menos, que un médico y escritor, fervoroso admirador de Jung, caracterizó cierto día los tres sistemas principales del moderno psicoanálisis. Al recorrer las páginas de este libro, el lector respirará sin duda esta refrescante atmósfera de los Alpes suizos, de los que es oriundo el ya desde hace mucho tiempo famoso Carlos Gustavo Jung, autor del presente libro. En una marcha ascendente, que el lector no experimentará ni un momento como algo penoso, nos abandonaremos a la segura guía de C. G. Jung, quien orientará nuestros pasos con singular maestría por los laberintos ideológicos del psicoanálisis, teniendo en las manos la brújula del buen sentido humano y el azadón de la crítica. Llegaremos así, poco a poco, a una alta planicie desde la cual tendremos una visión más elevada de las teorías del psicoanálisis.

TEORÍA DEL PSICOANÁLISIS no es ninguna exposición sistemática del estado actual del psicoanálisis, dividido hoy en tantas ramas y escuelas que mutuamente se combaten; contiene todos los gémenes de las teorías que el propio C. G. Jung profesa en la actualidad. Exposición sencilla, fácilmente asequible hasta para quienes no posean una preparación especial para esta clase de problemas; precisión de una actitud que hubo de marcar época en la historia del movimiento psicoanalítico, y vibrante polémica contra los detractores del psicoanálisis que, de mal talante, achacaron toda clase de defectos a la teoría psicoanalítica: he aquí lo que es la presente obra.

Jung publica la Teoría del Psicoanálisis, en su primera edición alemana, en 1913, bajo el título Versuch einer Darstellung der psychoanalytischen Theorie. La aparición de este estudio marca una profunda crisis tanto para la persona del propio Jung, como para el movimiento psicoanalítico. Al escribirlo, Jung no discrepaba aún por completo (como ocurrió más tarde, aunque en el fondo haya muchas semejanzas entre los dos) del pensamiento de su maestro Sigmund Freud. Habíase producido ya la otra gran heterodoxia en el seno de la escuela freudiana, cisma aún más fecundo y más importante de lo que debía de ser luego el de Jung: Alfredo Adler. Jung asumió todavía la presidencia del cuarto Congreso de Psicoanálisis, celebrado en Munich, pero esta participación fue la última; las divergencias entre su modo de ver y el de la escuela «oficial» llegaron a abrir una sima entre Freud y Jung, a pesar de las valiosas aportaciones de este último a la obra de su maestro. Sin embargo, Jung no ha llegado nunca a alcanzar la independencia de espíritu de Adler, ni a sacudir por completo el yugo del potentísimo pensamiento freudiano. En medio de las fundamentales discrepancias que separaban a los dos grandes psiquiatras vieneses, Jung creyó encontrar la misión peculiar del psicoanálisis suizo: la de mediar entre lo que le parecían dos exageraciones sectarias, y que él mismo intentó explicar luego en su Tipología psicológica (que tanto contribuyó a hacerle famoso), mediante unas diferencias existentes entre las «ecuaciones personales» de Freud y de Adler.

Adler y Freud se contraponen en irreconciliable antagonismo. ¿No serían ambos igualmente exagerados, igualmente unilaterales, habiendo reconocido cada uno de los dos sólo una parte de la ver-

dad? Y si así fuera, ¿no se podrían explicar sus discrepancias por su manera de ser y su temperamento: introverso el uno, extravertido el otro? Estos dos términos constituirían un hallazgo y son «palabras aladas»; pero, ¿explican verdaderamente las diferencias que separan a Adler de Freud?

Jung se propuso salvar esta sima, para elevarse luego, por encima de ambos, hacia una mayor plenitud, hacia una verdad más amplia que la de sus dos eminentes colegas. La Historia dirá si ha logrado o no su propósito, pero no dudamos de que haya quienes acusen al psiquiatra suizo de un eclecticismo hartamente fácil que representa un sacrificio menor que el adscribirse en cuerpo y alma a una de las dos teorías —por ejemplo— radicalmente antagónicas: sabido es que, huyendo de fáciles eclecticismos, somos discípulos, colaboradores de Alfredo Adler. Para medir la temperatura, disponemos de tres clases de termómetros, fabricados según Réaumur, Celsius y Fahrenheit. Los tres nos sirven muy bien para medir la temperatura, aunque con unas escalas diferentes; lo importante es medir, y saber luego lo que hayamos medido, o sea lo que los grados del termómetro significan en uno y otro de los sistemas. Lo mismo ocurre cuando se trata de explicar la psique del hombre: se puede proceder a nuestro examen según los tres sistemas diferentes, pero no se debe olvidar nunca desde qué punto de vista hemos procedido. Así se evitarán confusiones.

Jung no es causalista como Freud, ni teológico-finalista como Adler; para él, la vida anímica es «causal y final al mismo tiempo». Como se verá por las páginas que siguen, para Jung la causa de la neurosis no radica en los traumatismos; existen personas que, a pesar de traumatismos, no han

llegado nunca a ser neuróticas, mientras que, en otras, algún traumatismo meramente imaginado condujo a la producción de dolencias. Si bien para Freud la represión es algo rígido que se puede «disolver» mediante la técnica del psicoanálisis —analizar, ¿no quiere decir «disolver»?—, si bien, según Adler, la neurosis desaparecería si no existiera en el paciente una falta de ánimo y valor, Jung reconoce tanto la existencia de los «complejos» como, por otro lado, la importancia fundamental del «conflicto actual», del que nos hablará en las páginas del presente libro (y en cuya importancia tanto insistiera la escuela adleriana). De esta manera, Jung reconoce la determinación psicológica ~~dolor, conciencia e interscencia, crecimiento~~ bastante menos que su consecuente continuador Alfredo Adler.

La neurosis es, para Jung, la opresión de uno de los dos polos de nuestra personalidad en favor del otro. La idea de la compensación (que ya en las teorías de Freud tiene cierta importancia, pero que sólo en las de Adler fue plenamente reconocida, en el concepto de la supercompensación) aparece también en Jung como el carácter primordial de todo acontecer anímico. La vida es un juego de compensaciones, un eterno vaivén, entre placer y dolor, conciencia e inconsciencia, crecimiento y disminución, extraversion e introversión, progresión y regresión, vida y muerte.

Continuador importantísimo de las teorías energéticas del alma, la libido es para Jung la portadora de la energía anímica, un concepto análogo al de la energía en la Física. Con esto, claro está, la libido queda desexualizada y su concepto se amplía considerablemente, transformándose con ello también la noción de la sexualidad, que se

subdivide en varias fases, según las fases de la humana a que corresponde. La idea jungiana de la escisión de la libido es considerada por muchos como muy fecunda; otros verán en su desexualización, sin duda, una «resistencia» debida al fondo metafísico y religioso que el aparente pragmatismo trata en vano de ocultar en la obra que presentamos.

Pragmatismo tan sólo aparente, acabamos de decir. En efecto, nadie más que Jung está preocupado por problemas metafísicos y religiosos, y no sólo en nuestra civilización occidental, sino también en los primitivos y en los antiguos orientales. Es espiritualista: «nosotros, los modernos, tenemos la necesidad de vivir de nuevo, en el espíritu, esto es, de convertirlo en protovivencia», nos dice en un estudio suyo. Este es su credo. Salva la religión para los psicoanalistas (como Rhaban Liertz intentará salvar cierto día el psicoanálisis para la religión, fracasando en su intento), y es incapaz de considerarla, siguiendo a Freud, como mera ilusión. No está dispuesto a elevar la sexualidad por encima de todo.

Pero hay todavía más. Prescindiremos, en este lugar, de explicar sus conceptos —de cariz un tanto escolástico— de animus y de anima, y sólo diremos pocas palabras a su concepto de los arquetipos, o sea del inconsciente colectivo. Según Jung, el alma no nace como una tabula rasa; hay continuidad entre las generaciones humanas, y, «en cierto modo, somos parte de una gran alma única, de un hombre único, inmenso, para hablar como Swedenborg». Si bien el alma no posee unas presentaciones heredadas, tiene por lo menos unas posibilidades, debidas a la herencia, de producir de nuevo aquellas representaciones «que, desde

siempre, fueron la expresión de los dominantes del inconsciente». Existe un patrimonio común de la Humanidad: el patrimonio animico heredado, y las adquisiciones de los antepasados perduran no sólo corporal, sino también animicamente, en los descendientes. ¡Ay de quienes no saben dominar estas ancestrales herencias animicas! A veces, estas últimas cobran existencia autónoma, como verdaderas «personalidades parciales», causando graves conflictos animicos en el individuo que las lleva. En los sueños del hombre normal, en las fantasías del niño, en la mente escindida del esquizofrénico, todos «repasamos lecciones que repasaron antaño nuestros antepasados», como dijo Nietzsche. La teoría de Jung cobra, pues, una importancia historicocultural, con su concepción de los «arquetipos» del alma y del inconsciente colectivo; importancia tal vez mayor que la de las teorías freudianas; importancia a la cual nunca ha pretendido Adler. Al mismo tiempo, consigue con ello una elasticidad muy grande que le permite encuadrarse dentro de otras teorías. Si bien, hace algunos años, en un concurso público de la Universidad de Leipzig sobre «psicología profunda», se consignaban los nombres de los otros dos triunfros del psicoanálisis como exponentes de la misma, sin que se mencionara a Jung, vemos hoy día aparecer su nombre en casi todos los libros acerca de problemas psicoanalíticos, con nuevos brillos. Es verdad que, entre los tres, es Jung el único «ario»; hace algunos años, los psiquiatras de la Alemania hitleriana le elevaron, por tanto, a la presidencia de una asociación de psicoanalistas «arios», y Jung fue a presidir, en efecto, su congreso. Verdaderamente, de los «arquetipos» hasta su identificación con el concepto místico

de la «sangre» (la idea de que, lo que somos, lo somos en virtud de lo que fueron nuestros antepasados), no hay más que un paso. Esto tiende un puente entre Jung, psicólogo conservador, y la teoría política del nacionalsocialismo.

Porque Jung es, en último análisis, y a pesar de su aparente ideología liberal, un psicólogo de la reacción, y su «psicología analítica» es, respecto al «psicoanálisis» freudiano, lo mismo que el fascismo o el nacionalsocialismo respecto al socialismo marxista con el que tienen, a pesar de todo, hondas correlaciones. Pero estos problemas se refieren ya a una fase muy posterior de la evolución de nuestro psicólogo que poco tiene que ver con el autor de este libro, excepto el hecho de que en las siguientes páginas se halla en germen todo su ulterior desarrollo.

Es por este motivo que podemos afirmar que éste es uno de los mejores libros de Jung. El famoso psicoanalista suizo expone en las páginas que siguen, con una terminología sencilla (pero no por eso carente de metáforas y de otros recursos psicoanalíticos, desde los primeros problemas del histerismo que despertaron el interés de Freud y de sus colaboradores, hasta su separación del maestro vienés. Pasa revista a las teorías del traumatismo, de los «instintos parciales», de la libido y de la neurosis, ilustradas todas con interesantes ejemplos, como son el análisis de la «señora histerica rusa», o de la «niña de once años». En brillantes páginas, el autor nos explica su concepción personal acerca de la libido, resumiendo en forma breve y asequible los resultados de otra monumental obra suya, mucho más extensa sobre dicho tema. La libido, concepción pansexualista

en manos de Freud, se transforma en las de Jung en un concepto netamente energético y desexualizado, en estrecha analogía con el concepto de la conservación de la energía, de la Física.

Estas lucubraciones le dan a Jung ocasión para precisar, en todos los puntos en que ello sea necesario, su pensamiento frente a las de su maestro Freud, cuyas teorías enriqueció antaño con el «concepto de las libres asociaciones de ideas», el término «complejo» o «imago», lo mismo que con el postulado, hoy vigente entre psicoanalistas, de que todo médico psicoanalista debe someterse a un extenso análisis previo antes de iniciar su práctica psicoanalítica en enfermos.

Para la justa y crítica comprensión de tan capital tema de nuestro tiempo, como es el Psicoanálisis, es imprescindible el conocimiento de esta luminosa obra que representa un capítulo aparte en la historia del movimiento analítico.

DR. F. OLIVER BRACHFIELD

Nota: Este comentario fue escrito y publicado en el año 1961, poco antes de que falleciera el autor de este libro.



## PRÓLOGO

En la presente obra, me he esforzado en poner de acuerdo mis experiencias prácticas con la teoría psicoanalítica. He circunscrito en ella mi actitud frente a los principios que mi venerado maestro Sigmund Freud tiene formulados tras largos años de asiduo trabajo.

Sorprenderá tal vez que hasta hoy no haya explicado esta mi actitud aunque mi nombre aparece relacionado, desde hace ya tanto tiempo, con el psicoanálisis; esto se debe al hecho de que no me he creído ya en la posibilidad de formular crítica alguna, al darme cuenta, hace ahora diez años, de hasta qué punto había rebasado Freud los límites de los conocimientos adquiridos por la psicopatología y, en general, dentro del sector de la psicología, de los procesos complejos del alma.

No he querido enorgullecerme como tantos otros que, confiados en su ignorancia y en su incapacidad, han creído tener el derecho de rechazarlo todo a guisa de crítica; me dije que antes

era preciso trabajar modestamente en silencio durante varios años en este terreno. Desde luego no han faltado las desagradables consecuencias de críticas prematuras y superficiales; los ataques de una indignación ignorante no dieron en el blanco; el psicoanálisis continúa prosperando, indiferente a la gatzmoñería incientífica nacida en torno suyo. La planta crece y se propaga en dos mundos a la vez: en Europa y en América. Una vez más, la crítica oficial participa del triste sino del *proctofantasmista* de la Noche de Walpurgis y puede decir con él:

*Ihr seid noch immer da! nein dar ist unerhört!  
Verschwindet doch! Wir haben ja aufgeklärt!*

*¿Estáis todavía aquí? No, ¡esto es inaudito!  
¡Desapareced! ¡Hemos esclarecido!*

Estos señores han olvidado que todo cuanto existe tiene una razón suficiente para existir, hasta el psicoanálisis. No caigamos en el error de nuestros adversarios, negándoles a ellos también este mismo derecho. Pero comprendamos el deber que nos ha sido impuesto y que consiste en ejercer nosotros mismos una crítica basada en el conocimiento de los hechos. Me parece que el psicoanálisis tiene necesidad de este equilibrio interno.

Se ha supuesto erróneamente que mi actitud representa una «escisión» en el movimiento psicoanalítico. Tales cismas no existen sino allí donde se trata de *creencias*; ahora bien: en psicoanálisis, se trata de una ciencia con fórmulas varia-

bles. He tomado por máxima la regla pragmática de William James:

*You must bring out of each word its practical cashvalue, set it at work within the stream as a program for more work and more particularity as an indication of the ways in which you can set. We don't lie back upon them, we move forward, and, an occasion, make nature over again by their aid.*

(Tienes que extraer de cada palabra su valor inmediato práctico, y utilizarla dentro de la corriente de tu experiencia. Aparece entonces me- nos como una solución que como un programa de mas trabajo, y en particular como una indicación de los métodos en que podemos progresar. No dependemos de ellos; progresamos, y a veces asimilamos de nuevo con su ayuda.)

Mi crítica no la dicta un raciocinio académico, sino la observación directa de los hechos en el sector psicoanalítico durante diez años de serio trabajo. Sé que mi experiencia no es tan amplia como la de Freud, pero me parece que algunas de mis fórmulas reflejan con mayor exactitud que las suyas la observación de los hechos. He podido darme cuenta de cuán útiles me han sido estas concepciones y cuánto me han ayudado a dar a mis alumnos una idea justa del psicoanálisis.

No creo que una escisión deba ser la consecuencia inevitable de una crítica modesta y co- medida; confío, bien al contrario, en que la mía

ayudará al desarrollo del movimiento psicoanalítico, y que, gracias a ella, cuantos hayan carecido de experiencia práctica; cuantos, cohibidos por las hipótesis teóricas, no hayan podido hasta ahora captar el verdadero carácter de nuestro método, podrán comprender el real valor científico del psicoanálisis.

C. G. JUNG

*Zurich, otoño de 1917.*

Capítulo primero

DE LA TEORÍA TRAUMÁTICA A LA  
TEORÍA DINÁMICA

LA TEORÍA DEL TRAUMATISMO. — No me parece tarea muy fácil hablar en el momento actual de psicoanálisis, no sólo porque topamos inmediatamente con los más complicados problemas de la ciencia moderna, sino, ante todo, por tropezar con numerosas dificultades, de las cuales parece imposible dar una descripción clara. El lector no encontrará, pues, en este libro, una exposición documental completa teórica y prácticamente elaborada. A pesar de todo el trabajo realizado hasta la fecha, el psicoanálisis aún no ha llegado a tanto. Tampoco podemos brindar al lector la génesis ni la evolución del sistema. La literatura sobre temas psicoanalíticos está bastante divulgada hoy; ¿para qué repetir entonces lo que se ha dicho ya tantas veces? Otra dificultad más se debe al hecho de que existen actualmente opiniones tan equivocadas sobre la naturaleza del psicoanálisis que a veces es imposible captar su verdadero carácter, y uno tiene que preguntarse muy a menudo cómo un hombre de alguna cultura científica ha podido

llegar a ideas tan fantásticas. Pasemos por alto estas lucubraciones, consagrando nuestro tiempo y nuestro esfuerzo a problemas que, por su naturaleza, podrían verdaderamente dar lugar a una mala inteligencia.

En el decurso de los últimos decenios, la teoría psicoanalista ha evolucionado considerablemente, cosa que aún mucha gente parece ignorar. Muchas personas, por ejemplo, que han leído la obra inicial: *Estudios sobre el histerismo*, de Breuer y Freud, persisten en la opinión de que, según la teoría psicoanalítica, el histerismo y, en general, todas las neurosis, son oriundos de traumatismos de la primera infancia. Siguen, pues, combatiendo esta *teoría del trauma*, sin sospechar que ha quedado abandonada por el propio Freud ya hace más de quince años, quedando remplazada por otras concepciones. La aludida transformación del psicoanálisis tiene tanta importancia para todo el desenvolvimiento técnico y teórico del psicoanálisis, que vale verdaderamente la pena de someterla a un detenido examen. Según el citado libro de Breuer y Freud, el síntoma histérico no provendría de una fuente orgánica desconocida, tal como se creyó antaño, sino que debería ser determinado por fenómenos anímicos de gran valor efectivo: lesiones anímicas o traumatismos. Todo observador concienzudo puede confirmar hoy día, por sus propias experiencias, que, en efecto, encontramos muy a menudo en los comienzos del histerismo síntomas sobremanera molestos y dolorosos.

Tal fenómeno no escapó por completo a la atención de los médicos antiguos; sin embargo, fue Charcot, a mi entender, quien aprovechó por primera vez esta observación teóricamente útil,

probablemente bajo la influencia de la teoría del *nervous shock* de Page. Charcot comprobó asimismo, gracias al hipnotismo, que estuvo en aquel momento en auge, que los síntomas histéricos podían provocarse y suprimirse mediante la sugestión. Creía estar en presencia de algo análogo a los casos de *histerismo del accidente* (*Unfall-Hysterie*), que en aquel entonces se hacían cada vez más frecuentes.

Para Charcot, el *shock* del traumatismo sería el factor del hipnotismo; la emoción producida por él provocaría una parálisis total momentánea de la voluntad, mientras podría producirse la representación del trauma como una especie de autosugestión. Esta concepción ofreció la base a toda una teoría psicogenética. Estudios etiológicos (1) debían demostrar más tarde la existencia de este mecanismo, o de otro mecanismo semejante, en los casos de histerismo no traumático. Es esta laguna la que vinieron a llenar en la etilogía del histerismo los descubrimientos de Breuer y Freud, demostrando que los casos ordinarios del histerismo (aquellos que no se consideraban como consecuencia de algún traumatismo) englobaban no obstante, a su vez, este elemento revestido de la misma importancia etiológica. Era naturalmente que Freud, discípulo personal de Charcot, viera en este descubrimiento una confirmación de las ideas de su maestro. La teoría, elaborada en su mayor parte por Freud, basada en las experiencias que se habían realizado hasta aquella fecha, está marcada por consiguiente por el sello de la etiología traumática, hasta tal punto que, con justo derecho, se la puede denominar teoría del traumatismo.

(1) Etiología: explicación de las causas de una enfermedad.

La novedad de esta teoría—haciendo abstracción completa del análisis profundizado de los síntomas—consista en la disolución del concepto de autosugestión (en un principio factor dinámico de la teoría) y en su sustitución por unas representaciones detalladas de los efectos psicológicos y psicofísicos originados por el *shock*. El *shock* o traumatismo produce una emoción de la cual el individuo se libra; esta emoción queda en condiciones normales descargada, *ab-reaccionada* hacia fuera. En el caso del histerismo, el traumatismo no se experimenta sino parcialmente; resulta de ello una *retención de la emoción* (*Affekt-Einklemmung*). La energía potencial de esta emoción retenida, pero siempre dispuesta a actuar, entretiene los síntomas de la enfermedad, pasando (mediante una *conversión* de energías) del sector anímico al sector físico. La terapia debía, pues, tener por objetivo en este estudio de los conocimientos psicoanalíticos, la liberación de esta emoción retenida, esto es, el separar de los síntomas las cantidades de energía emotiva convertidas y reprimidas. Por esto se la ha llamado muy justamente *teoría purificadora* o *catártica*, siendo su objetivo el de *ab-reaccionar* las emociones retenidas. El análisis veáse así más o menos estrechamente vinculado a los síntomas; primero se les analizó, o bien sirvieron de punto de partida al trabajo analítico; procedimiento que está en completa oposición con la técnica aplicada actualmente por los psicoanalistas. El método *catártico* (como asimismo la teoría sobre cuya base descansa) fue aceptado por otros especialistas, en la medida en que se interesaron por él, y llegó a obtener consagración oficial en varios libros de texto de enseñanza psiquiátrica.

Si bien los descubrimientos de Breuer y Freud son indudablemente justos (cosa que se puede comprobar en cualquier caso de histerismo, no por eso deja de suscitar la teoría misma algunas objeciones. El método de los psiquiatras demuestra con admirable claridad las relaciones que existen entre los síntomas actuales y los acontecimientos traumáticos de antaño, así como las consecuencias psicológicas aparentemente forzadas de la situación traumática inicial. No por eso se deja de tener dudas sobre la importancia etiológica del llamado traumatismo. En primer lugar, a todo aquel que conozca el histerismo le parecerá muy dudoso que se pueda reducir una neurosis, con todos sus detalles, a ciertos acontecimientos del pasado, o sea al motivo de la *predisposición*. Actualmente está de moda considerar los estudios mentales anormales que no sean de proveniencia exógena como productos de una degeneración hereditaria y no como oriundos de la psique y de las circunstancias del medio ambiente. Esto es una exageración. Sabemos fijar muy bien, por ejemplo, la línea mediana en la etiología de la tuberculosis; existen, sin duda, casos de tuberculosis en los cuales el germen de la enfermedad se multiplica desde la primera infancia, en un terreno tan predispuesto por la herencia, que las condiciones más favorables son incapaces de salvar al enfermo de su sino. Sin embargo, existen igualmente casos de infección mortal con una ausencia total de toda afección hereditaria y de predisposición. Tales constataciones tienen su valor en el sector de la neurosis cuando las cosas no pueden pasar de ningún modo de otra manera que en otros sectores de la patología. Una teoría constitucional extrema sería tan falsa como una

teoría unilateral del medio ambiente. Aunque la teoría del traumatismo tenga un carácter muy marcado de teoría constitucional que busca en el pasado la *conditio sine qua non* de la neurosis, no por eso el empirismo genial de Freud ha dejado de encontrar—en sus estudios propios como en los que fueron realizados por Breuer— hechos más en consonancia con una teoría ambiental; pero estos hechos no han sido utilizados suficientemente desde el punto de vista teórico. Estas observaciones fueron luego condensadas por Freud en una sola idea, que debía conducirlo más tarde mucho más allá de la teoría del traumatismo: el concepto de la *repression* (*Verdrängung, refoulement*).

LA TEORÍA DE LA REPRESIÓN. — Por *repression* se entiende un mecanismo de transferencia de una noción consciente a la esfera inconsciente (o esfera de la psique ignorada por la consciencia). El concepto de la represión se basa en la observación hecha tan a menudo de que los neurópatas son capaces de olvidar hasta tal punto los pensamientos o los acontecimientos importantes, que parecerá como si nunca hubieran existido. Este fenómeno es harto frecuente y es, sin duda, co-nocidísimo por todos los médicos que ya se hayan preocupados de penetrar en la psicología de sus enfermos. Ya los trabajos realizados por Breuer y Freud demostraron la necesidad de usar unos procedimientos especiales para devolver a la conciencia las vivencias traumáticas olvidadas. Que-  
damos, sin duda, algo sorprendidos, ya que todo el mundo está poco dispuesto a admitir que cosas importantes puedan olvidarse. Frecuentemente

han surgido críticos que pretendían que los recuerdos hipnóticos, no eran sino el resultado de la sugestión, sin que responderían a realidad alguna. Aunque tal duda esté hasta cierto punto fundada, sería injusto aprovecharla para negar la *repression en principio*, puesto que en muy numerosos casos ha podido ser comprobada la autenticidad de los recuerdos reprimidos y devueltos luego a la superficie de la conciencia. Para contri-  
buir por nuestra parte a las abundantes pruebas que existen de este caso, podemos demostrar experimentalmente la existencia de tales fenómenos mediante la *expresión de las asociaciones de ideas*. Comprobamos que las asociaciones de ideas que pertenecen a unos complejos fuertemente afectivos, reaparecen mucho más difícilmente en la superficie de la conciencia y quedan muy a menudo olvidadas.

Como quiera que estas experiencias no han sido nunca comprobadas, esta comprobación nueva queda rechazada sin más ni más. Ahora bien: recientemente, Wilhelm Peters, de la escuela de Kraepelin, ha confirmado mis primeras observaciones y ha demostrado que los acontecimientos que hayan acarreado un displacer (desdén, dolor), son sólo muy raras veces reproducidos con exactitud.

El principio de la represión fundamentase, pues, en bases empíricas absolutamente seguras. Sin embargo, es preciso ir más lejos aún y preguntarse si la represión proviene de una decisión consciente del individuo, o si se trata de una disposición más bien pasiva, de la cual el individuo no tenga conciencia. Freud aporta en sus trabajos una serie de pruebas de que existe una tendencia—por decirlo así, consciente— de reprimir todo

cuanto sea molesto. No hay psicoanalista que no conozca numerosos casos en los cuales acabó por convencerse de que una vez en el curso de su enfermedad, los enfermos se dieron más o menos cuenta de su voluntad de no pensar más en tal o cual cosa desagradable. Una enferma observó un día, de manera harto significativa: «*je l'ai mis de côté*», «*dejé eso a un lado*». Por otra parte, forzoso nos es reconocer que, muy a menudo, las investigaciones más refinadas son insuficientes para probar ningún «*apartamiento*» y que el proceso de la represión aparece mucho más como una desaparición pasiva o una atenuación de impresiones. Los enfermos que pertenecen a la primera categoría, dan la impresión de ser personas mentalmente bien desarrolladas, pero cargadas de cierta cobardía frente a sus propios sentimientos. En cambio, aquellos que pertenecen al segundo grupo parecen haber sido perjudicados en su desenvolvimiento y, en ellos, el proceso de la represión puede compararse a un mecanismo automático. Esta diferencia está en muy estrecha relación con la cuestión (ya esbozada más arriba) de la teoría ambiental o de la constitucional. Los casos de la primera categoría parecen haber sido influidos ante todo por los que les rodearon y por la educación; mientras que en el segundo caso, la constitución parece desempeñar un papel predominante. No es necesario observar qué categoría de enfermos tienen más probabilidades de curación.

El concepto de represión contiene, pues, un elemento que contradice la teoría del trauma. En el análisis de Miss Lucy R., descrito por Freud, se evidencia la inutilidad de buscar el factor etiológico importante en la escena traumática; lo en-

contramos, sin embargo, en la insuficiente preparación del individuo para hacer frente a la existencia. Si tenemos en cuenta que más tarde, en sus *Escritos de contribución a la teoría de la neurosis*, el mismo Freud, fortalecido por su experiencia, se ve obligado a considerar como fuente de la neurosis determinados acontecimientos importantes acaecidos en la primera infancia, tendremos la impresión de una mala inteligencia entre la idea de la represión y la del traumatismo: la primera contiene los gérmenes de una teoría ambiental, mientras que la segunda es una teoría constitucional.

TEORÍA DE LA NEUROSIS. — En un principio, la teoría de la neurosis se desarrolló enteramente en el sentido de la concepción traumática. Si seguimos el camino de Freud en sus trabajos posteriores, le vemos llegar a la conclusión de que no se puede atribuir sino una actividad aparente a los acontecimientos traumáticos más tardíos, puesto que su eficacia no se concibe sino en virtud de una predisposición especial. Es evidente que fue en este momento preciso cuando encontró la solución al enigma.

El trabajo analítico llevó al médico a la infancia, cuando se descubrieron las raíces de los síntomas histéricos. Para esto, se ha remontado la cadena de los síntomas histéricos, eslabón por eslabón, hasta llegar a reminiscencias infantiles. El comienzo de la cadena amenazó con perderse por completo en la niebla de la misma infancia. Ahora bien: una vez se llegó tan lejos, viéronse surgir inmediatamente unos recuerdos de escenas sexuales, activas o pasivas, en determinada relación



con aquellos acontecimientos posteriores que por fin desembocaron en la neurosis. De todas estas observaciones surgió la teoría del traumatismo sexual de la infancia.

Dicha teoría tropezó con una resistencia tenaz, no a raíz de unas razones de orden teórico que podrían contradecir al principio mismo del traumatismo, sino por causa del elemento sexual. La gente se indignó al pensar que los niños podían tener sexualidad y que podían estar preocupados por temas sexuales. Además, la reducción del histerismo a una causa netamente sexual, no encontró aceptación favorable, puesto que precisamente se acababa de abandonar la idea de que esta enfermedad pudiera provenir de un reflejo interno o de una sexualidad insatisfecha. Es natural que se negara la realidad de las observaciones de Freud. Sin embargo, si los contradictores se hubieran contentado con ello, si la oposición no se hubiera fomentado artificialmente so pretexto de la indignación moral, hubiera sido posible una discusión sin enfado y desapasionada. Pero desde el momento en que se rozó el sector sexual, la teoría tropezó con una resistencia general, y toda la escuela freudiana no inspiró en Alemania sino desconfianza.

Para el hombre de ciencia verdaderamente serio, se trata tan sólo de saber si las observaciones de Freud son aceptables y justas o no. Es posible que a veces las encontremos poco probables; no obstante, no debemos considerarlas *a priori* como falsas. Todas las veces que la comprobación de sus resultados se ha intentado seriamente, las relaciones psicológicas han quedado absolutamente confirmadas; no así la primera suposición de Freud, de que se trataba siempre de escenas ver-

daderamente traumáticas. Además, el mismo Freud tuvo que abandonar, a consecuencia de numerosas experiencias, la hipótesis de la irrealidad absoluta del traumatismo sexual, comprobando que estas escenas de carácter sexual eran, en parte, irreales. Esto parece dar razón, a primera vista, a aquellos críticos que pretendían que los resultados de las investigaciones analíticas debíanse a la sugestión.

Pero tendríamos que dudar de la buena fe de quienes aporten tales afirmaciones. Quien haya leído los primeros escritos de Freud y haya intentado penetrar con él en la psicología de sus enfermos, sabe perfectamente cuán injusto sería atribuir a un espíritu tan fino como el suyo tan burdos errores. Acusaciones de este talante recaen, en últimos análisis, sobre quien las haya formulado. Desde entonces, se ha examinado con toda clase de necesarias precauciones una larga serie de enfermos para excluir toda posibilidad de sugestión, y las relaciones descritas por Freud no han dejado de quedar corroboradas. Nos vemos, pues, obligados a admitir que gran número de tales traumatismos de la primera infancia son de carácter meramente imaginario, que no son sino meras fantasías, mientras que a otros traumatismos les corresponde la realidad objetiva.

Esta comprobación, en el primer momento un tanto desconcertante, quita todo valor etiológico al traumatismo sexual de la edad juvenil; poco importa si ha existido o no. La experiencia demuestra que las fantasías pueden tener una acción casi tan traumática como los mismos traumatismos sexuales. Sin embargo, todo especialista del histerismo puede recordar casos en los cuales la neurosis fue verdaderamente provocada

por unas impresiones violentas con efectos traumáticos. Nos encontraríamos aquí ante una contradicción a causa de la improbabilidad del traumatismo que hemos comprobado más arriba; sin embargo, esta contradicción no es sino aparente. Muchísimas personas han padecido traumas en su infancia o en la edad madura, sin que se hayan vuelto neuróticos. El traumatismo no tiene, pues, una importancia etiológica incontestable; puede producirse y desaparecer luego sin dejar huellas duraderas. Es preciso, pues, que el individuo se encuentre en una disposición interior completamente especial para que ésta pueda ejercer una acción. No se trata de una disposición hereditaria completamente oscura, sino de un *desenvolvimiento psicológico que tocaría a su apogeo y manifestarse en el momento traumático*.

He aquí un ejemplo concreto que nos hará comprender el carácter del traumatismo, así como su preparación psicológica:

Una señora joven fue atacada de un grave traumatismo a consecuencia de un gran susto. Después de pasar la noche en casa de unos amigos, volvía a su casa a eso de la medianoche, en compañía de varios de ellos. Súbitamente, detrás de ella apareció un coche, cuyos caballos corrían al galope. Las demás personas se pusieron de lado, pero ella, espantadísima, se quedó en medio de la calle y se puso a correr ante los caballos. El cochero hizo sonar su látigo; gritó, juró, pero todo fue en vano. Ella seguía corriendo por en medio de la calle, que la condujo a un puente. Allí, habiendo perdido sus fuerzas, estaba a punto de arrojarse al río para esquivar el peligro de los caballos. Por suerte, los transeúntes lograron impedir que realizara su propósito.

Ahora bien: dicha señora, que solía residir en San Petersburgo, había resistido (aunque a pesar suya) a la sangrienta represión de los sublevados en la famosa jornada del 22 de enero, encontrándose por casualidad en la calle cuando las tropas «la limpiaron» con sus descargas. A ambos lados caían al suelo personas muertas o heridas; sin embargo, ella conservó su entereza y presencia de espíritu. Descubrió un pasaje a través del cual pudo salvarse pasando a otra calle. Aparentemente, la escena espantosa no la había impresionado; se encontraba perfectamente bien, hasta en mejor disposición que de costumbre.

Son muy frecuentes los casos de esta índole. Se suele concluir de ellos, forzosamente, que la intensidad del traumatismo tan sólo tiene una débil influencia patógena (causante de enfermedades) y que los factores esenciales dependen de circunstancias peculiares. Poseemos ahora un indicio que podría ayudarnos a descubrir lo que es la predisposición. Preguntémosnos, ante todo, cuáles son las circunstancias peculiares de la escena del coche. La señora se asustó cuando oyó el galope de los caballos; durante un instante tuvo la intuición de una espantosa fatalidad, en virtud de la cual este galope significaría su muerte o alguna otra cosa no menos horrenda, hasta tal punto que perdió completamente la razón. No cabe duda que los caballos desempeñaban en la escena un papel importantísimo; no puede ser de otro modo sino que representen para la enferma algo peculiar para que tan nimio acontecimiento pueda producir en ella tales efectos. Podría suponerse, por ejemplo, que ya alguna vez en su vida había corrido peligro a causa de unos caballos. Efectivamente fue así: a la edad de siete años, cuando la

llevaban de paseo en coche, con su cocherero, los caballos se desbocaron, lanzándose hacia un río que corría por un lecho muy profundo. El coche-ro saltó del coche, gritando hiciese otro tanto. En su terror, la pequeña apenas se pudo decidir a ello; sin embargo, saltó en el último momento, antes de que los caballos se hubieran precipitado, arrastrando tras sí al coche, en las honduras del río, donde los animales perecieron ahogados.

Que semejante acontecimiento pudiera dejar tan profunda impresión, no tiene nada de sorprendente; sin embargo, no se explica cómo y por qué precisamente una alusión tan nimia ha podido provocar, tanto tiempo después, reacción tan absurda. Sabemos que el síntoma tardío tuvo su preludio en la infancia; pero todo cuanto pueda contener de patológico queda completamente explicado.

Esta anamnesis (de la cual aún leeremos la continuación) nos demuestra claramente la desproporción que existe entre el llamado traumatismo y la parte que corresponde a la fantasía. Esta última debía predominar considerablemente en este caso para que se llegara a dar tanta importancia a un acontecimiento tan anodino. Uno se siente impulsado a la busca de la explicación, sobre todo, en el traumatismo infantil; pero, según parece, completamente sin éxito. No comprendemos por qué han podido quedar latentes las consecuencias durante tanto tiempo y por qué aparecieron precisamente de modo tan repentino en aquella ocasión, y no *cada vez* que la enferma haya tenido que evitar un coche de caballos que se aproximaba, cosa que seguramente le debía ocurrir con gran frecuencia y en las mismas circunstancias anteriores. El hecho de haber corrido

un peligro mortal en la infancia, parece no haber dejado huella alguna, puesto que el peligro *real*, en el cual se encontraba en San Petersburgo, no le ocasionó ningún síntoma nervioso. No hemos podido, pues, explicar nada de la escena descrita; la teoría del traumatismo no arroja ninguna luz sobre ninguno de los puntos.

Si he insistido en esta teoría es porque muchas personas, ya iniciadas en el psicoanálisis, se han aferrado a este punto de vista, al igual que muchos de nuestros adversarios que no leen nuestros trabajos o los leen tan sólo superficialmente, persistiendo en su creencia de que nuestro método fundaméntase aún en ella.

Busquemos ahora aclarar en qué consiste tal predisposición, gracias a la cual una impresión insignificante puede producir efectos patológicos. Es éste un problema de orden capital que, según lo veremos aún, desempeña un papel importante en el estudio de la neurosis. Se trata de saber cómo los acontecimientos del pasado, relativamente desprovistos de importancia, pueden tener la fuerza demoníaca y caprichosa suficiente para perturbar las reacciones de nuestra vida actual.

EL ELEMENTO SEXUAL EN EL TRAUMATISMO. — En su primera fase, la escuela psicoanalítica y todos los partidarios que se atrajo luego, esforzándose en descubrir el carácter especial de la vivencia la causa de sus efectos tardíos. Fue Freud quien profundizó más el estudio de la cuestión, siendo el primero y el único que se diera cuenta de que al acontecimiento traumático se mezclaba un elemento sexual, y que el mismo traumatismo debía ser en gran parte precisamente a este elemento

(que debe ser considerado por regla general como inconsciente). El carácter inconsciente de la sexualidad durante la infancia parecería explicarnos bajo determinados aspectos el problema de la tenacidad de la constelación mediante la *prorovivencia* (o «vivencia primordial, inicial»: *Ur-Erlebnis*), como quiera que el verdadero significado emotivo de la vivencia queda oculto al individuo, *conscientemente* no se produce ninguna debilitación de esa emoción. Esta persistencia de la constelación podría explicarse de la misma manera que la *suggestion à échéance* (sugestión «a plazo»), que es a su vez inconsciente y que no demuestra sus efectos sino en un momento determinado. Es inútil explicar por detallados ejemplos, por qué el verdadero carácter de las manifestaciones sexuales e infantiles no es comprendido. El médico sabe que, hasta una edad avanzada, muchas mujeres no se dan cuenta de que practican en realidad una verdadera masturbación. Podemos sacar de ello la conclusión de que un niño está mucho menos consciente del significado de determinados actos, lo que explica por qué el significado verdadero de ciertas vivencias queda ignorado siempre. Dase el caso de que queden olvidados ora porque su significado sexual queda completamente ignorado, ora porque sería demasiado penoso aceptar su carácter sexual. En estos casos, todo el acontecimiento queda reprimido.

TEORÍA DEL TRAUMATISMO SEXUAL DE LA INFANCIA. — La observación de Freud de que la presencia de algún elemento sexual sea indispensable para que el traumatismo tenga una acción patológica, le llevó a la teoría del traumatismo sexual

de la infancia. Esta hipótesis podría formularse de la siguiente manera: la vivencia patógena es una vivencia sexual.

Esta teoría tropezó con la opinión generalmente admitida de que los niños no poseen aún ninguna sexualidad, de lo cual se deriva la imposibilidad de una tal etiología. Modificar la teoría y decir que el traumatismo no es, en regla general, una realidad, sino un producto de la imaginación, no adelantaría mucho las cosas y no haría la explicación más fácil. Al contrario, esta modificación nos obligaría a considerar en el acontecimiento patógeno una manifestación sexual positiva de la imaginación infantil; no se trataría ya entonces de una impresión brutal y casual, impresa desde fuera, sino de una manifestación creada por el propio niño, manifestación que a menudo posee una innegable claridad. Hasta las escenas traumáticas, producidas en la realidad con un positivo carácter sexual, no se han producido siempre con independencia del propio niño: muy a menudo parecen haber sido preparadas y provocadas por él. Estas pruebas, tal como otras experiencias, hacen aparecer como muy probable que los traumatismos reales puedan a su vez estar provocados y atraídos por la actitud psicológica del propio niño. La medicina legal conoce, en completa independencia de nosotros, unos paralelismos sorprendentes con esta observación psicoanalítica.

LA SEXUALIDAD INFANTIL. — Podría parecer que la fuente de la neurosis se encontrase en la prematura manifestación de la fantasía infantil que tuviera consecuencias traumáticas. Tendríamos

que reconocerle al niño, en tal caso, una sexualidad mucho más formada de lo que se ha admitido hasta ahora. Se conocía, es verdad, desde mucho tiempo, casos de sexualidad precoz; por ejemplo, en una niña de dos años que tenía ya sus reglas, o en dos niños, de ocho y cinco años, que tenían eyeculaciones perfectas; pero todos estos casos constituían una excepción.

Sorprendió, pues, extraordinariamente cuando Freud, basándose en estudios extremadamente minuciosos, púsose a asignar al niño una sexualidad, y una sexualidad no solamente regular, sino hasta perversa y polimorfa. Todo el mundo pareció muy rápidamente dispuesto a pretender que todo aquello no era sino sugestión en los enfermos por el psicoanalítico y que, por consiguiente, la sexualidad infantil no era si no un producto artificial harto discutible.

Los «TRES ESTUDIOS SOBRE LA TEORÍA SEXUAL». — Los «Tres estudios» de Freud despertaron por eso no sólo violenta oposición, sino hasta verdadero escándalo. Será, sin duda, superfluo llamar la atención sobre el hecho de que no se hace ciencia escandalizándose, y de que si bien conviene al moralista argumentos de escándalo moral —ya que esto pertenece a su ocio—, no es éste el caso del hombre de ciencia cuya línea directriz debe ser la verdad y no el sentimiento moral. Si los hechos corresponden de veras a lo que Freud pretende, entonces es completamente ridículo escandalizarse; si, en cambio, no son tal como él cree, entonces no nos sirve tampoco de nada el escandalizarnos. La decisión sobre la verdad se encuentra única y exclusivamente en el campo de la ob-

servación y del trabajo investigador. A consecuencia de este escándalo moral completamente inmóvil, la oposición dirigida contra el psicoanálisis nos presenta —excepto unas cuantas excepciones dignas— un cuadro algo cómico de un retraso que merece compasión. A pesar de que de la escuela psicoanalítica no pueda aprender nada de la crítica que le hace su oposición, por no aportar dicha crítica ninguna advertencia útil a la investigación psicoanalítica (a causa de su desvío hacia las observaciones auténticas), nuestra escuela tiene, no obstante, el deber de entrar en discusión fundamental con las contradicciones existentes en la manera de ver acostumbrada y tradicional. Nuestro objetivo no estriba en estructurar una teoría paradójica y que esté en contradicción con toda opinión hasta ahora existente, sino en proporcionar a la ciencia una determinada categoría de observaciones nuevas. Consideramos, pues, como uno de nuestros deberes hacer todo lo que nos sea dable para llegar a un acuerdo. Tenemos que renunciar, desde luego, a intentar lograrlo con todas aquellas personas que sostienen ciegamente todo lo contrario. Esto no sería sino trabajo perdido. Podemos esperar, sin embargo, estar en condiciones de llegar a hacer las paces con la ciencia «oficial». Es a este afán al que obedecí mi intento de exponer aquí el desenvolvimiento ideológico ulterior de las teorías psicoanalíticas, hasta que se haya llegado a la *teoría sexual de las neurosis*.

Tal como hemos dicho antes, la observación de los casos precoces fantasmas sexuales obligó a Freud a suponer la existencia de una sexualidad muy rica-

mente desarrollada. Sabido es que la realidad de esta observación fue categóricamente hostilizada por muchos; esto es, que muchos creen que aquí se trata tan sólo de un burdo error y de una toca ceguera de Freud —y con él de toda su escuela, tanto en Europa como en América— que le llevó a descubrir cosas que en realidad no existen. Generalmente se nos imagina como personas víctimas de una epidemia mental. Tengo que confesar que no poseo medios para defenderme contra esa clase de «críticas». Es preciso observar, además, que la llamada Ciencia no tiene ningún derecho a afirmar de antemano que determinados hechos no existen; sólo se puede decir, a lo sumo, que nos parecen hartos inverosímiles y requieren aún más comprobaciones o un estudio más profundizado. Tampoco somos susceptibles a la objeción de que con el método psicoanalítico no se puede descubrir nada digno de confianza, puesto que el mismo método es absurdo también. Se ha negado toda confianza al telescopio de Galileo, y Colón descubrió América con una hipótesis equivocada. Concedido que nuestro método puede comportar muchas deficiencias; pero esto no impide aún que lo apliquemos. Antaño se lograron determinaciones muy exactas de tiempo o de lugar mediante una observación astronómica completamente insuficiente. Las objeciones contra el método deben considerarse como meras excusas, hasta el día en que la oposición se decida a pisar por fin el terreno concreto de los hechos; es allí donde debe obtenerse la decisión, y no en vanos debates.

Nuestros adversarios llaman también al historismo una enfermedad psicógena. Nosotros creemos haber establecido la determinación psicoló-

gica, y publicamos sin miedo alguno los resultados que hemos obtenido, poniéndolos al alcance de la crítica pública. Quien no esté conforme con estos resultados nuestros, no tiene que hacer sino decidirse a publicar algún que otro día sus propios análisis de casos de la misma dolencia. *No se ha hecho tal cosa, que yo sepa, hasta la fecha, y por lo menos en la literatura europea sobre el asunto, ni una sola vez y en ninguna parte. En tales circunstancias, la crítica no tiene ningún derecho a negar a priori nuestras comprobaciones.*

Nuestros adversarios no tienen menos casos de histerismo para tratar que nosotros, y sus casos no son menos psicógenos que los nuestros; ¿qué impide, pues la demostración en todos ellos de los factores determinantes psicógenos? El método mismo poco importa. Nuestros adversarios se contentan con combatir y deformar nuestra labor investigadora, sin que sepan hacerla mejor que nosotros. Este es un procedimiento completamente gratuito que no merece la admiración de nadie.

Muchos de nuestros críticos son más cautos y justos, y conceden que verdaderamente hemos realizado observaciones reales, y que, con gran probabilidad, existen aquellas correlaciones que el psicoanálisis cree haber descubierto; sin embargo, suponen que damos una interpretación falsa de las mismas. Las pretendidas fantasías sexuales de los niños, que ante todo se ponen aquí en cuestión, no pueden, según dichos críticos, ser interpretadas en un sentido sexual, puesto que «sexualidad» sería, sin duda alguna, algo que tomaría su carácter peculiar tan sólo al acercarse a la puertad.

Tales objeciones, cuyo tono digno y compren-

sivo nos produce una impresión de confianza, merecen ser tomadas en serio. Ellas han sido la fuente de larguísimas meditaciones para todo psicoanalista que pensara un poco, aun sin necesidad de esperar la crítica de fuera.

El CONCEPTO DE LA SEXUALIDAD. — La dificultad radica ante todo en el *concepto de la sexualidad*. Concibiendo la sexualidad como una función desarrollada, nos es forzoso limitar este fenómeno en general al período de la madurez, sin que estemos autorizados a hablar de una sexualidad infantil. Sin embargo, con una tal limitación del concepto, nos vemos ante un apuro aún mayor, esto es, ante el problema de cómo podríamos denominar todos aquellos fenómenos que rodean la función sexual tomada *sensu strictiori*, como son: embarazo, nacimiento, selección sexual, defensa de la prole, etc. A mí me parece que todo esto pertenece aún al concepto de la sexualidad, aunque uno de nuestros más eminentes colegas opine que el acto de dar a luz no tiene ningún carácter sexual. Ahora bien: si todos esos fenómenos forman parte del sector de la sexualidad, entonces pertenecen a él un sinnúmero de fenómenos psicológicos, puesto que —como es sabido— son inauditas las funciones meramente psicológicas que están aglutinadas a la esfera sexual. Sólo recordaré en este lugar el papel preeminente de la *imaginación* en la preparación y en la realización de las funciones sexuales. Henos aquí, con esto, ante un concepto harto biológico de la sexualidad, que abarca, además de toda una serie de fenómenos de orden fisiológico, otra serie de funciones psicológicas. Si se nos permite servirnos de una

antigua, pero muy práctica, distribución de materias, abogariamos por una identificación de la sexualidad con el llamado impulso de la conservación de la especie, que se suele contraponer, en un determinado sentido, al impulso de la autoconservación. Una vez aceptado este concepto de la sexualidad, ya nos sorprenderá muchísimo menos que las raíces de la autoconservación, función tan extraordinariamente importante para la naturaleza, alcancen mayores profundidades que las que nos permitiría suponer un concepto más limitado de la sexualidad. Tan sólo el gato adulto más o menos grande coge ratones, pero el gatito más joven ya juega a cogerlos. En perros jóvenes, los intentos juguetones y sólo superficialmente matizados de cohabitación, se inician asimismo ya mucho tiempo antes de la madurez sexual. Podemos suponer con justo derecho que tampoco el hombre representa una excepción a esta regla. Aun cuando en nuestros hijos bien educados no encontremos fenómenos parecidos en la superficie manifiesta, la observación de los niños en pueblos menos civilizados nos enseña que tampoco los hijos del hombre constituyen una excepción a esta regla biológica. En efecto, es infinitamente más probable que el impulso, tan importante, de la conservación de la especie, empiece a germinar y a desarrollarse gradualmente ya a partir de la más tierna infancia, en vez de parecer caer repentinamente del cielo, completamente formado, durante la pubertad. ¿No se sabe acaso que también los órganos anatómicos de la procreación se preparan ya mucho tiempo antes de que se pueda notar en ellos huella alguna de su función futura?

Ahora bien, si la escuela psicoanalítica habla de «sexualidad», entonces es preciso enlazar con

este concepto el de la conservación de la especie. No hay que pensar que se trata única y exclusivamente de aquellas sensaciones corporales y funciones que se suelen designar comúnmente por la palabra «sexualidad». Podría decirse que, para evitar interpretaciones equivocadas, sería tal vez preferible no denominar sexuales los fenómenos prepartorios y sólo superficialmente esbozados del período infantil. Sin embargo, tal exigencia nos parece inadecuada e injusta, pues que también la anatomía suele tomar su nomenclatura del sistema diferenciado, y no se asignan nombres en cada caso diferentes a los grados previos más o menos rudimentarios.

Aunque después de lo dicho ya no se puede achacar nada a la terminología sexual de Freud, puesto que con pleno derecho y con férrea conciencia llama sexuales a todos los grados previos de la sexualidad, ella nos condujo, sin embargo, a determinadas conclusiones que a mi modesto parecer no podían ser mantenidas. Si nos preguntamos hasta qué momento del pasado infantil nos es posible seguir las huellas de la sexualidad, tendremos que contestar diciendo que, si bien la sexualidad existe implícitamente ya *ab ovo*, no se manifiesta, sin embargo, sino tan sólo después de largo tiempo de iniciarse la vida extrauterina. Freud parece inclinarse a ver hasta en el acto de mamar en el pecho materno una especie de acto sexual, manera de ver que le valió muy graves objeciones; sin embargo, la tesis—forzoso nos es recordarlo—es muy ingeniosa si admitimos con Freud que el impulso de la conservación de la especie, esto es, la sexualidad, existe en cierto sentido separada del impulso de la autoconservación, transcurriendo, pues, a su vez, *ab ovo* un

desenvolvimiento especial de éste. Sin embargo, esta manera de ver ya no me parece admisible desde el punto de vista de la Biología. No es posible separar violentamente de ambas manifestaciones o funciones del hipotético impulso vital, asignando a cada una de las partes un camino evolutivo peculiar. Si nos contentamos con juzgar exclusivamente a base de lo que vemos, nos será preciso tener en cuenta el hecho de que, en toda la naturaleza animada, el proceso vital no es, durante largo tiempo, sino tan sólo una función de nutrición y de formación. Muy claramente vemos esto en muchos animales; así, por ejemplo, en las mariposas que han de pasar primero por una existencia de gusanos asexuados, dedicados única y exclusivamente a alimentarse y formarse. Tanto el período intrauterino como el período extraterino de la lactancia del hombre pertenecen a esa fase del proceso de la vida. *Dicha fase se caracteriza por una falta completa de funciones sexuales.* Hablar de una sexualidad manifiesta del lactante no sería, pues, sino un *contradictio in adjecto*. Podríamos preguntarnos a lo sumo si se pueden encontrar, entre las funciones vitales de la lactancia, algunas que no posean el carácter de la función alimenticia y formadora, y que podamos designar, por tanto, *per exclusionem*, como funciones sexuales. Ahora bien, Freud llama la atención, a este respecto, sobre la visible excitación y satisfacción del niño en el acto de lactar, y compara estos fenómenos a los de un acto sexual. Esta analogía nos demostraría la calidad sexual, supuesta por Freud, del acto de la lactancia. Tal suposición no sería justa sino en el caso de que se demostrase que toda tensión producida por una necesidad y su satisfacción mediante la dis-



tensión, representa en todos los casos un proceso de orden sexual. Sin embargo, el hecho de que el acto de lactar posea tal mecanismo afectivo, demuestra todo lo contrario; de modo que podemos decir tan sólo que tal mecanismo afectivo aparece tanto en la función alimenticia como en la función sexual. Pero si Freud quiere deducir de la analogía del mecanismo afectivo una cualidad verdaderamente sexual de la lactancia, entonces sería innegable la justificación de otra terminología, según nuestra experiencia biológica, que calificara el acto sexual, a su vez, como una función alimenticia. Sin embargo, tales excesos son completamente injustificados por ambos lados. Es completamente evidente que no se le puede aplicar al acto de la lactancia un calificativo sexual. Conocemos aún, sin embargo, toda una serie de funciones del lactante que aparentemente nada tienen que ver con la función alimenticia: el chupar y sus diferentes variantes. Aquí ya tendríamos más derecho a plantear el problema de si tales actos pertenecen o no a la esfera sexual. No sirven ya a fines alimenticios, sino al objetivo de procurarse placer; esto es indudable. No obstante, es asaz problemático el que este placer obtenido por la succión pueda o no ser designado *per analogiam* como placer sexual. De la misma manera lo podríamos llamar placer alimenticio. Este último calificativo, además, sería casi más aconsejable, puesto que tanto la forma como el lugar en el cual se procura placer, pertenecen completamente a la función alimenticia.

La mano que usa el niño para chupetearse los dedos, se prepara de esta manera a actos ulteriores autónomos de alimentación. En tales circunstancias, nadie propenderá a calificar de sexuales

—a través de una petición de principio— las primeras manifestaciones vitales del individuo. La fórmula con la que hemos tropezado antes y que afirmaba que en el chupeteo se busca una satisfacción de placer sin función alimenticia alguna, nos deja, sin embargo, algunas dudas acerca del carácter exclusivamente alimenticio de la succión. Vemos, en efecto, que en el desarrollo ulterior del niño se presentan unos llamados «malos hábitos» que se enlazan íntimamente con el chupeteo, como chuparse los dedos, morderse las uñas, ponerse la mano en la nariz, en la oreja, etc. Vemos, además, cuán fácilmente se transforman estos hábitos, más tarde, en masturbación. La conclusión *per analogiam* de que tales hábitos infantiles serían, pues, preludios de la masturbación o de actos onaniformes, ostentando así un carácter netamente sexual, no podría ser negada categóricamente, puesto que parece completamente justificada. He visto numerosos casos en los cuales existía una reciprocidad indudable entre tales malas costumbres infantiles y la masturbación posterior que, al presentarse ya desde la última fase de la infancia, aun antes de la fase de la pubertad, no es sino una continuación directa de los malos hábitos infantiles. Deducir de la masturbación, retrospectivamente, el carácter sexual de los llamados malos hábitos infantiles, en cuanto sean actos para procurar placer al propio cuerpo, aparece desde el punto de vista así alcanzado como bastante probable y completamente comprensible. De eso a calificar de sexual el chupeteo infantil ya no hay mucho trecho. Freud no vaciló, como es sabido, en salvar este trecho, paso que, un poco más arriba, he censurado. Hemos tropezado, pues, con una contradicción que sólo difícilmente puede

resolverse. La solución sería relativamente fácil si pudiéramos suponer efectivamente la existencia de dos impulsos paralelamente existentes y sustancialmente separados. Entonces, el acto de lactar tendría, por cierto, las características de un acto alimenticio, pero no perdería tampoco su carácter de acto sexual, siendo en cierto modo una combinación de ambos impulsos. Esta parece ser, efectivamente, la opinión de Freud. En las manifestaciones vitales del adulto, descubrimos realmente este paralelismo de ambos impulsos o, mejor dicho, de sus formas de manifestación bajo los fenómenos de hambre e impulso sexual. En cambio, a la edad de la lactancia no conocemos aún sino la función alimenticia, a la cual está puesto el premio del placer y de la satisfacción, y cuyo carácter sexual sólo se puede afirmar gracias a una petición de principio, puesto que los hechos objetivos demuestran que no la función sexual, sino el acto alimenticio, es el primer medio que nos aporta placer. *Procurarse placer no es idéntico a sexualidad*. Por consiguiente, nos engañamos al suponer que en el lactante existen paralelamente ambos impulsos, puesto que en realidad no hacemos otra cosa sino atribuir a la psique infantil una comprobación obtenida por la observación del adulto. Sin embargo, en ella *no se encuentra* aquella convivencia paralela y separada de ambas clases de manifestación de los impulsos, puesto que uno de los dos sistemas impulsivos no está desarrollado aún del todo, o lo está sólo de un modo completamente rudimentario. No obstante, si nos colocásemos en el punto de vista de que el afán de procurarse placer tiene un carácter netamente sexual, entonces nos veríamos obligados a concebir paradójicamente hasta la misma

hambre como una tendencia sexual, puesto que también, al buscar su satisfacción, tiende hacia un placer. Sin embargo, si procediésemos de tal manera, excediendo límites conceptuales, no podríamos menos que conceder también al adversario el permiso de aplicar la terminología del hambre a la sexualidad. La historia de las ciencias nos brinda repetidas veces ejemplos de tales exageraciones unilaterales. Con esto no queremos formular una censura; bien al contrario, hemos de estar contentos de que haya individuos que tengan el valor de ser desmedidos y unilaterales; es a ellos a quienes debemos tantas invenciones. Lo único que hay que lamentar es el hecho de que tales concepciones unilaterales sean defendidas apasionadamente. *Las teorías científicas no son sino proposiciones de cómo podríamos considerar las cosas*.

La hipótesis más fácil del paralelismo de dos sistemas de impulsos separados es, desgraciadamente, imposible, puesto que está en flagrante contradicción con los hechos observables, y conduce, si la proseguimos consecuentemente a conclusiones totalmente insostenibles.

Ahora bien, antes de proponerme intentar la solución de esta contradicción, tengo que exponer aquí algo más acerca de la teoría sexual de Freud y de sus metamorfosis. Tal como lo hemos visto ya, el descubrimiento de una actividad de la fantasía sexual en el niño —que aparentemente tiene derivaciones traumáticas—, ha conducido a la suposición de que el niño debe de poseer, a pesar de cuanto se haya supuesto hasta ahora, una sexualidad casi desarrollada e incluso polimorfa y perversa. Sin embargo, su sexualidad no aparece centrada en torno a la función genital y el sexo

opuesto, sino que se ocupa del propio cuerpo, por lo cual se ha llamado también al niño un *autoerótico*. Ahora bien, cuando un interés sexual se orienta hacia fuera, hacia otra persona humana, entonces el niño no establece ninguna diferencia, o por lo menos sólo la establece en un grado mínimo, entre los sexos. Puede ser, así, muy fácilmente «homosexual». En vez de la función local que aún no existe, aparece toda una serie de los llamados malos hábitos que se nos manifiestan desde este punto de vista como *perversidades*, en estrecha analogía con las perversidades posteriores.

Según esta manera de ver, la sexualidad que se concibió en un principio, ordinariamente, como algo unitario, se disolvió, en una pluralidad. Y puesto que es una táctica de suposición previa que la sexualidad se produce, por decirlo así, en la esfera genital, Freud ha llegado consecuentemente a la hipótesis de unas llamadas *zonas eróticas*, en las cuales comprendía la boca, la piel, el ano, etc., etc.

El término «zonas eróticas» nos recuerda las «zonas espasmógenas». En realidad, el símil que está detrás de estos términos, es el mismo: de la misma manera que la zona espasmógena es el lugar del que arranca el espasmo, también la zona erótica sería el punto determinado en el que la afluencia de la sexualidad tendría su origen. Según el modelo básico del órgano genital como origen anatómico de la sexualidad, sería preciso concebir las zonas eróticas como otros tantos órganos genitales, partiendo de los cuales confluiría la sexualidad. En este estado se hallaría la perversa sexualidad polimorfa de los niños. La expresión «perverso» parecía justificarse a causa

de su estrecha analogía con las perversiones posteriores que no representarían, en efecto, sino una edición nueva de determinados intereses protointerfantiles «perversos», estando relacionados muy a menudo con una de las diferentes zonas eróticas, o causantes de aquellas confusiones de sexo que son tan características de los niños.

Según esta manera de ver, la sexualidad tardía, normal y uniforme, constituiríase, pues, de diferentes componentes. En primer lugar, contendría un componente homosexual y otro heterosexual, a los cuales se agregaría luego un componente autoerótico, más tarde las diferentes zonas eróticas, etcétera.

Tal concepción es muy parecida al estado de la Física antes de Roberto Mayer, en el que sólo existirían sectores de fenómenos paralelos y particulares, a los cuales se asignaba una importancia elemental y cuyas correlaciones mutuas no quedaban muy justamente reconocidas. Tan sólo la ley de la conservación de la *energía* aportó orden a estas correlaciones mutuas entre fuerzas paralelas, y, al mismo tiempo, el concepto de que a las mismas no les correspondía ninguna importancia elemental absoluta, concibiéndolas como distintas formas de manifestación de la misma energía. Lo mismo debe ocurrir con este fraccionamiento de la sexualidad, en la sexualidad infantil polimorfa y perversa.

La experiencia obligó a Freud a un continuo intercambio de los componentes particulares, puesto que iba reconociendo que, por ejemplo, las perversidades vivían a costa de la sexualidad normal, o que en una forma determinada de aplicación de la sexualidad, se producía un descenso. Para que nos podamos imaginar esto con mayor

claridad, aduciremos un ejemplo:

Un joven ha tenido durante varios años una fase homosexual, durante la cual no experimentó ningún interés por las mujeres. Poco a poco, hacia la edad de veinte años, desapareció ese estado anormal, y el individuo se normalizó en sus sistemas eróticos; empezó a interesarse por las muchachas, y en muy poco tiempo dejó completamente superadas hasta las últimas huellas de su homosexualismo. Esto duró así varios años, y nuestro joven realizó más de una aventura amorosa completamente lograda. Luego, decidió casarse. Sin embargo, sufrió un terrible desengaño, al verse rechazado por la muchacha que adoraba. La primera fase que siguió a ese chasco, fue el abandono completo de la idea de casarse; luego, produjose en él una resistencia contra todas las mujeres, hasta que un día hubo de reconocer que había vuelto a ser otra vez homosexual; esto es, que los jóvenes de su sexo habían vuelto a tener otra vez en él una influencia extremadamente excitante.

Ahora bien, si concebimos la sexualidad como compuesta de dos factores: uno fijamente heterosexual y otro igual, homosexual, entonces no llegaremos a comprender este caso. Tal manera de ver no nos permitirá, además, ninguna comprensión en absoluto, puesto que la suposición de la existencia de unos componentes fijos excluye de antemano la posibilidad de todo cambio. Tenemos que suponer, pues, precisamente para la oportuna comprensión del caso que hemos referido, una movilidad mayor de los componentes de la sexualidad; una movilidad que llega tan lejos que uno de los dos componentes desaparece prácticamente por completo, mientras que el otro domina casi

en absoluto todo el primer plano. Si, por ejemplo, no se produjera más que un intercambio de posiciones, retirándose el componente homosexual con el mismo grado de intensidad en lo inconsciente, para ceder conscientemente el campo al componente heterosexual, entonces tendríamos que concluir, con nuestra conciencia científica moderna, que también en lo inconsciente pueden producirse procesos idénticos. Estos procesos consistirían en resistencia contra la actividad del componente heterosexual, es decir, resistencia contra las mujeres. Sin embargo, la experiencia empírica nada sabe de tal cosa, como demuestra el caso referido. Aunque haya habido unas ligeras huellas de tales influencias, han sido de tan escasa intensidad que ésta no podía siquiera compararse a la intensidad del componente homosexual de antaño.

Según la manera de ver que hemos esbozado, quedaría, pues, incomprensible cómo el componente homosexual que se ha concebido invariablemente, podría haber desaparecido tan completamente, sin dejar tras de sí huellas de alguna importancia.

Se ve, pues, que existían motivos muy contundentes para buscar la explicación adecuada de tales cambios entre bastidores. *Para esto, necesitamos una hipótesis más dinámica*, puesto que tales conmutaciones no pueden ser concebidas sino como procesos dinámicos o energéticos. Sin admitir un cambio en la situación dinámica, no puedo imaginarme la desaparición de una determinada manera de función. La teoría freudiana tuvo efectivamente en cuenta esta necesidad, desvirtuando (más bien práctica que teóricamente) el concepto de componentes, esto es, la concepción

que suponía unos funcionamientos separados entre sí, y sustituyéndolo por un concepto energético. El término que designa este nuevo concepto es *libido*. Freud introduce este nuevo concepto ya desde sus *Tres estudios sobre la teoría sexual*, con las siguientes palabras:

«El hecho de las necesidades sexuales del hombre y de los animales se suele expresar en Biología mediante la suposición de un "impulso genital". Síguese de ello la analogía que existe con el impulso de alimentación, el hambre. Una denominación análoga a "hambre" para este aspecto no existe en el lenguaje popular; la ciencia emplea como tal la palabra *libidine*.»

## Capítulo II

### LA TEORÍA DE LA LIBIDO. LAS TRES FASES DE LA VIDA HUMANA

El término *libido* aparece, según la definición del mismo Freud, como una necesidad única y exclusivamente sexual; es preciso concebir, pues, cuanto Freud designe mediante una palabra *libido*, *libidinoso*, como una necesidad o una violación sexual. El término *libido* se emplea, por cierto, en la terminología médica, para designar la volición sexual y, en particular, la concupiscencia. Sin embargo, los autores clásicos, como Cicerón, Salustio, no conocen solamente esta definición unilateral; en la época clásica se ha empleado la palabra en general en el sentido de un *deseo apasionado* (1). Mencionamos este interesante detalle, porque más adelante desempeñará un papel de importancia en nuestras disquisiciones, y porque es importante saber que el concepto de la *libido* goza de una acepción más amplia que la que se le suele dar en Medicina.

(1) Véanse más datos sobre mi definición del concepto de la *libido* en mi obra *Wandlungen und Symbole der Libido* (Metamorfosis y símbolos de la *libido*), Franz Denricke, ed. Viena, 1912.

El concepto de *libido* (cuya importancia meramente sexual queremos conservar, en el sentido de Freud, hasta donde nos sea posible) representa aquella magnitud dinámica que estábamos precisamente buscando, para poder explicar el desplazamiento de los bastidores anímicos. Gracias a este concepto, quedará simplificada la formulación de los fenómenos en cuestión. En vez del intercambio incomprensible de los componentes homosexual y heterosexual, podemos decir ahora: la *libido* se retiró poco a poco de su posible aplicación homosexual, para posibilitar hasta el mismo grado una aplicación heterosexual. Con ello, el componente homosexual llegó a desaparecer prácticamente casi por completo, transformándose en una mera posibilidad esquemática a la cual, en sí, no correspondía ninguna importancia y cuya existencia fue combatida (por decirlo así, con pleno derecho) por los profanos, de la misma manera que, por ejemplo, la posibilidad de ser un asesino. Ahora bien, la aplicación del concepto de la *libido* nos permite explicar de una manera fácilmente comprensible las múltiples relaciones mutuas existentes entre diferentes maneras de función de la sexualidad. Con esto queda también suprimida, por cierto, la idea inicial de la pluralidad de los componentes sexuales que nos han hecho recordar tan extrañamente la teoría filosófica de las «facultades del alma». Su lugar queda ocupado por la *libido*, capaz de las aplicaciones más variadas. En vez de los componentes de acción, sólo encontramos aún posibilidades de acción. El concepto de la *libido* sustituye, pues, a una sexualidad en un principio múltiple y fragmentaria, oriunda de numerosas raíces; es una *unidad dinámica*, sin la cual, de los componentes que antes desempeñaron tan importante papel, no

quedarían sino posibilidades de acción meramente esquemática. Este desenvolvimiento ideológico de la teoría freudiana es de trascendental importancia puesto que con él se ha realizado el mismo progreso que el llevado a cabo en la Física, gracias a la introducción del concepto de energía. De la misma manera que la doctrina de la conservación de la energía priva a las «fuerzas» de su carácter elemental, confiriéndoles el carácter de forma de manifestación de una energía, así también la teoría de la *libido* despoja los componentes sexuales de su papel elemental de «facultades del alma», asignándoles tan sólo un mero valor fenomenológico.

Esta nueva teoría nos produce la impresión de exactitud en mayor medida que la teoría de los componentes. Con la teoría de la *libido*, ya nos será muy fácil explicar el caso del joven antes referido. El desengaño que sufrió cuando se propuso casarse, hizo desviar su *libido* del camino de aplicación heterosexual, de modo que aquella tuvo que volver forzosamente a las huellas homosexuales de antes, resurgiendo así su antiguo homosexualismo. No puedo dejar de mencionar que la analogía se aproxima mucho a la ley de conservación de la energía, puesto que en ambos campos, el de la Física y el de la Psicología, uno debe preguntarse, al ver que el efecto de la energía deja de producirse, qué otra energía nueva se ha presentado. Aplicando tal concepción como un principio heurístico sobre la Psicología de la vida humana, haremos, sin duda alguna, descubrimientos sorprendentes. Veremos cómo las fases más heterogéneas del desarrollo anímico del individuo se hallan en correlación energética. Al notar que una persona tiene continuamente *spleen*, una convicción enfermiza o alguna otra posición exagerada, sabremos esto:

aquí hay demasiada *libido*; por consiguiente, lo que sobre en este punto, debe de haber sido tomado de otro, donde hará, por tanto, falta. Mirado bajo este aspecto, el psicoanálisis es aquel método que nos ayuda a descubrir aquellos puntos o aquellas funciones en las cuales existe una falta de *libido*, y a remediarlo, nivelando esta desproporción. Los síntomas de una neurosis deben ser comprendidos como funciones exageradas, esto es, sobrecargadas de *libido* y, por tanto, aumentadas (1). La energía convertida para ese fin ha sido extraída de otra parte; es, pues, tarea del psicoanálisis descubrir el punto del cual se ha extraído *libido*, o el que nunca ha recibido *libido* en cantidades suficientes. Aquéllos (por ejemplo los estados de apatía) nos obligan a un planteamiento de problemas completamente opuestos. Ciertamente el enfermo causa a veces la impresión de que no posee ninguna *libido*, y hay inclusive muchos médicos que creen esto sin más ni más. Estos médicos piensan muy primitivamente sobre este particular, de la misma manera que en tiempos bárbaros se admitía que el Sol era «comido» y muerto en los eclipses, cuando en realidad sólo está cubierto. Lo mismo ha ocurrido con nuestro referido enfermo: su *libido* existe, aunque no sea visible ni accesible al mismo paciente. En tal caso, estamos en presencia de una falta de *libido* en la superficie. Es, pues, tarea del psicoanálisis descubrir el escondrijo en el cual se encuentra la *libido*, y que es completamente inaccesible al mismo enfermo. Este lugar escondido es lo «no-consciente», que se suele designar también como lo «inconsciente», sin enlazar con ese término ningún sen-

(1) Como es sabido, Pierre Janet profesa una teoría muy semejante

tido misterioso. La experiencia psicoanalítica nos ha enseñado que existen sistemas psicológicos no-conscientes que podríamos designar, en analogía con la fantasía consciente, como sistemas inconscientes de fantasías. Ahora bien, estos sistemas son a su vez objeto de la *libido* en tales estados de apatía neurótica. Tenemos perfecta conciencia de que al hablar de sistemas inconscientes de fantasías sólo empleamos símiles. Con todo ello, no queremos decir otra cosa sino que la hipótesis de entidades anímicas fuera de la conciencia es un postulado ineludible, puesto que la experiencia nos demuestra, por decirlo así, cada día, que deben existir procesos anímicos no-conscientes que influyen notablemente sobre la «economía doméstica» de la *libido*. Aquellos casos conocidos por todo psiquiatra, en los que se declara con relativa brusquedad todo un sorprendente sistema de locura muy complejo, demuestran claramente que debe haber desenvolvimientos y comparaciones anímicos inconscientes; sin esto sería imposible suponer que tales fenómenos se hayan podido producir tan repentinamente, como si hubieran irrumpido en la conciencia.

Creo que se me perdonará esta ligera digresión que ha servido para aclarar el concepto de lo inconsciente; hemos recurrido a ella para hacer entender al lector que en las metamorfosis de las «cargas» libidinosas no tenemos que referirnos tan sólo a la conciencia, sino también a otra instancia, esto es, a lo inconsciente, en el cual la *libido* puede a veces desaparecer. Sin embargo, ahora volvemos otra vez a la discusión de otras consecuencias más que acarrea la aceptación de la teoría de la *libido*.



TERMINOLOGÍA SEXUAL. — Freud nos ha enseñado y nosotros lo hemos podido ver a diario en nuestra práctica psicoanalítica, que existen, en vez de la sexualidad normal posterior, en la primera infancia, múltiples gérmenes e inclinaciones que más tarde reciben el nombre de «perversidades». Nos hemos visto obligados a reconocer a Freud la precisión de asignar ya a estos gérmenes una terminología sexual.

A consecuencia de la introducción del concepto de la *libido* aprendemos que aquellos componentes elementales que parecían representar los orígenes y fuentes de la sexualidad normal, pierden en el adulto su importancia y quedan reducidos al grado de meras posibilidades de aplicación, en tanto que hasta cierto punto tenemos que buscar en la *libido* su principio activo y su fuerza vital. Sin la *libido* los componentes no significan absolutamente nada. Vemos, pues, que Freud asignó a la *libido* un carácter indudablemente sexual, más o menos en el sentido de «necesidad genital». Se suele suponer, desde un punto de vista habitual, que no existe *libido* sino a partir de la pubertad. Sin embargo, ¿cómo se podría explicar entonces el hecho de que el niño posea una sexualidad polimorfa perversa, lo que quiere decir que la *libido* activa en el niño no sólo una, sino a la vez varias perversiones? Si la *libido* —tomada en el sentido freudiano— se produjera tan sólo en la pubertad, entonces sería imposible que alimentara ya antes unas perversiones infantiles. Tendría que suponerse, pues, que las perversiones infantiles son «facultades del alma», en el sentido de la teoría de los componentes. Sin pensar en la irremediable confusión teórica que forzosamente acarrearía tal

concepción, iniciaríamos con ello una multiplicación de los principios de explicación, cosa metodicamente insuficiente en virtud de la tesis fundamental que dice: *Principia praeter necessitatem non sunt multiplicanda* (1).

Así sólo cabe la solución de admitir la identidad —por decirlo así— de la *libido* anterior a la pubertad, con la *libido* posterior a ella. Por tanto, también las perversiones infantiles se producirán de la misma manera que las perversiones en los adultos. El buen sentido humano protestará contra esta insinuación, en vista de la imposibilidad de que la necesidad sexual sea idéntica en el niño y en el adulto sexualmente maduro. Se podría establecer aquí determinado arreglo, diciendo con Freud que la *libido* es idéntica antes y después de la pubertad, pero en su grado de intensidad es diferente. En lugar de la gran necesidad sexual que se observa después de la pubertad, podría- mos suponer en la infancia la existencia de una necesidad pequeña cuya intensidad disminuiría en el decurso del primer año de la vida, hasta no quedar de ella más que unos dejes ligeros. Desde el punto de vista biológico, no habría inconveniente en aceptar tal interpretación. Sin embargo, tendríamos que suponer con ello también que cuanto cabe en el marco del concepto ampliado de la sexualidad, tal como lo hemos detallado más arriba, está ya presente en una forma disminuida; así, por ejemplo, todas aquellas manifestaciones afectivas de la psicosexualidad, como son la necesidad de caricias, los celos, y aun muchos otros fenómenos de orden afectivo, entre ellos las neurosis infantiles. Sin embargo, debemos confesar-

(1) No se debe multiplicar los principios más allá de lo necesario.

nos que todas estas manifestaciones afectivas del niño están muy lejos de producir en nosotros la impresión de tal disminución. Por el contrario, pueden acusar una intensidad de un afecto del adulto. Es preciso no olvidar tampoco que la experiencia llegó a descubrir cómo las aplicaciones perversas de la sexualidad en el niño saltan mucho más a la vista, y aparecen hasta mucho más ricamente desarrolladas que en las personas mayores. En un adulto, con un análogo estado de perversidad ricamente desarrollada, podríamos esperar justamente una extinción más completa de la sexualidad normal y numerosas otras formas de adaptación biológica, muy importantes por regla general en el niño. De la misma manera que se puede decir con justo derecho que el adulto es perverso porque su *libido* no queda empleada en funciones normales, podemos con el mismo derecho aplicar idéntico razonamiento al niño: sería polimorfa y perversa su sexualidad por ignorar aún la función sexual normal. Tales análisis nos podrían inducir a pensar en que tal vez la suma total de *libido* es siempre la misma, sin que sufra un aumento poderoso tan sólo la maduración sexual. Esta suposición un tanto atrevida se apoya, según puede notarse, en el modelo de la conservación de la energía, según la cual la suma total de ésta se mantiene siempre igual. No sería inconcebible que la altura máxima de la maduración no se alcanzara sino gracias a que las aplicaciones secundarias de la *libido* quedaran encauzadas y extinguídas en el canal de la sexualidad definitiva.

Tenemos que contentarnos por ahora con estas insinuaciones superficiales, dirigiendo ante todo

nuestra atención sobre un punto de la crítica que concierne a la *cuadidad* de la *libido* infantil. Muchos de los que nos critican no pueden admitir que la *libido* infantil sólo se diferencie en intensidad de la *libido* de las personas mayores, pero que sea esencialmente de la misma sustancia que aquélla. Los impulsos de los adultos van acompañados por los corolarios de la función genital; los del niño están desprovistos de ellos, o, cuando más, sólo ligera y excepcionalmente les acompañan, lo cual constituiría ya una diferencia de gran trascendencia. Me parece que esta crítica tiene mucha razón; existe aquí una diferencia considerable, como existe, asimismo, entre juego y realidad «seria», o como entre tiros sin y con bala. La *libido* infantil cobraría así un carácter de inocencia que el buen sentido humano requiere y que le podríamos disputar. Sin embargo —y esto no se podrá negar—, también el tiro al blanco pertenece al acto de tirar. Tendremos que acostumbarnos, pues, a pensar que la sexualidad existe ya marcadamente aun antes de la *pubertad*, en un momento muy precoz de la infancia, y que no tenemos ningún motivo para no llamar sexuales a las manifestaciones de esta sexualidad aun no madura. Con esto no hemos desvirtuado, desde luego, aquel argumento que, si bien reconoce la existencia de una sexualidad infantil en la medida antes caracterizada, le quita a Freud el derecho a designar como sexuales aquellos fenómenos protointantiles, cuales son los del chupeteo.

LAS TRES FASES DE LA VIDA HUMANA. — Hemos explicado ya los motivos que habrán podido inducir a Freud a extender tan considerablemente la

terminología sexual. Hemos visto igualmente, además, cómo el chupeteo se podría explicar precisamente de la misma manera desde el punto de vista de la función nutritiva, y que una tal derivación de motivos biológicos tendría aún más fuertes argumentos en su favor. Se nos podría objetar acaso que tales y semejantes actividades de la zona bucal vuelven luego en la vida adulta a tener una aplicación indudablemente sexual. Pero esto no significa sino que todas estas actividades pueden ser puestas más tarde también al servicio del impulso sexual, sin que esto represente un argumento en pro de su naturaleza sexual. Tengo que confesar, pues, que no veo ningún motivo para imaginar bajo el ángulo de la sexualidad aquellas actividades del lactante que producen placer y satisfacción; veo más bien motivos en contra. En la medida en que me es dado enjuiciar debidamente los difíciles problemas de este sector, me parece preciso admitir, desde el punto de vista de la sexualidad, *tres fases* diferentes en la vida humana.

*La primera fase* comprende los primeros años de la vida; este período fue denominado por mí la *fase presexual* (véase *Wandlungen und Symbole der Libido*, Viena, 1912). Corresponde a la fase de gusano de la mariposa y está caracterizado por la función casi exclusivamente nutritiva y formadora.

*La segunda fase* engloba los años posteriores de la infancia hasta la pubertad, y puede ser considerada como la época de la *prepubertad*. Es en este período cuando se efectúa la germinación de la sexualidad.

*La tercera fase* consiste en la edad adulta, desde la pubertad, período que se puede designar con el nombre de *madurez*.

Al lector no le habrá pasado por alto que la mayor dificultad del problema consiste en la cuestión de cuándo tenemos que admitir el límite en la época del grado presexual. No tengo inconveniente en confesar mi gran inseguridad acerca de este punto del problema. Al repasar mis experiencias, aún desgraciadamente no muy extensas en el psicoanálisis de niños, y si me acuerdo al mismo tiempo de lo que Freud nos tiene comunicado acerca de sus propias experiencias, entonces me figuro que la frontera tiene que admitirse desde luego sometida a considerables oscilaciones. Esta edad es harto significativa bajo más de un aspecto. El niño acaba de emanciparse de la dependencia de la vida de lactante, y toda una serie de importantes funciones psicológicas ha alcanzado una seguridad digna de confianza. A partir de este momento iníciase también el esclarecimiento de la profunda oscuridad de la amnesia protoinfantil, gracias a una continuidad esporádica de la memoria. Parece como si a esta edad se realizara un paso esencial hacia delante en la perfilación de la nueva personalidad, y en su centrición. Según todo lo que sabemos, es en esta misma época cuando se presentan los primeros vestigios de intereses y actividades que no vemos precisados a llamar sexuales, aunque estas inclinaciones tengan aún completamente el carácter de la candidez infantil, inocente e inofensiva.

Creo haber desarrollado lo bastante ampliamente los motivos que nos mueven a no conferir a la fase presexual ninguna terminología sexualista, de modo que nuevamente podamos dirigir nuestra atención, desde este ámbito más amplio, a otros problemas. El lector recordará que hemos

planteado antes el problema de la *libido* disminuida en la infancia, por no haber logrado alcanzar claridad por aquel camino. Estamos, pues, obligados a emprender otra vez la dilucidación de este problema, por lo menos para ver si la concepción energética es adecuada o no a las formulaciones que acabamos de hacer. Hemos visto que la sexualidad infantil, diferente de la sexualidad de la madurez, se explicaría, según Freud, como un diminutivo del individuo infantil. La intensidad de la *libido* parecería disminuida en proporción a la edad infantil. Sin embargo, hemos enumerado antes algunos motivos que nos hicieron dudar de que los procesos vitales del niño, excepto la sexualidad, fueran más pequeños que los del adulto. Podría decirse que, exceptuando la sexualidad, los fenómenos afectivos y —si tales existen— los fenómenos nerviosos, no tienen la misma intensidad en el niño que en el adulto. Y sin embargo, todas estas cosas serían, según la concepción energética, formas de manifestación de la *libido*. Nos será, pues, muy difícil creer que la intensidad de la *libido* sea la causa de la desproporción existente entre la sexualidad madura y la no madura. Bien al contrario, la diferencia —si se me permite la expresión— parece condicionar otra situación de la *libido*. Esta *libido* desempeña en el niño —contrariamente a la manera de ver habitual de la Medicina— mucho menos una función sexual local que unas funciones secundarias de orden intelectual y físico. Ahora bien, ya en este punto, estaríamos tentados de borrar tras el término *libido*, el predicado *sexualis*, suprimiendo con ello la definición sexualista de la *libido* que Freud nos ha dado en sus *Tres estudios acerca de la teoría sexual*. La necesidad de ello surge, sin embargo, de un modo

apremiante sólo cuando nos preguntamos si el niño que experimenta intensamente el placer y el dolor, procura o no gozar de su *libido sexualis* ya en los primeros años de la infancia, esto es, en la *fase presexual*. Freud se ha pronunciado en favor de esta manera de ver. No será necesario que repita aquí los motivos que me han obligado a admitir una fase *presexual*. El estado de gusano conoce una *libido nutritiva*, pero aún no una *libido* sexual; es de esta manera como debemos expresarnos si queremos seguir manteniendo la concepción energética que nos ha aportado el concepto de la *libido*.

La necesidad de asegurar un campo de acción al concepto de la *libido* y de extraerlo de la acepción demasiado estrecha de su definición sexualista, ha sido impuesta ya desde hace tiempo a la escuela psiconalítica. Como quiera que no se ha cansado de insistir en el hecho de que no era preciso tomar la sexualidad en un sentido tan literal, sino en un sentido mucho más amplio, pero sin decirnos *cómo*, todo esto quedó a oscuras y no ha podido, por tanto, satisfacer a una crítica un poco exigente.

Me parece no equivocarme si descubro el verdadero valor del concepto de la *libido*, ya no en su definición sexualista, sino en su concepción energética, gracias a la cual somos capaces de plantear problemas extraordinariamente valiosos desde el punto de vista heurístico. Debemos, asimismo, a la concepción energética la posibilidad de símiles dinámicos y de símbolos de relación que nos pueden prestar servicios importantes en el caso del mundo anímico. La escuela de Freud obraría muy mal si no prestara oídos a aquellas voces críticas que achacan misticismo e incom-

previsibilidad a nuestro concepto de la *libido*. Se ha entregado a una ilusión al creer que la *libido sexualis* puede ser considerada como portadora de una concepción energética de la vida anímica. Y si muchos de nosotros siguen aún creyendo que poseen un concepto bien definido, por decirlo así concreto, de la *libido*, entonces pasan por alto que este concepto pudo alcanzar aplicaciones que rebasan considerablemente el marco de su definición sexualista. La crítica tiene, por consiguiente, razón al hacerles sus objeciones, puesto que suponen al concepto hasta ahora vigente de la *libido* actividades que no se le pueden atribuir. Esto suscita, en efecto, la misma impresión que si manejáramos un concepto místico.

EL PROBLEMA DE LA «LIBIDO» EN LA DEMENCIA PRECOZ. — En mi ya citada obra *Wandlungen und Symbole der Libido* intenté aportar las pruebas de tales excesos, así como motivar a la necesidad de la creación de un concepto nuevo de la *libido* que tiene en cuenta únicamente la concepción energética. Posiblemente, el propio Freud se vio obligado a considerar exageradamente estrecha su concepción inicial de la *libido* al aplicar conscientemente su concepción energética a un caso muy famoso de demencia precoz, en el llamado «caso Schreber» *Jahrbuch für psychoanalyt. u. psychopathol. Forschungen*, tomo III. Tratabase en dicho caso de la psicología de la demencia precoz es decir, de aquel fenómeno tan peculiar consistente en que esta clase de enfermos tienen una inclinación especial a construir en su fuero interno todo un mundo de fantasías abandonando por él su adaptación a la realidad. Parte de este fe-

nómeno la constituye casi en todos la conocida falta de relaciones cordiales, que representa sin duda alguna una perturbación de la función de la realidad. Gracias a múltiples trabajos sicanalticos sobre enfermos de esta clase, hemos descubierto que la falta de adaptación exterior queda compensada por un aumento progresivo de la actividad de la fantasía, que puede ir tan lejos que llega el día en el cual el mundo de ensueños posee ya más valor de realidad para el enfermo que la realidad exterior. El enfermo Schreber, del cual nos habla Freud en un trabajo suyo, encontró para este fenómeno una ilustración figurada muy acertada, en forma de su idea delirante del «caso del mundo». Con esto llegó a representar de manera muy concreta la pérdida de realidad. Queda muy clara la interpretación dinámica de tales fenómenos; decimos que la *libido* se iba retirando sucesivamente del mundo exterior, por lo cual pasó al mundo interior, a la fantasía, teniendo que engendrar allí forzosamente, como sustituto del mundo perdido, un llamado «equivalente de la realidad». Esta sustitución se lleva a cabo, por decirlo así, pieza por pieza, y es extraordinariamente interesante ver con qué materiales queda construido este mundo interno. Esta concepción del almacenamiento de la *libido* de una parte a otra, se ha formado a raíz del ejemplo cotidiano de este término, en tanto que casi se olvidó, y no tan sólo ocasionalmente se recordó, su concepción netamente sexual. Se habla tan candidamente de la *libido*, concibiéndola tan inconcientemente, que un día Claparède observó, conversando conmigo, que de la misma manera se podría emplear, por ejemplo, la palabra «*intérêt*». Por el uso acostumbrado de la expresión, se iba

formando —sólo afectivamente— una aplicación del término en virtud de la cual se podría aceptar, sin más ni más, la fórmula de que el «caso del mundo» de Schreber está determinado por la retirada de la *libido*. En esta ocasión precisa, Freud acordóse de su definición inicial de la *libido* y trató de precisar su posición ante el cambio del concepto que se había realizado solapadamente. En el trabajo antes mencionado se plantea el problema de *si lo que la escuela psicoanalítica designa como libido y como «interés oriundo de fuentes eróticas», es idéntico o no al «interés» en general*. Se ve, pues, por el mero planteamiento del problema, que Freud se pregunta acerca de lo que Claparède contestó ya para la práctica. Freud se acerca aquí, pues, al problema de si la pérdida de realidad en la demencia precoz —sobre la cual llamé la atención en mi *Psicología de la demencia precoz*— débese única y exclusivamente a la retirada del interés erótico, o si este interés es idéntico al llamado interés objetivo en general. Es casi imposible admitir que la «*fonction du réel*» (Janet) normal se alimenta única y exclusivamente de un interés erótico.

El hecho es que, en muy numerosos casos, la realidad queda completamente abolida, de modo que los enfermos no presenten ni la más mínima huella de adaptación psicológica. (La realidad queda suplantada en tales estados por los contenidos de complejos.) Debemos decir necesariamente que no sólo el interés erótico, sino todo interés en general, esto es, la adaptación a la realidad, se ha perdido por completo.

En mi obra, bastante anterior a ésta, salí del apuro creando la expresión de «energía psíquica», puesto que me vi en la imposibilidad de basar la

teoría de la demencia precoz en la teoría de los desplazamientos de la *libido* interpretada en un sentido exageradamente sexualista. Mis experiencias de entonces, preferentemente psiquiátricas, no me permitían la comprensión de esta teoría, cuya exactitud parcial para la neurosis aprendí a apreciar sólo más tarde, a raíz de una práctica más amplia en el sector del histerismo y de la neurosis compulsiva.

En el sector de la neurosis, los desplazamientos anormales de una *libido* definida en sentidos sexuales, desempeñan en realidad un papel muy importante. No obstante, a pesar de que en el sector de las neurosis se producen también representaciones muy características de la *libido* sexual, nunca se produce aquella pérdida de la realidad que caracteriza a la demencia precoz. En la demencia precoz falta, en cambio, una contribución tan considerable de la función de la realidad que deben estar englobados en la pérdida hasta unos impulsos cuyo carácter sexual debe ser puesto absolutamente en duda, puesto que nadie reconocerá muy fácilmente que la realidad misma es una función sexual. En tal caso, además, el retirar el interés erótico debería tener como consecuencia, ya en las neurosis, una pérdida de la realidad, que se podría comparar con la demencia precoz, cosa que, sin embargo, —como acabamos ya de decir—, no ocurre.

Sería muy difícil concebir tales metamorfosis; aún se podía comprender con alguna dificultad que el desenvolvimiento conducía a través de una fase homosexual «normal» durante la pubertad, para fundamentar luego y conservar definitivamente, la heterosexualidad normal. Sin embargo, ¿cómo explicaríamos entonces que el producto

de un desarrollo paulatino, que está íntimamente enlazado con procesos orgánicos de la madurez, quede eliminado de repente como consecuencia de una mera impresión, para ceder el paso a una fase anterior (como parece haber ocurrido en el caso del joven relatado)? O si se admite la existencia simultánea y paralela de dos componentes, ¿por qué tiene eficacia sólo uno de los dos y no también el otro? Se nos objetará que el componente homosexual podría manifestarse en los hombres con especial preferencia en un estado de particular excitación y singular susceptibilidad frente a otros hombres. Según mis experiencias, esta conducta típica (de la cual la sociedad nos proporciona cada día abundantes ejemplos) encuentra aparentemente su explicación en una perturbación nunca inexistente de la relación con las mujeres, relación en la cual se puede reconocer una forma especial de dependencia que acusa aquél *más* que corresponde al *menos* de una relación homosexual (1). Tales hechos me han impuesto a aplicar la teoría freudiana de la *libido* a la demencia precoz.

Debo crear igualmente, por tanto, que en teoría es imposible defender el intento de Abraham (2), desde el punto de vista de la concepción freudiana de la *libido*. Si Abraham cree que mediante un retiro de la *libido* del mundo circundante se produce el sistema paranoide o la sintomatología esquizofrénica, entonces tal suposición no aparece justificada a la luz del estado de nuestro conocimiento en aquel entonces, pues

(1) Desde luego, esto no es el motivo verdadero. La causa verdadera es el estado infantil del carácter.

(2) *Die psychosexuellen Differenzen der Hysteria u. der Demencia praecox*. Las diferencias psicosexuales existentes entre el histérico y la demencia precoz.) *Zentralblatt f. Nervenhilfkunde u. Psychiatrie*, 1908.

que una mera introversión o regresión de la *libido*, debe conducir inexorablemente —tal como el propio Freud lo demostró muy elocuentemente— a la neurosis, y no a la demencia precoz. Una aplicación directa de la teoría de la *libido* a la demencia precoz me parece imposible, puesto que esta última enfermedad acusa una pérdida que nunca podría ser suficientemente explicada por la desaparición del interés erótico.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo —según lo hace notar ya el propio Freud en su estudio del caso Schreber—, que la introversión de la *libido sexual* conduce a una ocupación del «yo» y que aquel efecto de la pérdida de la realidad podría tal vez producirse en virtud de ello. En efecto, es ésta una probabilidad seductora para explicar la psicología de la pérdida de la realidad. Sin embargo, al observar con mayor exactitud lo que puede resultar del retiro de la *libido sexual* y de su introversión, nos daremos cuenta de que, si bien resulta de ello la psicología de un anacoreta ascético, nunca surge una demencia precoz. El objetivo del anacoreta se concentra en la extinción de toda huella de interés sexual —cosa que de ningún modo podría decirse respecto al demente precoz (1).

(1) Se podría objetar, además, que la demencia precoz no se caracterizaría por la introversión de la *libido sexualis*, sino por la regresión hacia lo infantil, y que es ésta la diferencia entre el anacoreta y el enfermo mental. Eso es, por cierto, justo; sin embargo, sería preciso demostrar si en la demencia es regular y exclusivamente el interés erótico el que se pierde. Me parece algo imposible tal demostración, excepto en el caso de que concluyésemos por esta clase de «erros» aquel de los filósofos antiguos, lo que seguramente no se ha intentado en esta explicación. Conozco casos de demencia precoz en los cuales se pierde toda consideración respecto a la autoconservación, pero no los intereses eróticos harto potentes.

CONCEPCIÓN ENERGÉTICA DE LA «LIBIDO». — Mi actitud bastante reservada frente a la ubicuidad de la sexualidad, tal como está caracterizada en el prólogo a mi *Psicología de la demencia precoz*, a pesar de todo el reconocimiento que tributé a los mecanismos psicológicos, era dictada por el estado, en aquel entonces, de la teoría de la *libido* cuya definición sexual me había permitido explicar aquellas perturbaciones de función que conciernen en igual medida al sector (indeterminado) del impulso del hambre, y al de la sexualidad, mediante una teoría sexual de la *libido*. Durante mucho tiempo, sobre la demencia precoz la teoría de la *libido* me pareció inaplicable. Sin embargo, en el curso de un trabajo psicoanalítico observé con la creciente experiencia un cambio lento en mi concepto de la *libido*: la definición descriptiva de los *Tres Estudios* se sustituyó paulatinamente por una definición genética de la *libido* que me permitió sustituir la expresión «energía psíquica» por el término *libido*. Tuve que decirme: si la función de la realidad consiste hoy tan sólo en su mínima parte en *libido* sexual, y en su mayor parte en otras «fuerzas impulsivas», entonces es un problema, a pesar de todo importante, el de si filogenéticamente la función de la realidad —por lo menos en parte— no es procedencia sexual. Constatar directamente a esta cuestión, respecto a la función de la realidad, no es posible. Sin embargo, intentaremos llegar a su comprensión por un rodeo.

Una mirada superficial a la historia de la evolución, ha de bastarnos para convencernos de que muy numerosas funciones complicadas a las cuales no podemos asignar hoy de ninguna manera

carácter sexual alguno, no han sido en el principio sino ramificaciones del impulso de la procreación. Sabido es que en la serie ascendente de animales se produjo un importante desplazamiento de los principios mismos de la procreación; la masa de los productos de la misma quedó cada vez más limitada en pro de una fecundación segura y de una defensa eficaz de la progenitura. De esta manera, se realizó una transposición de la energía de la producción de óvulos y de espermata a la diferenciación de mecanismos de atracción y de defensa de la prole. Encontramos así los primeros instintos artísticos en la serie animal al servicio de la propagación de la especie, y limitados exclusivamente al período del celo. Con su fijación orgánica y su autonomía funcional, piérdese el carácter sexual inicial de tales instituciones biológicas. Si bien no puede haber duda alguna sobre el origen sexual de la música, representaría una generalización sin valor y, además, de mal gusto, querer englobar la música bajo la categoría de la sexualidad. Una terminología tal nos llevaría a tratar de la catedral de Colonia en un estudio de mineralogía, por el solo hecho de que está construida de piedra.

Hasta ahora hemos tratado de la *libido* en tanto que impulsos de procreación o instinto de la conservación de la especie, ateniéndonos a las fronteras de aquella teoría según la cual la *libido* se opone al hambre de manera análoga a como el instinto de la conservación de la especie se suele contraponer con frecuencia a la autoconservación. En la Naturaleza, desde luego, no existen tales esencias artificiales; no encontramos en ella sino un ininterrumpido impulso de vida, una voluntad de existir que se propone lograr, mediante la con-



servación del individuo, la procreación de toda la especie. Esta concepción es idéntica al concepto de la voluntad sostenida en la filosofía de Schopenhauer en el sentido de que nosotros no somos capaces de concebir íntimamente un movimiento visto desde fuera, sino como la expresión de una voluntad. Si hemos llegado ya una vez a la atrevida suposición de que la *libido* —que en un principio estaba al servicio de la producción de óvulos y de espermatozoides— aparece organizada también actualmente de modo sólido para la función de la construcción de nidos, y parece incapaz de toda otra aplicación, nos veremos igualmente obligados a hacer entrar en este concepto toda volición en general, así como también al hombre. Porque entonces ya no podremos establecer una diferencia de principios entre la voluntad que construye nidos y la voluntad de comer.

Me parece haber mostrado ya por qué camino llegamos a esta consideración: estamos a punto de realizar consecuentemente la concepción energética, sustituyendo el funcionamiento meramente formal por la acción energética. De la misma manera que la antigua ciencia natural habló siempre de las influencias mutuas existentes en la Naturaleza, y luego esta concepción anticuada quedó sustituida por la ley de la conservación de la energía, intentamos sustituir también en el campo de la psicología las influencias mutuas de fuerzas anímicas coordinadas por una energía de concepción homogénea. Con esta sustitución damos lugar, desde luego, a aquella crítica plenamente justificada que reprocha a la escuela psicoanalítica el operar con un concepto místico de la *libido*. Estamos destruyendo aquí la ilusión de que toda Escuela psicoanalítica, en su totalidad, tiene un

concepto muy bien formulado y representativo de la *libido*, y declaro que la *libido* que nos sirve de concepto fundamental, no sólo no es concreta ni conocida, sino que es una verdadera X desconocida, una mera hipótesis, un símil o una unidad concebida concretamente que la «energía» de nuestro mundo de las representaciones. Es ésta la única manera de escapar a aquellas formidables incursiones en sectores de otra competencia que se suelen producir constantemente al querer reducir entre sí unas fuerzas coordinadas. No podríamos explicar nunca la mecánica de los cuerpos sólidos o los fenómenos electromagnéticos mediante una teoría de la luz, puesto que ni la mecánica ni el electromagnetismo son luz. En un sentido estricto, no puede decirse tampoco que fuerzas físicas puedan transformarse entre sí, sino tan sólo que hay una energía en la base de todas, y que es esta energía la que se manifiesta de múltiples maneras. Fuerza es un concepto fenomenológico; lo que, en cambio, se halla en la base de sus correlaciones equivalentes, es el concepto hipotético de la energía que, naturalmente, es un concepto completamente psicológico, y que no tiene nada que ver con la realidad objetiva. Aquel mismo esfuerzo intelectual que realizó la física, lo queremos realizar nosotros por nuestra teoría de la *libido*. Queremos asignar efectivamente al concepto de la *libido* el lugar que le corresponde, esto es, el lugar energético por excelencia, para poder estar luego en condiciones de concebir energéticamente el acontecer animado y sustituir las antiguas «influencias mutuas» por relaciones de equivalencia, de valor absoluto. Nada nos podría molestar menos que el ser llamados «vitalistas». Estamos tan

alejados de la creencia de una «fuerza vital» específica como de cualquier otra metafísica. *Libido* no debe ser otra cosa sino un nombre para aquella energía que se manifiesta en el proceso de la vida, y que nosotros percibimos subjetivamente como un afán y un deseo. No será, sin duda, necesario defender este punto de vista nuestro. Con él, no hacemos más que afiliarnos a una poderosa corriente de nuestra época que quiere concebir energéticamente el mundo de los fenómenos. La alusión a que cuanto percibimos sólo puede ser comprendido como una mera acción de fuerza, debe bastar.

Observemos en la multiplicidad de los fenómenos naturales la voluntad, la *libido*, bajo diferentes aplicaciones y formas. Encontramos la *libido* en la fase infantil, primero únicamente bajo la forma del impulso de la nutrición que se encarga de la formación del cuerpo. Luego, con el desarrollo del cuerpo se abren sucesivamente nuevas posibilidades de aplicación de la *libido*. Su sector de aplicación definitiva y más importante es la sexualidad, que en un principio aparece íntimamente enlazada con la función nutritiva. (¡Piénsese en la influencia que desempeñan en la procreación las condiciones de nutrición en los animales inferiores y en las plantas!) En el sector de la sexualidad, la *libido* obtiene aquella forma cuya cuyo formidable significado es precisamente el primer hecho que nos autoriza a emplear el término algo equívoco de *libido*. En este su empleo, la *libido* se presenta primero como una *protolibido* aún indeferenciada que incita a los individuos a escindirse, a germinar, etc.

Se han desprendido de aquella *protolibido* sexual que produjo de un solo minúsculo ser tantos

millones de óvulos y espermatozoides, con la gigantesca limitación de la fecundidad, partes separadas cuyo funcionamiento queda sostenido mediante una *libido* diferenciada en un sentido especial. Esta *libido* diferenciada queda desde entonces «desexualizada», puesto que se ve despojada de su función primordial de formar óvulos y espermatozoides, y no le queda ya posibilidad alguna de volver a su función de antaño. Podemos decir, pues, que el proceso evolutivo no consiste sino en un desgaste siempre creciente de la *protolibido* que produjo un día exclusivamente productos de procreación, en las funciones secundarias de la atracción y de la conservación de la prole. Tal evolución presupone, desde luego, una relación con la función de la realidad completamente nueva y mucho más compleja, relación que está inseparablemente enlazada con las necesidades de la procreación; esto es, la forma de procreación cambiada trae consigo como corolario una mayor adaptación a la realidad. Con esto no queremos decir, naturalmente, que la función de la realidad deba su existencia única y exclusiva a la creciente diferenciación de la procreación; tenemos perfecta conciencia de la considerable participación de la función nutritiva.

Llegamos, pues, a comprender mejor algunas condiciones primordiales de la función de la realidad. Sería completamente equivocado pretender que la fuerza impulsiva es un impulso sexual; fue sexual en un principio en medida considerable, pero nunca lo fue, ni aun entonces, exclusivamente.

El proceso del consumo de la *protolibido* en funciones secundarias se produjo sin duda siempre bajo la forma del llamado «aumento libidino-

so»; esto es, la sexualidad quedó despojada de su misión primitiva, y, empleada como contribución parcial a la función filogenética, poco a poco creciente, de los mecanismos de atracción propia-mente sexual a funciones secundarias, no se produce en todos los casos, sin excepción. El malthusianismo, por ejemplo, es una continuación artificial de una tendencia que en su origen era natural. Allí donde esta operación se realiza sin merma para la adaptación del individuo, hablaremos de *sublimación*; donde se malogre, de *represión*.

El punto de vista descriptivo del psicoanálisis, percibe claramente la multiplicidad de los impulsos—entre ellos el fenómeno parcial del impulso sexual— y reconoce además ciertos suplementos de *libido* de los impulsos en sí no sexuales.

Es muy diferente el punto de vista genético, que quiere explicar la producción de una multiplicidad de impulsos de una unidad relativa: la *libido*. Fija su atención en los desprendimientos parciales, sucesivos y continuos, de la *libido* inherente a la función procreadora; los ve juntarse como suplementos de *libido* a funciones que se forman de nuevo, disolviéndose finalmente en ellas.

Desde este punto de vista, podemos afirmar ahora que el enfermo mental retira su *libido* del mundo circundante y sufre, por consiguiente, una pérdida de realidad cuyo equivalente será, en el otro lado, un aumento de la actividad de su fantasía.

Intentaremos ahora introducir este nuevo concepto de la *libido* en la teoría—tan importante para la comprensión de las neurosis— de la sexualidad infantil. Encontramos la *libido*—en tanto que energía por excelencia de la actividad vi-

tal—, en el niño, en primer término, en la zona de la función nutritiva en acción. En el acto de chupar, se recibe el alimento mediante unos movimientos rítmicos, bajo el signo de la satisfacción

Al crecer paulatinamente el individuo, y al formar sucesivamente sus órganos, la *libido* se abre nuevos caminos de la necesidad, de la actividad y de la satisfacción. Ahora se trata ya de transferir el modelo primario de la actividad que produce placer rítmico y satisfacción, a la zona de otras funciones, con el objetivo final que le espera en la sexualidad. Una parte considerable en *libido del hambre* tiene que convertirse en *libido sexual*. Esta transición no se realiza repentinamente, en la fase puberal, por ejemplo, sino muy paulatinamente en el decurso de la mayor parte de la infancia. La *libido* no logra liberarse sino con grandes dificultades, y muy paulatinamente, de la peculiaridad de la función nutritiva, para realizar una transición a la peculiaridad de la función sexual. Es preciso distinguir en esta fase de transición, hasta el punto en que me es posible juzgar, dos épocas distintas: la del chupeteo y la de la actividad rítmica transferida. El chupeteo, por su esencia, pertenece aún completamente al sector de la función nutritiva; sin embargo, lo rebasa el hecho de que deja de ser ya una función de la nutrición, siendo más bien actividad rítmica con el objetivo final del placer y de la satisfacción, sin recepción de alimentos. Aquí aparece la mano como órgano auxiliar. En la época de la actividad rítmica transferida, la mano se pone aún más de relieve como órgano auxiliar; la busca de placer excede ya la zona bucal y se orienta hacia otros sectores. Son, por regla general, los demás orificios del cuerpo los que llegan a ser objeto del in-

terés libidinoso; luego la piel, y puntos determinados de la misma. La actividad realizada en estos puntos sirve para procurarse placer. Tras una permanencia más corta o más prolongada de la *libido* en estas estaciones, continúa su marcha hasta llegar por fin a la zona genital, pudiendo llegar a ser en ella motivo de los primeros intentos de masturbación. En su vagabundeo, la *libido* lleva consigo no pocos elementos de la función nutritiva a la zona sexual, lo que explica fácilmente los enlaces frecuentes y muy íntimos entre la función nutritiva y la función sexual. La marcha de la *libido* se realiza durante la época de la presexualidad, que está caracterizada precisamente por el hecho de que la *libido* abandona gradualmente su carácter exclusivo de impulso nutritivo, para tomar ya, en parte por lo menos, el carácter de impulso sexual (1). En la fase nutritiva, no es lícito aún hablar, pues, de una *libido* sexual propiamente dicha. Nos vemos obligados, por tanto, a calificar de manera distinta de la de Freud, la llamada *sexualidad polimorfa y perversa* de la edad más tierna.

El polimorfismo de las tendencias libidinosas de aquella fase se explica como la paulatina y estacionaria transición de la *libido* del sector de la función nutritiva al de la función sexual. Con esto, podemos eliminar de muy buena gana el término, tan combatido por la crítica, de «perverso», que pudiera suscitar una impresión equivocada.

Cuando un cuerpo químico se descompone en sus elementos, éstos son entonces sus productos

(1) Ruego al lector que no se deje engañar por mi manera figurada de expresarme. No es, desde luego, la *libido*-energía la que se libra tan sólo vacilando de la función nutritiva, sino la *libido*-función, que está ligada a las metamorfosis lentas del crecimiento orgánico.

de descomposición. Sin embargo, no es lícito designar por eso todos los elementos como productos de descomposición por excelencia. Las perversivas son productos de perturbación de la sexualidad desarrollada, pero nunca fases previas de la misma (aunque exista sin duda una semejanza sustancial entre fase previa y productos de descomposición). En la misma medida en que la evolución de la sexualidad progresa, también las fases previas infantiles (que no consideramos ya como «perversas», sino como grados de transición) se disuelven en la sexualidad normal. Cuanto más fácilmente se logra sacar la *libido* de sus posiciones transitorias, y con cuantas menos perturbaciones, tanto más rápida y perfectamente se efectúa la formación de la sexualidad normal. Brota del mismo concepto de sexualidad la necesidad de que aquellas inclinaciones protoinfantiles y aun asexuales, queden superadas y abandonadas por la *libido* lo antes posible. Cuanto más alejados estemos de ello, tanto mayor será la posibilidad de que la sexualidad se torne *perversa*. El término «perverso» está completamente justificado en esta acepción. Es, pues, condición fundamental de la perversidad, la existencia de un estado insuficientemente desarrollado de la sexualidad. La expresión «polimorfa perversa» ha sido tomada, en cambio, de la psicología de las neurosis; y quedó proyectada retrospectivamente a la psicología infantil, en donde su empleo no tiene ninguna justificación.

IMPORTANCIA ETIOLÓGICA DE LA SEXUALIDAD INFANTIL. — Después de haber adquirido la seguridad de lo que es y de lo que no es la sexualidad infan-

til, podemos dar un paso más hacia delante y proceder a la discusión de la teoría de las neurosis, discusión que hemos iniciado más arriba y que luego hemos abandonado. Hemos seguido hasta aquí la teoría freudiana de las neurosis, punto en el cual topamos con la afirmación del maestro vienés de que la disposición, sobre la base de la cual la vivencia traumática alcanza su eficacia patógena, sería una disposición sexual. Fundamentándonos en las consideraciones que acabamos de exponer, comprenderemos ahora cómo es preciso concebir esta disposición sexual: tratase, en efecto, de un retraso y de una inhibición en aquel proceso de desprendimiento de la *libido* de las actividades que caracterizan a la fase presexual. En primer lugar, hemos de concebir esta perturbación como una permanencia excesivamente prolongada en determinadas fases del peregrinaje de la *libido* que la conduce de la función nutritiva a la función sexual. Con esto se produce un estado inarmónico de cosas, en el cual unas actividades, que en realidad se han sobrevivido a sí mismas, se yerguen aún, perseverando, en medio de una fase que ya hubiera tenido que abandonar definitivamente tal clase de actividades. Esta fórmula se aplica sobre todos aquellos rasgos infantiles de los cuales los neuróticos poseen tanta abundancia que sin duda ningún observador atento los habrá pasado por alto. En el sector de la demencia precoz, ese infantilismo salta a la vista de tal manera, que hasta uno de sus complejos de síntomas ha recibido un nombre especial, harto característico: me refiero a la *hebefrenia*.

Pero la mera persistencia en una fase transitoria aún no lo es todo. En tanto que una parte de la *libido* permanece en una fase previa, el tiempo,

y con él todo el ulterior desarrollo del individuo, no suspende su curso, sino que evoluciona sin descanso, y la madurez corporal trae consigo que la distancia y la discordancia entre la actividad infantil perseverante y las exigencias de la edad progresiva, así como las condiciones de vida cambiadas, se hagan cada vez más considerables. Con esto, quedan sentadas las bases para la *disociación de la personalidad* y, con ella, para el *conflicto*, que son los verdaderos fundamentos de la neurosis. Cuanto mayor sea la cantidad de *libido* que permanece en una aplicación retrasada, tanto más intenso será el conflicto. La vivencia que se presta más que las otras a hacer patente la existencia del conflicto será la de eficacia traumática o patógena.

Tal como Freud nos había demostrado en sus trabajos anteriores, sería muy fácil concebir una neurosis producida de esta manera. Este modo de ver no discrepaba mucho de las concepciones de Janet que atribuyen a la neurosis un determinado defecto. Desde este punto de vista, se podría comprender la neurosis como un producto del retraso de la evolución afectiva; y puedo imaginar perfectamente que estas lucubraciones merecen la aprobación de quien se muestra inclinado a deducir las neurosis —más o menos directamente— de la predisposición hereditaria o de la degeneración congénita. Desgraciadamente, la realidad es algo más compleja. Para facilitar al lector la comprensión de estas complicaciones, me permitiré transcribir aquí un ejemplo muy banal de un caso de histerismo, mediante el cual confío hacer una demostración patente de la mencionada complicación, tan importante. El lector recordará que antes hemos mencionado el caso de una joven histérica

que reaccionó, de manera sorprendente, ante una patológica situación vulgar que en condiciones normales no le hubiera causado apenas impresión, en tanto que dejó de reaccionar ante una situación que, según toda previsión, hubiera tenido que causarle una impresión profunda. Hemos aprovechado antes este caso para exteriorizar nuestras dudas acerca de la importancia etiológica del trauma, y para examinar más ceñidamente la llamada disposición sobre cuyo fondo el trauma llega a manifestarse. Los comentarios que hicimos a estas consideraciones, nos condujeron al resultado ya antes esbozado de que no es muy improbable que una neurosis se pueda producir sobre el terreno de un desarrollo afectivo retrasado.

Pero el lector me podría preguntar ahora: ¿en qué consistían aquellas fantasías, puesto que era un caso de histerismo?

La enferma vivía sumergida en un mundo de fantasías que no podríamos calificar sino de infantiles. Nos dispensaremos de detallar aquí en qué consistían aquellas fantasías, puesto que todo neurólogo o psiquiatra tiene ocasión diariamente de oír aquellos infantiles prejuicios, ilusiones y exigencias afectivas a los cuales los neuróticos suelen entregarse. En tales fantasías se revela un sentido muy hostil a la dura realidad de las cosas; hay en ellos poca cosa seria. En cambio, abunda el elemento juguetón que ora frivoliza dificultades verdaderas, ora exagera en dificultades gigantescas, dedicando todos sus esfuerzos a inventar fantasmas para escapar de este modo a las exigencias de la realidad. Descubriremos en ello, sin más ni más, aquella relación anímica desme-

surada que el niño tiene con su mundo circundante; su juicio oscilante; su orientación inadecuada en cuanto a las cosas del mundo exterior, así como su miedo ante deberes desagradables. Sobre el terreno de una disposición intelectual infantil, pueden brotar en rica abundancia los fantásticos deseos e ilusiones. En esto hemos de ver un motivo peligroso. A raíz de tales fantasías, los humanos pueden adoptar actitudes completamente inadecuadas e irreales frente al mundo, situación que un día ha de llevar forzosamente a una catástrofe. Ahora bien, si nos remontamos a las fantasías infantiles de nuestra enferma hasta su más lejana infancia, encontraremos muchas escenas claras y de considerable relieve que están en condiciones de aportar nuevo alimento a tal o cual variación fantástica; sin embargo, resultó completamente infructuoso realizar pesquisas para encontrar unos llamados motivos «traumáticos», de los cuales hubiera podido partir algo patológico, por ejemplo, precisamente, la exuberante actividad de la imaginación. Ha habido, por cierto, escenas «traumáticas», pero éstas no aparecían en la primera infancia; en cambio, las pocas escenas que la enferma nos podía relatar de su primera infancia, no eran traumáticas, puesto que representaron más bien unas vivencias completamente accidentales que pasaron sin dejar huellas en las fantasías. Las fantasías más precoces consistían en toda clase de imprecisiones vagas y mal comprendidas que la enferma recibiera de sus padres. Concentráronse en torno de la figura del padre toda clase de sentimientos extraños que oscilaban entre timidez y horror, antipatía y asco, amor y admiración. El caso era parecido, pues, a tantos otros casos de histerismo que no revelan nada de una etiología

traumática, sino que crece en el suelo de una actividad muy especial y muy precoz de la fantasía que guarda siempre el carácter del infantilismo.

Se nos podría objetar que en nuestro caso es precisamente aquella escena de los caballos que se encabritan y arrastran el coche hacia el río la que representa el trauma; ¿no aparece acaso esta escena como una verdadera anticipación y modelo de aquella otra escena nocturna que se produjo unos dieciocho años más tarde, y en el curso de la cual la enferma era incapaz de desviarse del camino de los caballos, prefiriendo tirarse al río, es imitación exacta de la vivencia que servía de modelo y en la cual caballos y coche se precipitaron al agua? Desde aquel momento sufría también de estados histéricos de semilucidez. Tal como intenté exponer antes, no podemos descubrir nada en absoluto de este enlace etiológico con la producción de los sistemas de fantasías. Parece como si el peligro mortal, junto con los caballos encabritados, hubiera pasado sobre ella sin dejar hue-lla alguna que mereciera mención. Todos los años posteriores a aquella terrible aventura dejan de darnos puntos de apoyo para la supervivencia de la impresión de miedo, como si no hubiera pasado nada. Es posible, quiero observar entre paréntesis, que efectivamente no haya pasado nada. No hay ningún motivo que nos impida suponer que sólo se trata de una mera fantasía, ya que únicamente puedo apoyarme en las declaraciones de la enferma, sin otra posibilidad de comprobación (1).

Súbitamente, después de unos dieciocho años,

(1) No estara, sin duda, de más observar con ese motivo que todavía hay personas que creen en la posibilidad de que el psicoanalista se deje engañar por las mentiras de sus enfermos. Esto es completamente imposible: toda mentira es fantasía. Y nosotros tratamos precisamente las fantasías.

la vivencia cobra importancia y queda, por decirlo así, reproducida y realizada con férrea consecuencia. La antigua teoría pretendía que el afecto «atrapado» en aquel entonces se abrió súbitamente camino hacia fuera. Esta suposición es har- to improbable, y su improbabilidad es mayor si tenemos en cuenta que esta historia de los caballos encabritados podría ser tan auténtica como inventada. Sea como sea, sería imposible admitir que un afecto queda sepultado durante largos años, llegando a surgir luego de repente en una ocasión poco adecuada para ello.

Es muy sospechoso que los enfermos tengan tan a menudo una muy pronunciada propensión a presentarnos alguna vivencia antigua suya como la causa pretendida de sus dolencias, por lo cual logran muy hábilmente desviar la atención del médico, dirigida hacia el presente, a una pista falsa del pasado. Este camino falso ha sido el de la primera teoría psicoanalítica. Debemos a la falsa hipótesis una profundidad antes jamás sospechada en la comprensión de la determinación del síntoma neurótico; profundidad que nunca hubiéramos alcanzado si la investigación no hubiera emprendido este camino que le fue preestablecido, en realidad, por la tendencia de los enfermos a despistar. Me parece que no puede considerarse este método de investigación como un camino de errores a cuya entrada tendríamos que colocar un poste con un letrero: «Prohibido el paso», sino quien considere la historia del mundo como una cadena de casualidades más o menos erróneas, creyendo por tanto que se necesita continuamente la mano educadora del hombre, provisto de razón. Además de la comprensión profundizada de la determinación psicológica, debemos a ese «error» plantea-

mientos de problemas de insospechado alcance. Tenemos que estar agradecidos a Freud por haber tenido el valor de dejarse llevar hacia este camino. No son tales cosas las que detienen la marcha ascendente de la ciencia, sino el atenerse conservadoramente a teorías antiguas: el típico conservadurismo de la autoridad, así como la vanidad pueril del sabio que quiere tener razón a toda costa, temiendo equivocarse. Esta falta de espíritu de sacrificio perjudica mucho más la consideración y la dignidad de la ciencia, que cualquier motivo equivocado. ¿Cuándo, por fin, cesará la pueril y superflua querrela de los que quieren tener razón a todo precio? Echemos una mirada sobre la historia de la ciencia: ¿cuántos han «tenido razón»? ¿La razón de cuántos ha sobrevivido hasta hoy?

Volvamos, empero, a nuestro caso. El problema que se plantea ahora, es el siguiente: Si el antiguo trauma no es el causante de la dolencia, entonces queda claro que tenemos que buscar el motivo de la manifiesta neurosis en el retraso del desarrollo afectivo. Entonces tenemos que declarar sin validez y nulas las declaraciones de la enferma, según las cuales los estados de semilucidez histérica provendrían de aquel susto que se llevó de los caballos encabritados (aunque hayan sido otros caballos la causa ocasional de la declaración de su dolencia). Esta vivencia tan sólo *aparece* como importante sin serlo en realidad, fórmula que sirven igualmente para la mayor parte de los demás traumas. Sólo *aparecen* como si tuvieran mucha importancia, puesto que son el pretexto para que un estado ya desde hace tiempo anormal pueda declararse y manifestarse. El estado anormal consiste—según lo hemos detallado más arriba— en una supervivencia anacrónica de una

fase infantil del desarrollo de la *libido*. Los enfermos conservan aún algunas formas de aplicación de su *libido* que hubieran tenido que abandonar ya desde hace tiempo. Es casi completamente imposible establecer un catálogo de estas formas, ya que acusan una multiformidad enorme. La forma más frecuente, y que casi nunca falta, es la actividad exuberante de la fantasía, que está caracterizada por una acentuación exagerada y desprovista de todo escrúpulo de los deseos subjetivos. La exuberancia de la fantasía es siempre una señal de una aplicación deficiente de la *libido* a la realidad. En vez de aplicar la *libido* en la forma más exacta posible a las circunstancias reales, queda «atrapada» en aplicaciones complementarias fantásticas.

El «COMPLEJO DE LOS PADRES». — En este estado—que se llama estado de introversión parcial—, la aplicación de la *libido* permanece aún en parte fantástica o ilusoria, en vez de aplicarse a las circunstancias reales. Un fenómeno concomitante regular de este retrato en el desenvolvimiento afectivo es el *complejo de los padres*. Cuando la *libido* no se emplea para un rendimiento de adaptación a la realidad, entonces queda forzosa-mente más o menos *introversida* (1). El contenido material del mundo anímico consiste en reminiscencias, esto es, en materias del pasado individual de cada cual (haciendo abstracción de las percepciones actuales). Ahora bien: si la *libido* queda parcial o totalmente introversida, entonces llegará

(1) «Introversión» no quiere decir que la *libido* quede sencillamente amontonada, en plena inactividad, sino que se la emplea de un modo fantástico e ilusorio, cuando de la introversión haya resultado una regresión hacia un modo de adaptación infantil. La introversión puede conducir también a un plan razonable de acción.



a ocupar sectores más o menos extensos de remiscencias, gracias a lo cual estas últimas cobran una vivacidad o actividad que ya desde hace mucho tiempo no les corresponde. Por consiguiente, los enfermos viven siempre más o menos en un mundo que pertenece ya más bien al pasado. Se debaten en medio de dificultades que una vez desempeñaron efectivamente un papel importante de su vida, pero que tendrían que estar olvidadas ya desde hace tiempo. Siguen aún preocupándose por cosas que ya hubieran tenido que perder para ellos toda importancia. Se recrean o se martirizan con representaciones que un día tuvieron para ellos una importancia normal, pero que ya no pueden tener ningún interés para la edad adulta. Entre estas cosas que han tenido una enorme importancia en la infancia desempeñan el papel más importante las personas de los padres. Aun cuando los padres reposen ya desde hace tiempo en la tumba y hayan o deberían de haber perdido toda importancia para los hijos, a raíz, por ejemplo, de un cambio total de las circunstancias del enfermo, están aún, sin embargo, presentes en él de alguna manera y tienen importancia para él, como si aún estuvieran vivos. El amor y el respeto, la resistencia, la antipatía, el odio y la sublevarción de los enfermos, se pegan aún a sus *imágenes* deformadas por la piedad o la impiedad, y que muy a menudo no tiene ninguna semejanza con lo que era su modelo original. Este hecho me intimó a no hablar más, directamente, de «padre» y «madre», sino que empleo el término *imagen* de padre y madre, puesto que en tales fantasías se trata más de los verdaderos padre y madre que de sus imágenes completamente subjetivas, y muy a menudo completamente deformadas, que arrastran

una existencia, aunque esquemática, no por eso ineficaz en la imaginación de los enfermos. El complejo de las *imágenes* de los padres, esto es, la suma de las representaciones referentes a los mismos, representa uno de los principales sectores de aplicación de la *libido* introversiva. Observaré de paso que el complejo en sí solo lleva una existencia de sombra, en cuanto está cargado de *libido*. Según la terminología de antaño que se había formado a base de mis estudios sobre las asociaciones de ideas, se entendía por «complejo» un sistema de representación que ya estuviera cargado de *libido*, y, por tanto de actividad. Sin embargo, este sistema existe también como una mera posibilidad de aplicación, aun cuando pasajera o permanentemente no esté cargado de *libido*.

Quando la teoría psicoanalítica estaba todavía bajo la influencia de la concepción traumática, e inclinada aún a buscar, por consiguiente, en el pasado, la *causa efficiens* de la neurosis, nos pareció que precisamente el complejo de los padres era el «complejo medular» de la neurosis (para emplear una expresión del propio Freud). El papel de los padres se nos manifestó determinante, hasta tal punto que nos vimos tentados a buscar en él la culpa de todas las complicaciones posteriores en la vida del enfermo. Años atrás sometí a un examen crítico estas concepciones, en mi trabajo *Ueber die Bedeutung des Vaters für das Schicksal des Einzelnen (Sobre la importancia del padre en el destino de cada cual)*. También en estos enfermos que—de acuerdo con la orientación de la *libido* introversiva— señalaron hacia atrás, hacia el pasado. Pero esta vez no era ya la mera vivencia exterior y accidental de la que parecía par-

tir la influencia patógena, sino una influencia anímica que parecía resultar de las dificultades que encontró el individuo al intentar su oportuna adaptación a las condiciones del ambiente familiar. Eran, sobre todo, la diferencia entre los padres, por un lado, y por el otro, entre los padres y los hijos, las que parecían aptas para provocar en el hijo corrientes que sólo muy mal se podían armonizar con su tendencia individual en la vida, o que no podían armonizar con ella en absoluto. En mi trabajo antes mencionado, aduje algunos casos como ejemplos del abundante material de observaciones de que disponía a ese respecto, y con los cuales me parecía poder ilustrar con particular elocuencia estas consecuencias que aparentemente han partido de los padres, no se limitan tan sólo al hecho de que la prole neurótica no sea a veces capaz de cesar de presentarnos sus circunstancias familiares o su educación equivocada como causa de su dolencia, sino que se extiende inclusive a acontecimientos y actos del mismo enfermo de los cuales no es posible esperar tales repercusiones. La actividad imitadora extraordinariamente potente, tanto en los salvajes como en los niños, puede conducir, en niños especialmente sensibles, a una verdadera identificación interior con los padres, esto es, a una entera actividad intelectual tan semejante a la de ellos, que las repercusiones en la vida se produzcan por el hecho de parecerse a veces hasta en los más mínimos detalles a las vivencias que antaño experimentaron los padres (1). En lo que al material empírico de esta cuestión hace referencia, tengo que

(1) Prescindiendo aquí completamente del parecido orgánico heredado que, desde luego, es responsable por muchas cosas, pero no por todo.

recomendar al lector que se informe sobre la cuestión mediante la literatura de la misma. Sin embargo, no puedo resistir a la tentación de recordar que mi discípula, la doctora Emma Furst, ha aportado algunas pruebas experimentales de gran valor para corroborar mi manera de ver el problema. Ya en mis conferencias dadas en la Clark University me referí a esas valiosas experiencias. La doctora Furst llegó a determinar el llamado «tipo de reacción» en familias enteras y en cada uno de los miembros, gracias a unas experiencias asociativas. Se demostró que existe muy a menudo un paralelismo inconsciente en las asociaciones entre padres e hijos, paralelismo que no puede ser explicado de otra manera sino precisamente por una imitación muy intensa o por una identificación. Los resultados de estas experiencias nos señalan un paralelismo muy amplio de ciertas tendencias biológicas, partiendo de cuyo hecho se podría explicar en alguna ocasión la consonancia a veces sorprendente que existe entre el sino de padres e hijos. Nuestro destino es, por regla general, una resultante de nuestras tendencias psicológicas.

Estos hechos nos hacen comprender muy fácilmente que no sólo los enfermos, sino hasta las opiniones teóricas basadas en tales experiencias, se inclinan hacia la suposición de que la neurosis no es sino el resultado de los influjos caracterológicos de los padres sobre los hijos. Esta hipótesis aparece aún considerablemente apoyada por la experiencia de la maleabilidad del alma infantil, que es el axioma angular de toda pedagogía; se suele comparar el alma del niño con la cera blanda que recibe y conserva todas las impresiones. Sabemos muy bien que las primeras impresiones acompa-

ñan al hombre, imperecederas durante toda su vida, y que, de la misma manera, ciertos influjos educativos indestructibles pueden determinar que el individuo no rebase durante toda su existencia unos límites circunscritos. En estas condiciones, no es sorprendente, sino que es una experiencia que se hace muy a menudo, que se produzcan conflictos entre aquella personalidad del individuo que ha sido postulada por la educación o por otros influjos cualesquiera y la orientación individual y auténtica en la vida. Caen en ese conflicto todas aquellas personas que están destinadas a vivir una vida autónoma y creadora.

La enorme influencia de la juventud sobre el desarrollo ulterior del carácter nos hace comprender sin dificultad el deseo de deducir las causas de una neurosis directa e inmediatamente de las influencias que se han ejercido sobre el individuo a raíz de su medio ambiente infantil. Tengo que confesar que conozco casos en los que todo intento de aplicación tiene menos justificación que ésta. Existen de hecho padres que tratan a sus hijos tan estúpidamente, a causa de su propia conducta llena de contradicciones, que la enfermedad de los niños parece inevitable. Suele ser, pues, la regla, entre los neurólogos, la exigencia de sacar a los niños neuróticos (cuando eso sea posible) del medio ambiente familiar que les puede ser perjudicial, sometiéndolos a influencias menos desfavorables, a consecuencia de las cuales suelen desarrollarse mucho mejor, aun cuando no están sometidos, como en su propia casa, al *control* del médico. Por otra parte, hay muchos neuróticos que ya de niños se manifiestan marcadamente así, y que, por tanto, no se vieron nunca libres de enfermedad. Para tales casos, la concepción más

arriba esbozada es, sin duda, *por regla general*, exacta.

Este resultado, que por ahora nos parece definitivo, quedó aún considerablemente profundizado gracias a los trabajos de Freud y de la Escuela psicoanalítica. La relación existente entre el enfermo y sus padres era objeto de un minucioso estudio, hasta en sus más íntimos detalles, puesto que son precisamente estas relaciones las que podrían ser consideradas como muy importantes desde el punto de vista etiológico. Se observó muy pronto que, en efecto, era así, y que los enfermos siguen siempre viviendo, parcial o totalmente, en su mundo infantil (pero sin que esto les llegue sin más ni más a la conciencia). Al contrario, la difícil tarea del psicoanálisis consiste precisamente en estudiar las peculiares reacciones psicológicas de adaptación del enfermo con tal exactitud que se pueda poner el dedo en las llagas infantiles. Sabido es que entre los neuróticos se encuentran muchísimas personas que fueron antaño niños mimados. Tales casos nos proporcionan los mejores y más claros ejemplos del infantilismo de las reacciones psicológicas de adaptación. Personas de esta índole entran luego en la vida con las mismas exigencias íntimas de simpatía, de amabilidad, cariño y rápido éxito que se adquieren sin esfuerzo, tal como están acostumbrados a ello por su madre desde su más tierna infancia. Hasta enfermos de gran inteligencia son incapaces, en tales casos, de comprender desde un principio que deben sus dificultades en la vida, y su neurosis por añadidura, al hecho de que arrastran consigo su actitud afectiva infantil. El diminuto mundo del niño, y el ambiente familiar, son el modelo según el cual nos construimos mentalmente

el mundo grande. Cuanto más interesante haya formado un ambiente a un niño, tanto más se inclinará éste, una vez sea ya una persona mayor, a ver, a través de los lentes de su afectividad, en el mundo grande, el mundo pequeño de antaño que conoció en su infancia. Al contrario, el enfermo experimenta y ve el contraste antaño y hogaño, e intenta, en la medida que esto le sea posible, adaptarse. Cree acaso estar completamente adaptado, al llegar a comprender tal vez intelectualmente toda su situación; sin embargo, esto no le impide que su afectividad cojee a gran distancia detrás de su comprensión intelectual.

FANTASÍAS INCONSCIENTES. — No será necesario citar ejemplos para aclarar aún más este fenómeno; se observa a diario que nuestros afectos no están a la altura de nuestra comprensión. Lo mismo les pasa a los enfermos, sólo que en una escala mucho más elevada. Puede acaso crear el enfermo que es un hombre completamente normal, excepto en su neurosis, y por tanto, que está adaptado a las condiciones de la existencia. Sin embargo, no sospecha que en realidad aún no ha aprendido a renunciar a determinados postulados de su infancia, y que todavía nutre en el fondo de su alma esperanzas e ilusiones que nunca se han hecho verdaderamente conscientes. Acaricia determinadas fantasías preferidas que acaso sólo muy raras veces son conscientes; pero, aun cuando ocurra así, no lo son hasta tal punto que él mismo sepa que las cultiva. Muchas veces no existen en él sino en forma de esperanzas, prejuicios, predisposiciones afectivas, etc. En tales casos, llamamos a las fantasías *inconscientes*. A veces, las fan-

tasías emergen a la conciencia periférica como pensamientos completamente pasajeros, para volver a desaparecer inmediatamente, de modo que el enfermo no es capaz de decir siquiera si ha tenido o no tales fantasías. Sólo en el curso del tratamiento psicoanalítico aprenden la mayoría de los enfermos a fijar y a observar los pensamientos que cruzan raudos por su mente. Aun cuando todas estas fantasías hayan sido una vez conscientes bajo la forma de un pensamiento que pasó volando por nuestra mente, no por eso sería ilícito llamarlas *conscientes*, puesto que prácticamente quedan, en la mayoría de los casos, *inconscientes*. Tenemos pues perfecto derecho a llamarlas *inconscientes*. (Existen también, desde luego, fantasías infantiles que son completamente conscientes, y que por tanto pueden ser reproducidas en cualquier momento.)

EL INCONSCIENTE. — *El sector de fantasías infantiles inconscientes ha llegado a ser el objetivo por excelencia del psicoanálisis*, puesto que este sector parece contener la clave de la etiología de la neurosis. De un modo completamente distinto a la teoría del trauma, nos inclinamos en este punto —constreñidos por todos los motivos mencionados— a suponer que el fundamento del presente psicológico debe buscarse en la historia familiar.

Aquellos sistemas de fantasías que se presentan inmediatamente a raíz de una mera pregunta que formulamos al enfermo, son generalmente de naturaleza compuesta, y suelen estar elaborados novelística o dramáticamente. Son, a pesar de su constitución elaborada, de un valor relativamente

escaso para la exploración del inconsciente. A esto no les predestina ya tampoco su carácter de estar demasiado expuestas a las exigencias de la ciencia y de la moral convencional, precisamente porque son conscientes. Con esto, quedan expurgados todos estos detalles que personalmente podrían ser desagradables al individuo, o que son sencillamente feos; sólo así llegan a ser presentables en sociedad, y ya no nos pueden revelar nada. Las fantasías de más valor y que aparentemente son a la vez más influyentes en el individuo, no son conscientes, en el sentido descrito. Son, pues, susceptibles de una exploración gracias a la técnica psicoanalítica. Sin querer detenerme más, aquí, en el problema de esta técnica que se puede oír con tanta frecuencia como se desee. Me refiero a la observación de nuestros críticos según la cual *escribirían sugeridas al paciente desde fuera por nosotros*, y no existirían, por tanto, sino en las cabezas de los psicoanalistas. Esta crítica pertenece a aquella categoría completamente gratuita de objeciones que nos atribuyen groseros deslices de aprendizaje. Creo que sólo personas desprovistas de toda clase de experiencia psicológica y sin conocimientos histórico-psicológicos son capaces de formular tales objeciones. Quien tenga por lo menos una idea superficial acerca de lo que es mitología, no podrá pasar por alto los paralelismos extremadamente sorprendentes que existen entre las concepciones mitológicas y las fantasías inconscientes que el psicoanálisis trae otra vez a la superficie. La objeción de que nuestro conocimiento de la mitología queda sugerido a los enfermos, es una afirmación insensata, puesto que la escuela psicoanalítica descubrió en primer término las fantasías, y sólo después se puso a estudiar

la mitología. Sabido es cuán lejos estamos de ésta los médicos.

Puesto que esas fantasías son, como hemos dicho, inconscientes, el enfermo ignora naturalmente hasta su existencia, y dirigirle preguntas directas sobre el particular estaría desprovisto de sentido. Sin embargo, podemos oír a cada paso que los enfermos —y no sólo ellos, sino hasta los llamados normales— nos dicen: «Pero si yo tuviera tales fantasías, entonces, forzosamente, debería tener algún conocimiento de ellas.» Pero lo que es inconsciente es algo que se ignora de hecho. También los que se oponen a nuestras teorías están completamente convencidos de que no existe tal cosa. Este juicio es *a priori* escolástico, y es imposible apoyarlo con argumentos alguno. Nosotros es posible apoyarnos en el dogma de que tan sólo lo que sea inconsciente puede ser *psique* («alma»), cuando en realidad nos podemos vencer a diario de que nuestra conciencia no contiene, de hecho, sino tan sólo una parte de la función anímica. Los contenidos de nuestra conciencia se presentan todos en seguida bajo formas extremadamente complejas; la constelación de nuestro pensar, debido a los materiales de recuerdos que poseemos, es, pues, preferentemente inconsciente. Nos vemos, puse, obligados (nos convenga o no) a suponer la existencia de algo anímico no consciente que —al igual de la *cosa en sí* de Kant— no es, en principio, sino «un concepto fronterizo meramente negativo». Pero como ocurre que observamos repercusiones cuyo origen no puede estar en la conciencia, nos vemos obligados a asignar a la esfera de *Lo No Sabido* contenidos hipotéticos; esto es, suponer precisamente que las causas de determinadas repercusiones (conse-

ciencias) yacen en lo inconsciente, por no presentarse bajo forma consciente. A esta definición de lo inconsciente no se puede achacar, sin duda, que sea «mística». No nos entregamos a la ilusión de saber verdaderamente algo positivo sobre el estado de lo anímico inconsciente, o de afirmar algo acerca de él. En vez de ello, hemos recurrido a conceptos simbólicos, en analogía con los conceptos que empleamos acerca de los fenómenos conscientes, y esta terminología se ha evidenciado muy útil en la práctica. Esta manera de crear conceptos es, además, la única posible, en virtud del postulado: *principia praefer necessitatem non sunt multiplicanda*. Hablamos, pues, de las repercusiones del inconsciente exactamente de la misma manera que cuando hablamos de los fenómenos de la conciencia. Algunos han visto la piedra del escándalo en que Freud haya declarado acerca de lo inconsciente: «no puedo sino desear», y han tomado esta frase por una afirmación metafísica inaudita, un poco al estilo de las tesis fundamentales de la filosofía del inconsciente de Hartmann. El escándalo se debe únicamente a que esos críticos parten de una concepción metafísica del Inconsciente (de la cual manifestamente no tienen conciencia), como de un ente *per se*, proyectando luego cándidamente su propia definición no expurgada desde el punto de vista epistemológico sobre nosotros. Para nosotros, el inconsciente no es una entidad, sino meramente un término, sobre la naturaleza metafísica del cual no nos permitimos ninguna idea, contrariamente a aquellos psicólogos de mesa de café que no sólo pretenden estar muy exactamente informados sobre la localización del «alma» en el cerebro, sino que extienden su información sobre los correlarios fisiológi-

cos del proceso espiritual atreviéndose, pues, a declarar con mucho aplomo que, fuera de la conciencia, no pueden existir sino unos «procesos fisiológicos de la corteza cerebral». Que no se crea posible en nosotros tales candideces. Si, por tanto, Freud nos dice que el inconsciente no puede sino desear, entonces no hace más que describir en términos simbólicos unas influencias cuya fuente *no es consciente*, pero que no pueden ser concebidos desde el punto de vista del pensar consciente, sino en analogía con los deseos. La escuela psicoanalítica se da, además, perfecta cuenta de que en cualquier momento puede iniciarse la discusión de si el «desear» representa o no una analogía justa. Quien pueda proponernos otra solución mejor, será bienvenido. En vez de esto, nuestros objetantes se contentan esencialmente con negar la existencia de los fenómenos, o, al reconocer (bien contra su deseo) la existencia de algunos de ellos, se abstienen de formulaciones teóricas. Este último parecer es, desde luego, muy comprensible desde el punto de vista humano, puesto que no todo el mundo es capaz de pensar teóricamente.

Si alguien logra liberarse del dogma de la identidad de la conciencia con la psique, y reconoce con ello la posibilidad de que existan procesos anímicos extraconscientes, entonces no podrá ya afirmar ni poner en duda *a priori* la posibilidad psicológica de lo consciente. Ahora bien, se suele objetar a la Escuela psicoanalítica que afirma determinados hechos para los cuales no posee *ningún motivo suficiente*. Nos parece que la relación, harto abundante, de casos, publicada en la literatura psicoanalítica, contiene, en rigor, motivos más que suficientes. Sin embargo, parecen esca-

sos a nuestros objetantes. Debe de existir, pues, una gran discrepancia sobre la noción de la «suficiencia» con respecto a las pretensiones de alcance de los motivos. El problema queda, pues, planteado de esta forma: ¿Por qué formula precisamente la Escuela psicoanalítica pretensiones, aparentemente mucho menores que las de la oposición, a los motivos que comprueban sus formulaciones? La causa es muy sencilla. Un ingeniero que ha construido un puente y calculado su resistencia, no necesita ninguna prueba más para la de la carga. Sin embargo, un profano escéptico que no tiene ni idea de cómo se construye un puente y de la capacidad de rendimiento que posee el material empleado en su construcción, exigirá pruebas completamente diferentes para la resistencia del puente, puesto que lógicamente no puede tener ninguna confianza en este punto. Es, en primer lugar, la profunda ignorancia de nuestros objetantes, acerca de lo que estamos haciendo, lo que les hace plantear sus exigencias *in extremis*. En segundo lugar, surgen todas aquellas numerosas malas inteligencias teóricas que, sin excepción, no podemos conocer ni aclarar. Del mismo modo que descubrimos casi diariamente en nuestros pacientes siempre nuevos y cada vez más sorprendentes malentendidos acerca de los objetivos y los medios del psicoanálisis, así también nuestros críticos son inagotables en la invención de otras confusiones. Hemos visto antes, al tratar del concepto mismo de lo inconsciente, cuán falsos supuestos de orden filosófico pueden imposibilitar la comprensión de nuestra terminología. Es natural que una persona que asigne una verdadera entidad absoluta a lo inconsciente, formule postulados completamente diferentes —y

hasta irrealizables—, tal como nuestros adversarios lo hacen efectivamente a nuestros motivos de comprobación. Si se tratase de demostrar la inmortalidad personal, entonces sería preciso reunir montones completamente diferentes de los más importantes comprobantes, lo mismo que si se tratase de demostrar la existencia de plasmoidias en una persona enferma de malaria. Las esperanzas metafísicas perturbaban aún demasiado el pensamiento científico para que la gente sea capaz de concebir los problemas tan sencillamente como son en la realidad.

Sin embargo, a fin de no mostrarnos injustos para con nuestros críticos y objetantes, es preciso poner de relieve que la Escuela psicoanalítica —aunque inocentemente— ha dado ocasión a muy numerosas confusiones. Una de las principales fuentes de las mismas es la falta de claridad teórica. Desgraciadamente, no poseemos ninguna teoría muy representativa. Sin embargo, todo lector culto sabrá comprender y perdonar esto tan pronto como vea, en un caso concreto, con qué género de dificultades tenemos que luchar continuamente los psicoanalistas. En absoluto antagonismo a la opinión de la casi totalidad de críticos, Freud lo es todo menos un espíritu teórico. Es empirista, lo que reconocerá sin más, todo el que abonde con un mínimo de objetividad en las obras freudianas, intentando colocarse en su punto de vista en el análisis de los casos concretos. Esta disposición a la objetividad no es, desgraciadamente, privilegio de nuestros críticos y objetantes. Como hemos oído ya tantas veces, repugna y asquea a nuestros críticos ver como nosotros vemos. Sin embargo, ¿cómo es posible enterarse de las características peculiares del mé-

todo freudiano si el asco nos lo impide? Se llega a la falsa y disparatada conclusión de que Freud es un espíritu teórico por haber dejado de asimilar los puntos de vista establecidos por él, que forman una hipótesis de trabajo acaso impredecible. Se puede admitir con demasiada frecuencia que los *Tres estudios sobre la teoría sexual* representan algo apriorístico y artificial, un producto de una cabeza meramente especulativa, que luego se dedica a sugerir sus propios pensamientos a los pacientes. Es así como se altera la realidad, convirtiéndose en su exacto opuesto. Pero el crítico tiene así, desde luego, un juego muy fácil, y es precisamente esto lo que anhela. ¿Qué les importa a los críticos la existencia de aquellas historias de casos concretos que el psicoanalítico coloca concienzudamente en la base de sus asertos teóricos? Les importa únicamente la teoría de la técnica. No son, naturalmente, éstos los puntos vulnerables y flacos del psicoanálisis —ya que esta doctrina no aspira a ser más que mero empirismo—. En realidad, nos encontramos aquí en medio de un campo amplio y sólo insuficientemente cultivado en el cual el crítico puede dar libre curso a sus pasiones. En el dominio de la teoría existen, sin duda, muchas incertidumbres y muchas contradicciones. Hemos tenido plena conciencia de ello, y ya mucho tiempo antes de que la crítica de los sabios se hubiera dignado consagrar atención a nuestra labor.

### Capítulo III

## SUEÑOS Y NEUROSIS



Tras este paréntesis queremos volver al problema que nos ocupa de las fantasías inconscientes. Nadie está autorizado —así lo hemos visto— a afirmar sin más su existencia y sus peculiaridades, a no ser que se funde en consecuencias que se manifiestan en la conciencia, cuyas fuentes inconscientes pueden ser descritas en términos simbólicos de la conciencia. Sólo importa saber si es efectivamente posible encontrar en ésta consecuencias que correspondan a tales esperanzas. La Escuela psicoanalítica afirma haber encontrado tales consecuencias y repercusiones. Para mencionar, en primer lugar, el problema principal, me referiré al *sueño*. Podemos afirmar del sueño que penetra en la conciencia en tanto que entidad compleja cuya correlación con los elementos que la constituyen no es consciente. Tan sólo una enumeración subsiguiente de asociaciones de ideas enlazadas con cada una de las imágenes del sueño nos permitirá identificar el origen de las mis-

mas con determinados recuerdos del pasado remoto o reciente. Uno se pregunta, por ejemplo. Pero ¿dónde he visto u oído esto? Y en las sensas habituales de las asociaciones de ideas se presenta inmediatamente el recuerdo de que, en parte, habíamos experimentado el día anterior, con plena conciencia, determinadas porciones del sueño, y, en parte, aun antes. Hasta aquí no habrá nadie que nos contradiga, ya que estas cosas son universalmente conocidas. Así, pues, consideramos el sueño como la composición, por regla general incomprensible, de determinados elementos, por lo pronto inconscientes, que quedan reconocidos otra vez, retrospectivamente, mediante las asociaciones de ideas (1). Tampoco se podría imaginar que determinados detalles del sueño poseyeran forzosamente una cualidad de ser conocidos, de lo que se deduciría su carácter consciente, sino que son a menudo (y hasta podríamos decir casi siempre) inidentificables en el primer instante. Solamente después nos acordamos de haber experimentado también en la vida consciente tal o cual detalle del sueño.

Podemos considerar, por tanto, el sueño, ya desde este punto de vista, como una consecuencia de origen inconsciente. La técnica de que nos servimos para su interpretación es aquella misma que ya hemos indicado, y que todos los investigadores de sueños han empleado sin más ni más mucho antes de Freud. Simplemente, se intenta acordarse de dónde pueden provenir los detalles del sueño. Es un hecho que determinados elemen-

(1) Aun esto podría ser combatido, alegando que es un aserto apriorístico. Sin embargo, tengo que hacer notar que esta opinión corresponde a la única «hipótesis de trabajo» universalmente reconocida: la deducción del sueño de vivencias y pensamientos del pasado más reciente. Nos movemos, pues, en un terreno conocido.

tos del sueño son oriundos de la vigilia, y ante todo de vivencias que hubieran caído inmediatamente en el más seguro de los olvidos, a causa de su insignificancia notoria, y que, por consiguiente, viajaban con rumbo al inconsciente definitivo. Tales partes del sueño son precisamente derivadas de «representaciones inconscientes». Este término ha chocado mucho; nosotros, desde luego, estamos lejos de concebir las cosas tan concretamente —para no decir tan torpemente—, como nuestros críticos; esta expresión proviene del simbolismo de la conciencia. Tal como hemos dicho, no tenemos otra posibilidad que la de concebir lo inconsciente según el modelo de lo consciente. No creemos, desde luego, que basta el invento de un nombre bello, y en lo posible incomprensible, para llegar a comprender una cosa.

El principio de la técnica disolutiva del psicoanálisis es sencillísimo y es ya universalmente conocido. Luego, se procede consecuentemente de la misma manera. Si permanece durante cierto tiempo en el mismo sueño —lo que naturalmente nunca se suele producir fuera del psicoanálisis—, entonces se logran descubrir aún más recuerdos relacionados con los fragmentos particulares del mismo. No siempre, desde luego, se consigue hallar para determinados detalles el correspondiente material de recuerdos. Si hablamos aquí de «recuerdos», no concebimos por ellos, claro está, única y exclusivamente aquellos recuerdos que se refieren a determinados acontecimientos concretos, sino también las *reproducciones de relaciones de significados*. Denominaremos a los recuerdos reunidos el «material del sueño». Este material queda luego sometido a un procedimiento que se emplea universalmente en todas las ciencias:

siempre que se tenga que elaborar un material experimental, se procede ante todo a la comparación de las partes, ordenándolas entre sí a base de las analogías que presenten. Es de esta manera como procedemos también a la elaboración de nuestro material de sueños: buscamos ante todo los rasgos comunes, ya sean de carácter meramente formal, ya de carácter material. Es preciso, naturalmente, librarse de ciertos prejuicios. He visto muy a menudo cómo el principiante en materia psicoanalítica confía de antemano en encontrar tal o cual rasgo, en cuyo sentido intenta luego forzar todo su material. Este hecho me llamó especialmente la atención en aquellos colegas que antes habían sido adversarios más o menos violentos de nuestra doctrina, dejándose guiar por los ya conocidos prejuicios y malas inteligencias. Cuando el Destino quiso que yo les pudiera analizar —con cuyo motivo han podido adquirir por vez primera una comprensión del método—, entonces, su primer error solía ser, al emprender a su vez la labor psicoanalítica, el imponer a su material criterios gratuitos y preconcebidos, o sea que aplicaron a su material aquella animadversión que profesaban antes contra el mismo psicoanálisis en general. Resultó que aún no habían llegado a comprender el psicoanálisis con toda la debida objetividad, sino que lo seguían valorando en consonancia con sus propias —y completamente subjetivas— fantasías.

Una vez decididos a pasar revista a los sueños del paciente, no debemos retroceder ante ningún símil, ante ninguna comparación. El material consiste casi por regla general en representaciones harto dispares, de las cuales es a veces muy difícil sacar el *tertium comparationis*. Me veo

obligado a renunciar dentro del marco de un limitado estudio. Quisiera recomendar, pues, al lector, el estudio de Rank en el *Psychoanalytisches Jahrbuch*, tomo II, titulado: «Un sueño que se interpreta a sí mismo.» Se desprende de este trabajo cuán extensos son los materiales que pueden tenerse en cuenta como base de comparación.

Procedemos, pues, a la oportuna interpretación de lo inconsciente, de la misma manera como se procede siempre que se trata de comparar materiales cualesquiera para obtener una conclusión. Se nos ha objetado ya muchas veces: ¿Por qué el sueño debe abarcar forzosamente algún contenido inconsciente? A mi parecer, esta objeción es radicalmente anticientífica. Todo motivo psicológico tiene su historia peculiar. Toda frase que yo pronuncie, posee, además del significado consciente que le he asignado, otro significado histórico que puede ser completamente diferente del anterior. Intencionadamente acabo de expresarme de una manera algo paradójica; pero de ningún modo me atrevería a afirmar que podemos aclarar el significado históricoindividual de cada frase. En materiales más amplios y complicados, tal intento suele ser más fructífero. Sin duda, todo el mundo está convencido de que, haciendo abstracción del contenido explícito de un poema, el poema mismo caracteriza además su forma, contenido y génesis. En tanto que, en su poema, no hizo el poeta más que conferir una elocuente expresión momentánea a una tonalidad afectiva, el historiador de la literatura ve, en ella y detrás de él, cosas que el mismo poeta nunca hubiera podido sospechar. Los análisis que el historiador de la literatura realiza sobre las producciones de

un poeta pueden ser comparados exactamente con el psicoanálisis, sin pretender eludir los errores y equivocaciones que puedan cometer ambos.

#### ANÁLISIS DE UN ACTO SIMBÓLICO: EL BAUTISMO.—

En términos generales, la ciencia que más analogías ofrece con el psicoanálisis es, especialmente, la Historia, con su análisis y síntesis. Supongamos, por ejemplo, que no comprendiéramos lo que significa la admisión del catecúmeno dentro de la comunidad cristiana. Pero esta explicación no puede satisfacerlos, y preguntamos en seguida: ¿Por qué ha de ser rociado el catecúmeno con agua, etcétera, etc.? Para comprender bien este rito, es preciso acumular datos comparativos acerca de la historia de los ritos, esto es, de los recuerdos de la Humanidad sobre este particular. Y esto desde los puntos de vista más diferentes:

1) El bautismo significa manifestamente un rito de iniciación; por tanto, es preciso aportar todos los antecedentes posibles acerca de ritos semejantes.

2) El bautismo se efectúa mediante agua. Esta forma peculiar requiere otra serie de recuerdos, a saber, los que se refieren a aquellos ritos en los cuales se emplea el agua.

3) El catecúmeno queda rociado con agua. Para aclarar este punto preciso es necesario aportar todos aquellos ritos en los cuales se realiza un acto de inmersión del iniciado; aquellos en los que el catecúmeno queda solamente rociado por el agua, etc.

4) Deben tenerse presentes todas las reminiscencias de la mitología, costumbres supersticiosas, etc., que acusen algún paralelismo con el

simbolismo del acto bautismal.

Obtendremos de esta manera un estudio comparativo histórico-religioso sobre el acto del bautismo. Así llegaremos a descubrir los elementos sobre cuya base se ha formado dicho acto, al mismo tiempo que nos enteramos de su significado original y del mundo mitológico abundante en elementos que sirven para formar religiones y que nos harán comprender todos los significados variados e inteligibles del bautismo. No de otro modo procede el psicoanálisis con el sueño; reúne paralelismos históricos, inclusive los más apartados, y esto para cada detalle del sueño; intenta luego esbozar una historia psicológica, del sueño en cuestión y de los significados en los cuales se logra—al igual que con el análisis del acto del bautismo—una comprensión más profunda de la tan admirable, magnífica y fina red de determinaciones inconscientes; comprensión que podemos comparar, según acabamos de decir, con la explicación histórica de un acto que antes estábamos acostumbrados a considerar tan sólo unilateral y superficialmente.

Esta excursión sobre el método psicoanalítico me parece de ineludible necesidad. A consecuencia de los tan divulgados errores que intentan desacreditar continuamente dicho método, me he visto obligado a dar aquí, en términos generales, cuenta exacta del método psicoanalítico y del puesto que ocupa dentro de la metodología científica. No dudo que existen aplicaciones superficiales y hasta abusivas del mismo. Sin embargo, a los ojos de una persona que juzgue las cosas objetivamente, esto no podría ser de ninguna manera una objeción contra el mismo método (como tampoco un cirujano malo podría ser ar-

gumento contra la validez universal de la cirugía). Tampoco pongo en duda que no todas las exposiciones de la teoría del sueño por parte de los psicoanalistas, están desprovistas de errores o de concepciones equivocadas. Sin embargo, esto se debe en gran parte a que, debido a su formación científico-natural, no es fácil para los médicos asimilarse los mismos conceptos fundamentales de un método psicológico por excelencia, aun cuando por instinto lo lleguen a manejar prácticamente bien.

El método que acabamos de esbozar, en sus líneas generales, es aquel que yo profeso y por el cual me declaro científicamente responsable. Aventurarse a interpretar los sueños sin más ni más, haciendo intentos de interpretación inmediata, lo considero absolutamente reprochable y científicamente ilícito. Proceder de esta manera, no es tener método, sino obrar arbitrariamente, y esto acarrea su propio castigo al igual de todo método falso con la esterilidad de los resultados obtenidos.

Si para mis disposiciones sobre los principios del método psicoanalítico me he basado precisamente en el sueño, esto se debe al hecho de que el sueño constituye uno de los ejemplos más claros de aquellos contenidos de conciencia cuya composición escapa a una comprensión directa e indirecta. Si alguien pone un clavo con ayuda de un martillo, para colgar algo en él, entonces comprendemos perfectamente cada fase de su proceder, que nos es inmediatamente evidente. No ocurre así en el acto del bautismo, en el cual cada fase es problemática. Llamamos, pues, a los actos cuyo sentido y objetivo no queda inmediatamente claro, *actos simbólicos* o sencillamente

*símbolos*. A base de este razonamiento, llamamos también *simbólico* al sueño, puesto que es un fenómeno psicológico cuyo origen, sentido y objetivo permanecen oscuros, y que es, por tanto, uno de los productos más característicos de una constelación inconsciente. Como muy acertadamente dijo Freud, el sueño, es, pues, la carretera real, la *vía regia* que conduce al inconsciente.

Además del sueño, existen aún muchos efectos clarísimos de constelaciones inconscientes. En el experimento de asociaciones de ideas, posemos con toda exactitud las consecuencias partiendo precisamente del inconsciente. Las encontramos en aquellas perturbaciones del experimento que he denominado «características de *complejo*». La tarea que el experimento de las asociaciones plantea al sujeto, es tan extraordinariamente fácil y sencilla, que hasta los niños son capaces de realizar sin dificultad alguna las condiciones exigidas. Ahora bien, llama la atención que, a pesar de estos hechos, tengan que notarse tantas perturbaciones de la actividad intencionada en este experimento. Las únicas causas que se pueden evidenciar como motivo de las perturbaciones, demuestran ser las constelaciones en parte conscientes, en parte inconscientes a base de los llamados complejos. En la mayoría de los casos de perturbación, no es difícil establecer la relación con unos complejos de representaciones que tienen acento afectivo. Sin embargo, necesitamos muy a menudo del método psicoanalítico para aclarar estas relaciones, o sea que debemos preguntar a los sujetos del experimento, o a los pacientes, qué clase de asociaciones surgen en ellos relacionadas con la reacción perturbada. Obtendremos con esto el material histórico de ésta perturba-

ción, que luego servirá de base al enjuiciamiento del caso. Se nos ha objetado muy inteligentemente que entonces la persona sujeta a experimento puede decir también las mayores sandeces. Esta objeción se nos suele hacer con la premisa (que espero sea inconsciente) de que el historiador que acumula material para la monografía que se propone escribir es un idiota, incapaz de distinguir entre paralelismos verdaderos y paralelismos meramente aparentes, dejándose engañar por los relatos más mentirosos. El especialista dispone siempre de los medios necesarios para evitar con toda seguridad las faltas más gruesas, y con gran probabilidad las de menor bulto. La desconfianza de nuestros objetantes a ese respecto es algo divertido, ya que es un hecho muy conocido para todo aquel que comprenda la labor del psicólogo la relativa facilidad de ver dónde existe una correlación y dónde no. En primer lugar, toda mentira caracteriza muy bien al mismo sujeto, y luego, por regla general, es muy fácil descubrir todo engaño.

Sin embargo, es preciso pensar en otra objeción que nos merece una atención aún mayor. Podríamos preguntarnos si los recuerdos producidos *a posteriori* han servido efectivamente de base a los sueños habidos. Si por la noche leo un relato de una batalla interesante y sueño después en la guerra balcánica y luego, al analizar el sueño, vuelven a presentáseme otra vez recuerdos de determinados detalles de la narración antedicha, entonces, hasta el más riguroso crítico tendrá que reconocer que el relacionar retrospectivamente todo esto es un procedimiento *justificado*. Tal como lo he mencionado ya antes, ésta es una de las más manejables hipótesis de trabajo sobre

todas las demás asociaciones relacionadas con los detalles del sueño. Con ello no hemos dicho, en realidad, más que esto: tal detalle del sueño está relacionado con tal asociación; tiene, pues, algo que ver con él, y existe alguna relación entre ambos. Si uno de nuestros más distinguidos críticos observó una vez que mediante las interpretaciones psicoanalíticas podríamos relacionar un pepino con un elefante, este mismo crítico nos demostró precisamente con su asociación de ideas *pepino-elefante*, que ambas cosas poseen en su mente algún rasgo asociativo común. Se debe poseer una buena dosis de frescura y un juicio magistral para que uno se atreva a afirmar que el espíritu humano establece asociaciones de ideas completamente desprovistas de todo sentido. De modo que, en este caso, es suficiente pensar un poco para comprender el sentido de esta asociación de ideas.

En el experimento de la asociación de ideas podemos determinar influencias, a veces extraordinariamente intensas, de lo inconsciente, en las llamadas interferencias de complejos. Estos actos fallidos en el seno del experimento son prototípicos de los de la vida cotidiana en general, que podemos designar, en la mayoría de los casos, como interferencias de complejos. Freud reunió una excelente colección de datos de esta índole en su *Psicopatología de la vida cotidiana*. Trátase aquí de los llamados actos sintomáticos que también se podrían denominar, desde otro punto de vista y muy acertadamente, *actos simbólicos*, y luego los actos fallidos propiamente dichos, como olvidos, *lapsus linguae*, etc. Todos estos fenómenos aparecen a raíz de alguna constelación inconsciente, y representan, pues, otras tantas puertas

de entrada al reino de lo inconsciente. Si los actos fallidos se presentan acumulados, deben calificarse de *neurosis*, que se manifiesta bajo este aspecto como un solo gran acto fallido, y que debe ser concebido, por tanto, como consecuencia de alguna constelación inconsciente.

El experimento de las asociaciones de ideas representa, pues, más de una vez, un medio adecuado para penetrar, por decirlo así, directamente en medio del inconsciente; en la mayoría de los casos no es, sin embargo, más que una simple técnica que nos proporciona una selección de actos fallidos que luego pueden ser utilizados, gracias al psicoanálisis, para la exploración del inconsciente. Este es actualmente el sector más seguro de aplicación del experimento asociativo. Sin embargo, me será permitido hacer notar que tal vez dicho experimento nos brinde aún otros datos, especialmente valiosos, que nos podrían permitir una ojeada directa en la inconsciencia. Sin embargo, este problema no me parece aún suficientemente maduro para poder hablar de él.

LOS COMPLEJOS DE EDIPO Y DE ELECTRA. — Tal vez el lector tenga ya más confianza en el carácter científico de nuestro método, después de cuanto hemos dicho ya sobre él; de modo que no le será tal vez difícil suponer que el contenido de la fantasía que el trabajo psicoanalítico llegó a elaborar, no representa meramente unas hipótesis e ilusiones arbitrarias de los psicoanalistas. Acaso el lector esté también dispuesto a enterarse pacientemente acerca de lo que nos cuentan los contenidos inconscientes de la fantasía. Las fantasías de las personas mayores, en tanto que son

conscientes, poseen enorme variedad y formación individualísima. Su descripción general es, pues, por decirlo así, imposible. Sin embargo, no ocurre así si penetramos mediante el análisis en el mundo de fantasías inconscientes de un adulto. Aun allí, la variedad de los materiales de la fantasía, es, sin duda, demasiado grande, pero la peculiaridad individual ya es muchísimo menos acusada que en el sector consciente. Tropezamos aquí con materiales ya mucho más típicos, que por lo menos vuelven a aparecer no raramente en personas distintas. Poseen gran constancia, por ejemplo, aquellas representaciones que no son sino variaciones de las ideas que volvemos a encontrar en las religiones y en la mitología. Este hecho es tan concluyente, que podemos decir que hemos descubierto en estas fantasías los estudios previos de las representaciones mitológicas y religiosas. Tendría que extenderme demasiado si quisiera aportar aquí los necesarios ejemplos convincentes; en vez de ello, llamaré la atención sobre los correspondientes capítulos de mi *Wandlungen und Symbole der Libido*. Sólo a título de mención, diré que, por ejemplo, el símbolo central del cristianismo, el *sacrificio*, desempeña un papel importante en las fantasías inconscientes. La Escuela vienesa ha descrito este fenómeno bajo el nombre (que fácilmente se presta a equívocos) de «complejo de la castración». Este término —que en esta acepción es paradójico— deriva de la actitud muy peculiar, ya antes caracterizada, de la sexualidad. En mi trabajo antes mencionado, dediqué especial atención al problema del sacrificio. Tengo que limitarme a esta mención incidental y apresurarme a decir cuatro palabras sobre el origen de los materiales incons-

cientes de la fantasía de que venimos hablando. En la inconsciencia del niño, las fantasías llegan a simplificarse considerablemente en proporción al medio ambiente infantil. Hemos podido reconocer, gracias al conjunto de esfuerzos realizados por la Escuela psicoanalítica que la fantasía sin duda más frecuente de la infancia es el llamado *complejo* de Edipo. También este término me parece extremadamente inadecuado. Sabemos perfectamente que el sino trágico de Edipo consistía en desposarse con su madre y en dar muerte a su padre. Este trágico conflicto de la edad madura parece estar muy alejado de la psique infantil, y, por tanto, es inconcebible para el profano cómo puede surgir percisamente en un niño. Sin embargo, si reflexionamos un poco, veremos que el *tertium comparationis* consiste precisamente en la *delimitación estrecha del sino de Edipo sobre los padres de éste*. Esta delimitación caracteriza, efectivamente, al niño; en cambio, para el destino de las personas mayores, los padres no desempeñan ya un papel tan primordial. En este sentido, Edipo representa en realidad un conflicto infantil, pero con la ampliación que representa su proyección a la edad adulta. El término «complejo de Edipo» no quiere decir, naturalmente, que pensamos en el conflicto en su forma adulta, sino tan sólo en su disminución y atenuación infantil. En primer lugar, dicho término no quiere decir sino que las exigencias de amor del niño se dirigen hacia sus padres, y en la medida en que estas exigencias hayan cobrado cierta intensidad (de modo que defiendan el objeto de su elección con celos), en la misma medida, repito, podemos hablar efectivamente de un complejo de Edipo. Desde luego, con esta disminución y debilitación del complejo

de Edipo no queremos significar una disminución de la suma afectiva en general, sino tan sólo la participación reducida, característica para el niño, en los afectos sexuales del problema. En cambio, los afectos infantiles poseen una intensidad absoluta, hecho característico en los adultos para el afecto sexual. El niño pequeño quisiera poseer él sólo a la madre y hacer desaparecer al padre. Como es sabido, los niños pequeños saben ya a veces muy bien cómo interponerse de la manera más celosa entre sus padres. En la inconsciencia, estos deseos o intenciones cobran forma más concreta y drástica. Los niños son unos hombrecitos primitivos, y, por tanto, poco escrupulosos en el matar; tanto más fácil es que este pensamiento esté aún presente en su inconsciente, lo que suele manifestarse a veces bajo las formas más violentas. Así como el niño suele ser por regla general inofensivo, también suele ser aparentemente peligroso. He dicho «por regla general», ya que sabido es que también los niños pueden ceder en ciertas ocasiones a sus instintos de matar no sólo indirectamente, sino hasta directamente. Pero de la misma manera que el niño no es aún capaz de tener intenciones según un plan preconcebido, tampoco nos parecen peligrosos sus deseos de matar. Lo mismo se puede decir de la intención edípica frente a la madre. Estas ligeras alusiones de la fantasía edípica pueden ser pasadas por alto muy fácilmente en la esfera de la conciencia; esto explica que gran parte de los padres estén convencidos de que sus hijos no poseen el complejo de Edipo. Los padres están casi siempre, al igual que los enamorados, cegados frente al objeto de su cariño. Pero cuando nosotros afirmamos que el complejo de Edipo no es, en primer término,



sino una mera fórmula del deseo infantil frente a los padres y del conflicto que este deseo provoca —ya que lo ha de provocar forzosamente todo deseo egoísta—, la cosa podría parecer aún más aceptable. La historia de la fantasía edípica tiene particular interés, ya que nos enseña muchas cosas sobre el desarrollo de las fantasías inconscientes en general. Se suele creer, naturalmente, que el problema de Edipo es un problema exclusivo del hijo. Es notable que esto no sea sino una ilusión. Muy a menudo la *libido sexualis* no alcanzó sino sólo relativamente tarde en la pubertad su diferenciación definitiva, que corresponde al sexo del individuo. Antes de esta diferenciación definitiva, la *libido sexualis* acusa un *carácter sexualmente indiferenciado*, que se suele denominar también *carácter bisexual*. Es, pues, hasta cierto punto sorprendente que también niñas pequeñas puedan acusar el complejo de Edipo. Después de cuanto sabemos ya sobre psicoanálisis, el primer amor pertenece siempre a la madre, indiferentemente a si el niño es de uno o de otro sexo. En esta fase, si el amor hacia la madre es muy distinto, el padre queda alejado con vehementes celos por parte del niño, como un rival indeseable. Desde luego, en esta edad tan temprana, la madre no posee ningún significado sexual respecto a su hijo que bajo ningún aspecto merezca mención. Así, pues, el término «complejo de Edipo» no parece muy feliz. En esta fase de la vida, la madre no tiene otro papel sino el de un ser que ampara, rodea y alimenta al niño, y todo «placer» que de ella provenga tiene tan sólo estas características.

También el balbuceo que significa madre —*ma... ma...*— es, de manera harta característica,

128

idéntico a la voz que designa el pecho materno. Como me comunicó oportunamente la doctora Beatrice Hinkle, una encuesta infantil dio por resultado que definesen a la madre como la persona que da la comida, el chocolate, etc. Difícilmente se podría afirmar, tratándose de tan corta edad, que el comer no fuese sino un mero símbolo de lo sexual (aunque a veces esto ocurra así, mucho más tarde, en personas mayores). Cuán potente es la fuente nutritiva del placer, nos lo demuestra la más somera ojeada sobre la historia de la civilización. Los lujuriosos banquetes de la Roma decadente podían basarse en lo que fuera menos en la sexualidad reprimida, puesto que los romanos de aquella época pueden ser acusados de todo excepto de esto. Y que estos excesos fueran un mero sustituto, esto es cierto; sólo que no lo eran de la sexualidad, sino de las funciones morales desatendidas, que muy erróneamente se suelen concebir como algo que es impuesto al hombre desde fuera a la fuerza. Los humanos tenemos las leyes que nos fabricamos nosotros mismos.

Yo no identificaría, sin más ni más, tal como lo he explicado ya más arriba, la sensación de placer con la sexualidad. En la primera infancia, la parte que corresponde a la sexualidad en las sensaciones de placer es verdaderamente íntima. Sin embargo, los celos pueden desempeñar ya en ello un papel importantísimo, puesto que también los celos son algo que no pertenece sin más ni más al sector sexual; ya la envidia de la comida tiene gran parte de la producción de las primeras incitaciones celosas. Basta pensar en los animales. Sin duda, también se añade a ello un erotismo precozmente germinante. Este elemento va fortaleciéndose poco a poco en el curso de los años,

de modo que el complejo de Edipo toma pronto su forma clásica. Con los años, el conflicto cobra en el hijo una forma más viril, y por tanto más típica, mientras que en las hijas se desarrolla la inclinación específica bien conocida hacia el padre y la correspondiente actitud de celos frente a la madre. Podríamos denominar, pues, este complejo, en el caso de las hijas, *complejo de Electra*. Sabido es que Electra tomó venganza sanguinaria de su madre Clitemnestra por el asesinato del marido de ésta, a consecuencia del cual Electra perdió a su amadísimo padre. Ambos complejos de fantasía van formándose cada vez más con la progresión de la madurez, para llegar a una nueva fase sólo en el tiempo de la pospubertad, deshaciéndose de los padres. Hemos visto ya el símbolo de esta separación; el *simbolo de sacrificio*.

Cuanto más lejos llega el desarrollo de la sexualidad, tanto más consigne alejar al individuo del marco de su familia, para que cobre independencia y autonomía. Ahora bien, todo hijo está, a raíz de su historia personal, en íntimo enlace con la familia, especialmente con la madre; por tanto, sólo con grandes dificultades se logra el librarse íntimamente del ambiente infantil, o, mejor dicho, de una *actitud* infantil que existe en cada cual. Si la persona que va madurando no consigne muy pronto el íntimo desasimiento, entonces el *complejo de Edipo y de Electra se convierte en un conflicto, y con ello, está dada la posibilidad de toda clase de perturbaciones neuróticas*, puesto que una *libido* entonces ya desarrollada en un sentido netamente sexual, se apodera del marco que le brinda el complejo, y produce efectos y fantasías que manifiestan de modo

inegable la existencia, llena de consecuencias, de unos complejos que antes permanecieron inconscientes y relativamente inactivos. La consecuencia más inmediata será la producción de resistencias intensas contra los impulsos inmoraes que son oriundos de los complejos que desde ese momento cobran actividad. Las consecuencias de esta actividad consciente pueden ser de naturaleza muy diversa. Ora son directas —entonces se producen en el hijo violentas resistencias contra el padre, y una actitud especialmente cariñosa y sumisa frente a la madre—. Ora las consecuencias son indirectas, esto es, compensadas; en tal caso encontramos, en vez de la resistencia frente al padre una sumisión peculiar al mismo, y una actitud negativa e irritable frente a la madre. Las consecuencias directas y compensadas son, además, intercambiables entre sí con el tiempo. Lo mismo puede decirse también acerca del complejo de Electra. Si la *libido sexualis* quedara estancada en esta forma de conflicto, entonces el complejo de Edipo y de Electra tendría que conducir forzosamente a asesinatos e incestos. Desde luego, estas consecuencias no se producen en el hombre civilizado, como tampoco las vemos en el primitivo hombre «amoral», puesto que en tal caso la Humanidad se hubiera extinguido ya desde tiempos inmemoriales. Por el contrario, el hecho natural de que cuanto nos rodea o nos ha rodeado cotidianamente pierda su aliciente especial, induciendo por tanto a la *libido* a la busca de nuevos objetos, representa un regulativo importantísimo que impide asesinatos e incestos. Lo absolutamente normal y real es, pues, el desarrollo progresivo de la *libido* hacia objetos extrafamiliares, y el estancamiento de la misma dentro del

marco de la familia constituye un fenómeno anormal y dañino. Es, sin embargo, un fenómeno que puede producirse, más bien como una especie de alusión ligera, hasta en personas completamente normales.

La fantasía inconsciente del sacrificio que se produce mucho tiempo después de la pubertad, ya durante la edad madura—de lo cual se encuentra un ejemplo detallado en mi estudio sobre *Wandlungen und Symbole der Libido*—no es sino una continuación directa de los complejos infantiles. La fantasía del sacrificio significa la renuncia a los deseos de la infancia. Creo haber demostrado esto en mi estudio antes citado, en el cual no he dejado tampoco de llamar la atención sobre los paralelismos históricos-religiosos existentes. El hecho de que este problema desempeñe un papel tan importante precisamente en las religiones, no es de ninguna manera sorprendente, puesto que la religión representa uno de los apoyos más eficaces de nuestro proceso de adaptación psicológica a la realidad. Lo que más impide toda nueva adquisición en el proceso de la adaptación psicológica, es la fijación conservadora de lo antiguo y de actitudes pasadas. Sin embargo, el hombre no es capaz de despojarse sin más ni más de su personalidad anterior y de objetos precedentemente codiciados, porque con ello se despojaría de su *libido* que mora cerca de su pasado. De este modo, empobrecería hasta cierto punto. Es justamente aquí donde interviene la religión, asegurando el encauzamiento de la *libido* relacionada con los objetos infantiles (=padres), a través de canales de símbolos muy adecuados, hacia unos representantes simbólicos de los anteriormente habidos: los dioses, con lo cual se hace posible la transi-

ción del mundo infantil al mundo adulto. Con ello, la *libido* encuentra una nueva aplicación social.

EL COMPLEJO DEL INCESTO. — Freud concibe el complejo del incesto de manera harto peculiar y que dio lugar una vez más a violentas objeciones. Parte del hecho de que el complejo de Edipo permanece por regla general en lo inconsciente, y concibe ese hecho como consecuencia de una represión precoz del orden moral. Tal vez no me exprese muy correctamente, si reproduzco la teoría freudiana con dichas palabras. Sin embargo, según la manera de ver del maestro vienés, el complejo de Edipo parece como reprimido, esto es, como desterrado a lo inconsciente, a raíz de una *reacción* de las tendencias conscientes; de modo que casi parece como si el complejo de Edipo sólo emergiera a la conciencia cuando al desarrollo del niño no se opone obstáculo alguno, y ninguna tendencia civilizadora influye en él (1). Freud denomina a este obstáculo que impide precisamente esta plena realización del complejo de Edipo, la *barrera del incesto*. Freud se *imagina*—en la medida en que nos sea posible concluir a base de sus manifestaciones— que la barrera del incesto es obra de una experiencia retroactiva o de una corrección por la realidad, puesto que el afán del inconsciente busca una satisfacción ilimitada e inmediata, con indiferencia respecto a otras personas. Este modo de ver es idéntico al de Schopenhauer acerca del egoísmo de la voluntad ciega, tan potente que una persona sería capaz de matar a su hermano tan sólo para poder lus-

(1) Fue Sichel quien expresó con la mayor insistencia esta opinión.

trarse las botas con el betún de éste. Freud supone que la barrera psicológica del incesto por él postulada, podría ser comparada a aquellas prohibiciones del incesto que encontramos ya en los salvajes muy poco organizados. Supone, además, que estas prohibiciones son una prueba del hecho de que el incesto se quiera llevar a cabo verdadera y seriamente, por lo cual hay que estructurar leyes prohibitivas en los estados más primitivos de la civilización. Se imagina el creador del psicoanálisis que la tendencia hacia el incesto es, pues, un *deseo sexual completamente concreto*, ya que denomina a este complejo el complejo medular por excelencia de las neurosis, y está dispuesto a reducir a él más o menos toda la psicología de la neurosis, así como otros muchos fenómenos del sector intelectual.

LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS. — Con esta nueva opinión profesada por Freud, volvemos otra vez al problema de la etiología de las neurosis. Hemos visto que la teoría psicoanalítica partió de la vivencia traumática de la infancia, cuya irrealidad parcial o total quedó demostrada. La teoría se desvió ligeramente por tanto y se puso a buscar lo etiológicamente importante en el desenvolvimiento de la fantasía anormal. La exploración progresiva de la inconsciencia, prolongada durante más de un decenio y apoyada en la labor de un nutrido grupo de colaboradores, nos brindó por fin un extensísimo material empírico que hizo reconocer que el complejo del incesto representa un elemento extraordinariamente importante que nunca podría faltar en la fantasía morbosa. No obstante, sería erróneo creer que el complejo del

incesto pertenece sólo al individuo neurótico; bien al contrario, demuestra ser parte integrante también de la psique infantil normal. Por su mera existencia aún no nos revela, pues, si va a convertirse o no en nacimiento de una neurosis. Para que pueda llegar a ser patógeno, necesita su conflicto; esto quiere decir que su complejo, en sí ineficaz, debe ser avivado hasta producir un conflicto.

Con ello, tropezamos ahora con un problema nuevo y muy importante. Si el «complejo medular» infantil no es más que una forma general y en sí patógena, que necesita por tanto una actividad especial, tal como lo hemos llegado a reconocer en nuestras consideraciones anteriores, entonces todo el problema etiológico se desplaza. Bajo estas circunstancias sería vano escrutar en los recuerdos de la primera infancia; porque ella tan sólo nos aporta las formas más generales de los conflictos mismos. El hecho de que la infancia tenga ya a su vez conflictos, no cambia en absoluto la situación, puesto que los conflictos infantiles son muy diferentes de los conflictos de las personas mayores. Aquellas personas en quienes existe una neurosis crónica ya desde la infancia, no presentan tampoco los mismos conflictos de aquel entonces. La neurosis había podido producirse al tener que ingresar el niño en la escuela. En aquel entonces, se trataba de un conflicto entre la dulzura mimada y el deber en la vida, esto es, entre el amor a los padres y la obligada escolaridad. Pero hoy, el conflicto se produce entre los goces de una existencia burguesa muy cómoda y las exigencias severas de la vida profesional. Es tan sólo una apariencia que los dos conflictos sean idénticos. Ocurre lo mismo que cuando los alema-

nes de las guerras de independencia quieren compararse con los antiguos germanos que se habían alzado también contra el yugo romano.

Me parece que lo mejor sería ilustrar el desarrollo ulterior de la teoría psicoanalítica con el ejemplo de aquella dama cuya historia ya es conocida del lector desde los primeros capítulos. Como aún se recordará, hemos llegado a la conclusión de que el susto causado por los caballos condujo en la aclaración anamnéstica al recuerdo de una escena análoga ocurrida en la infancia, ejemplo mediante el cual discutimos la teoría del trauma. Hemos visto que el elemento patológico por excelencia tiene que ser buscado sin duda en la fantasía hipertrofiada, la cual es oriunda de cierto retraso en el desenvolvimiento psicosexual. Ahora se trata de aplicar los puntos de vista teóricos hasta aquí elaborados, para que lleguemos a comprender cómo aquella vivencia ha podido formar una constelación precisamente en aquel momento y con tanta eficacia.

El método más sencillo que nos proporciona la explicación de aquel acontecimiento nocturno, consiste en la detallada interrogación sobre las circunstancias de tal momento. Primero me informé de las personas que acompañaban a la señora en cuestión en el momento de la aventura, y supe que conocía a un señor joven con el cual pensaba casarse; le quería y confiaba en que podrían ser muy felices. Fuera de esto, no se descubrió por ahora nada interesante. Sin embargo, nuestra exploración no debe dejarse desanimar por una falta de hallazgos, cuando la interrogación no es sino superficial. Existen vías indirectas que nos sirven cuando la vía directa no es practicable. Volvemos, por tanto, otra vez, a

aquel extraño instante en que la señora se puso a correr delante de los caballos. Nos informamos ante todo acerca de sus acompañantes y del motivo que les había reunido en el banquete del cual salían en aquel momento preciso. Resulta que se trataba de una despedida a su mejor amiga, que estaba a punto de partir para curar su nevrosismo en un balneario extranjero, en donde se proponía permanecer mucho tiempo. Dicha amiga está casada, y, según se nos dice, muy felizmente; tiene, además, un hijo. En cuanto a la pretendida felicidad, nos será permitido dudar de ella, puesto que, si así fuera, aquella señora no tendería, entonces, motivos para estar nerviosa y tener que ir a curarse. Formulando preguntas de otro orden, me enteré de que la enferma fue llevada otra vez, después del accidente, a casa de dicha amiga, ya que ésta residía en el lugar más cercano. Allí fue recibida hospitalariamente, rendida como estaba, por el marido. Al llegar a este punto de su narración, interrumpióse la enferma, turbóse y pareció muy cohibida; intentó cambiar el tema de la conversación. Se trataba aquí, manifestamente, de una reminiscencia desagradable para ella, que resurgió súbitamente a raíz de mis preguntas. Tras la superación de muy tercas resistencias, descubrióse que durante la noche en cuestión había pasado algo muy importante: su amable huésped, marido de su amiga, le había hecho una ardiente declaración de amor, a raíz de la cual se produjo una situación que era difícil y molesta, en virtud de la ausencia de la señora de la casa. Según ella pretende, dicha declaración de amor cayó sobre ella como caería un relámpago de un cielo sereno. Sin embargo, una mínima dosis de crítica que empleáramos en este asunto nos enseñaría que tales

cosas nunca suelen caer inesperadamente de las nubes, sino que tienen siempre su peculiar historia previa. La labor del análisis en las semanas siguientes consistía, pues, en excavar trozo por trozo toda una larga historia de amores, hasta que apareciera aclarado todo el cuadro de conjunto, que podríamos resumir de la siguiente manera: Durante su infancia, nuestra enferma era harto pueril; sólo gustaba de salvajes juegos de niños, burlándose de su propio sexo, y rehuendo toda clase de ocupaciones y hábitos femeninos. Después de la fase puberal, en la que el problema erótico la hubiera podido acosar más, empezó a rehuir toda sociedad, y odiaba y despreciaba cuanto le hacía recordar, aunque no fuera más que lejanamente, el papel sexual asignado por la Naturaleza. Vivía en un mundo de fantasías que nada tenía que ver con el de la dura realidad. Así, hasta los veinticuatro años, rehuó todas las pequeñas aventuras, esperanzas y juguetes que suelen ocupar a esa edad la vida interior de una mujer. Sin embargo, en ese momento conoció al mismo tiempo a dos muchachos que se proponían penetrar en su seno de espinos. El señor A era el marido de su entonces mejor amiga; el señor B era un amigo de éste, aún soltero. Ambos le gustaban a ella. Sin embargo, parecióle muy pronto como si el señor B le gustara muchísimo más, y, por consiguiente, sobrevino muy rápidamente una relación con grandes franquezas entre ella y el señor B, y se hablaba ya de la posibilidad de unos esponsales. Por sus relaciones con el señor B y por su amiga, tuvo que tratar también muy a menudo al señor A, cuya presencia la llegó a irritar de modo incomprensible bastante a menudo, produciéndole gran nerviosismo. En esta época, la enferma tomó par-

te en un gran acto de sociedad. Estaban presentes también sus amigos. Ella quedó sumergida en pensamientos, y jugaba soñadora con su anillo, que, súbitamente, llegó a deslizarse entre sus manos y cayó debajo de la mesa. Ambos señores se inclinaron para buscarlo, y fue el señor B quien lo encontró primero. Le puso otra vez el anillo en el dedo, con una sonrisa muy significativa, diciendo: «Ya sabe usted lo que esto quiere decir.» Entonces se apoderó de ella un sentimiento extraño, irresistible; se quitó el anillo del dedo con violencia, y lo tiró por la ventana abierta. Esto produjo, desde luego, el consiguiente momento penoso, y la dama abandonó bien pronto, muy deprimida, aquella reunión. Después la mal llamada casualidad quiso que ella pasara el verano en un balneario donde veraneaban también los señores de A. La señora de A empezó ya entonces a presentar visibles síntomas de nerviosismo, a consecuencia de lo cual quedóse más a menudo en casa, alegando estar indispuesta. La enferma estuvo, pues, en condiciones de ir de paseo a solas con el señor A. Una vez salieron a remar en una embarcación pequeña. Ella mostróse desbordadamente alegre y de repente, cayó por la borda. El señor A sólo la pudo salvar a duras penas, ya que ella no sabía nadar, y la acostó medio desmayada en la embarcación. Con ese motivo la besó por primera vez. Con esta aventura novelesca quedó sellada su amistad. Para tener un pretexto ante sí misma, la enferma insistió en la necesidad de llegar a ser cuanto antes la prometida del señor B, y convenciése cada día más de que en realidad amaba a este señor. Este juego extraño no pudo escapar, desde luego, a los siempre despiertos celos femeninos de la amiga; la señora A se dio ins-

tintivamente cuenta de lo acaecido, y se torturó a consecuencia de ello, lo que llegó a aumentar su nerviosismo. Un día pareció ya de ineludible necesidad una prolongada estancia de la señora A en un balneario extranjero con fines curativos.

Ahora bien, con el banquete de despedida se presentó la posibilidad de un peligro. Nuestra enferma sabía perfectamente que su amiga y rival tenía que salir de viaje aquella misma noche, y que el señor A quedaba solo en casa. No llegó a pensar con claridad y con mucha consecuencia en esta posibilidad, ya que hay mujeres que poseen la notable capacidad de pensar, no de modo intelectual, sino «afectivamente», logrando así que ellas mismas crean no haber pensado nunca determinadas cosas.

De todas maneras, toda aquella noche se sentía en un extraño estado de ánimo. Sentíase sobremanera nerviosa, y después de que todos acompañaron a la estación a la señora A, el estado crepuscular histérico se presentó en el camino en aquel preciso momento, cuando oía aproximarse los caballos. Contestóme que tan sólo tuvo una sensación terrible de que «aquello se aproximaba cada vez más y de que ella no podía apartarse». La consecuencia fue la que el lector sabe ya: que fuese llevada completamente rendida a casa de su huésped de aquella noche, el señor A. Esta coincidencia queda muy clara ante todo buen sentido común; todo profano diría: «Bien, esto muy comprensible; la buena mujer sólo quería aprovechar la ocasión de llegar a hacer noche en casa del señor A, de cualquier manera que fuese.» Sin embargo, el científico podría reprochar en tal caso, con justa razón, una incorrección en el modo de expresarse, y objetarle que los motivos de sus actos

eran completamente inconscientes para la misma enferma, y que, por tanto, no se podría hablar de una *intención* de ir a casa del señor A. Sin duda existen psicólogos muy cultos que pueden combatir la interpretación finalista de estos actos de la señora, basándose en tales o cuales razones teóricas; causas que fundamentase en el dogma de la identidad de conciencia-psique («alma»). Sin embargo, la psicología instaurado por Freud reconoció ya hace tiempo que los actos psicológicos no pueden ser enjuiciados de ninguna manera a base de motivos conscientes, cuando se trata de su sentido teleológico y final, sino que tan sólo pueden ser medidos con la medida objetiva del resultado psicológico. Hoy día apenas sería posible negar que existen también tendencias inconscientes que llegan a influir muy poderosamente en las reacciones de los humanos y en las repercusiones de las mismas.

Lo que acaeció en casa del señor A, correspondió exactamente a esta manera de ver. La enferma organizó toda una escena sentimental, a raíz de la cual el señor A viose obligado a reaccionar con una correspondiente declaración de amor. Considerados a la luz de estos dos últimos puntos de la historia, *todos los antecedentes demuéstranse netamente orientados hacia ese fin*, en tanto que la conciencia de la enferma protestaba continuamente contra ello.

La conclusión teórica que podemos sacar de esta historia consiste en el reconocimiento clarísimo del papel de una «intención» o tendencia inconsciente en la escenificación del susto ante los caballos, no sin la utilización, probablemente, de aquel recuerdo infantil en el cual los caballos se precipitan irremisiblemente hacia la catástrofe.

Considerada a la luz de todo el material de que disponemos ahora, la escena de los caballos —comienzo de esa historia— nos aparece como la última piedra colocada encima de un edificio construido con grandes precauciones. El gran susto y la eficacia aparentemente traumática de la vivencia infantil no están sino escenificados, aunque de una manera especial que caracteriza a la histeria, a saber, que lo meramente escenificado aparece casi como si fuera la misma realidad.

Sabemos, tras la experiencia de varios centenares de casos, que hasta diversos dolores histéricos están sólo «escenificados» para lograr determinadas finalidades en las personas que rodean a los enfermos. No por esto dichos dolores son reales. No sólo ocurre que los enfermos crean tener aquellos dolores, sino que dichos dolores son tan reales desde el punto de vista psicológico como los que se deben a causas orgánicas. Y, a pesar de esto, están fingidos y «escenificados».

REGRESIÓN DE LA LIBIDO. — Esta utilización de reminiscencias con vistas a una «escena» de enfermedad, o de toda una etiología aparente, se llama *regresión de la libido*.

La *libido* vuelve sobre determinados recuerdos y los activa, de modo que de esta manera *aparece la existencia de una etiología*. Según la teoría inicial del traumatismo, podría parecer en nuestro caso como si el hecho de asustarse ante los caballos se fundamentara tan sólo en el antiguo traumatismo. La analogía existente entre ambas escenas es innegable, y el susto de la enferma aparece en ambos casos como completamente real. De todas maneras, no tenemos ningún motivo para du-

dar de la autenticidad de sus declaraciones sobre este preciso punto, puesto que las mismas están en consonancia con todas nuestras experiencias obtenidas en otros casos. El asma nerviosa, los estados histéricos de fobia, las depresiones y exaltaciones psicógenas, los dolores, espasmos, etcétera, todos son completamente reales, y quien haya experimentado como médico un síntoma psicógeno en su propia persona, sabrá cuán real es la sensación que se tiene. Las reminiscencias revivificadas regresivamente, por muy fantástica que sea su naturaleza, son tan reales como los recuerdos que tenemos de nuestras vivencias auténticas.

Tal como lo expresa ya el mismo término «regresión de la *libido*», este modo regresivo de la aplicación de la misma se concibe como una vuelta de la *libido* a sus propias fases anteriores. En el ejemplo que acabamos de relatar detalladamente, se reconoce con toda claridad de qué manera se produce el proceso regresivo. En aquel banquete de despedida en que la ocasión de quedarse a solas con el huésped pareció muy propicia, la enferma retrocedió ante la idea de aprovechar la oportunidad, y dejóse dominar por sus deseos hasta entonces nunca confesados. Esto quiere decir que no utilizó su *libido* conscientemente con vistas a dicha finalidad, sino que *fue rechazada* por ella, a consecuencia de lo cual vióse obligada a realizar sus propósitos a través de lo inconsciente y del velo del susto experimentado ante un peligro sobremañera grande. La sensación tenida por ella en el momento de aproximarse los caballos, ilustra muy gráficamente nuestra formulación: tenía la sensación de que se acercaba algo inevitable. El proceso regresivo se deja concretar muy bellamente mediante una imagen empleada por el pro-



pio Freud. La *libido* podría compararse a un río que, cada vez que tropieza en su curso con algún obstáculo, se estanca y produce, por consiguiente, una inundación. Si en ocasiones anteriores el mismo río llegó a cavarse aún otros lechos fuera del usual, entonces son ante todo ellos los que se inundan, de modo que vuelven a aparecer otra vez, hasta cierto punto, como normales cauces fluviales, aunque no tengan a la vez sino una existencia irreal y momentánea. No como si el río volviera a escoger desde ahora en adelante el otro camino viejo para siempre, sino que lo utilizará tan sólo mientras dure el obstáculo en su curso principal. Si los cauces secundarios no llevan agua, no es debido a que no hayan sido antes, por decirlo así, ríos autónomos, sino a que antaño, cuando el curso principal iba formándose, habían sido otras tantas fases evolutivas o por lo menos posibilidades pasajeras cuyas huellas no se han borrado todavía y que, por tanto, pueden volver a aparecer en caso de un desbordamiento de agua en el cauce del río.

Este símil puede aplicarse sin más ni más sobre el desarrollo de las aplicaciones de la *libido*. En tiempos del desarrollo infantil de la sexualidad, la orientación definitiva—en el símil, el curso habitual del agua—no se ha encontrado aún, de modo que la *libido* fluye a través de toda suerte de caminos secundarios, y tan sólo paulatinamente va encontrando la forma definitiva. Pero con el hecho de que se encuentre el curso definitivo, todos los cursos secundarios llegan a secarse, perdiendo todo sentido menos el de recuerdo histórico. De la misma manera todos los ejercicios previos de la sexualidad infantil pierden casi totalmente su sentido, excepto algunos dejos y hue-

llas. Ahora bien, si más tarde se presenta algún obstáculo, de modo que el estancamiento vuelva a vivificar los antiguos caminos secundarios, entonces tal estado de cosas es, en suma, algo nuevo y al mismo tiempo algo anormal. El estado infantil anterior representa, sin embargo, una aplicación normal de la *libido*, mientras que la regresión de la misma hacia los caminos infantiles es algo anormal. Creo, pues, que Freud no está autorizado a designar los fenómenos sexuales de la infancia como *perversos*, puesto que es ilícito designar un fenómeno normal en términos de patología. Este empleo indebido acarrió efectivamente unas consecuencias deplorables, produciendo gran confusión en el público científico. Tales denominaciones no son sino aplicaciones *retroactivas* sobre normales a base de resultados obtenidos en neuróticos, hasta cierto punto bajo la suposición previa de que el camino secundario anormal, descubierta en la persona neurótica, sigue siendo el mismo fenómeno que ha sido en el niño.

LA AMNESIA INFANTIL. — La misma equívoca aplicación retroactiva de los términos técnicos de la patología se ha hecho también en la llamada *amnesia infantil*, como quisiera hacer notar aquí entre paréntesis. «Amnesia» designa un fenómeno patológico que consiste en la «represión» de determinados contenidos de conciencia, pero que de ningún modo podría ser idéntica a la amnesia anterógrada de los niños, que estriba en una *incapacidad intencional de recordar*, tal como la poseen por ejemplo los salvajes. Esta incapacidad de producir recuerdos data desde el nacimiento y puede ser comprendida a base de unas razones

biológicas harto contundentes. Sería emitir una hipótesis muy extraña el querer suponer que esa cualidad completamente diferente de la conciencia protoinfantil pueda ser reducida a represiones sexuales según el modelo de la neurosis. La amnesia neurótica produce lagunas en la continuidad del recuerdo, mientras que los recuerdos de la primera infancia consisten en islas particulares sumergidas en la continuidad de no-recordar. Este estado es, en realidad, antitético al de la neurosis bajo todos los aspectos, de modo que es completamente ilícito emplear a este respecto la expresión «amnesia». La «amnesia infantil» es una conclusión *retroactiva* de la psicología de las neurosis, de la misma manera que la «disposición perversa polimorfa» del niño.

#### EL PERÍODO DE LATENCIA DE LA SEXUALIDAD. —

Este grave defecto en la formación teórica se pone al descubierto en la extraña teoría del pretendido *período de latencia sexual* de la infancia. Freud observó que los fenómenos sexuales protoinfantiles, que yo designo por *fenómenos del grado presexual*, vuelven a desaparecer otra vez tras cierto tiempo, para reaparecer después mucho más tarde. Lo que Freud llama la «masturbación del lactante» —esto es, todos aquellos actos semejantes a los actos sexuales, de los cuales hemos hablado ya— tendría que volver más tarde, según él, en la forma del onanismo auténtico. Este proceso evolutivo representaría, sin embargo, un *unicum* biológico. Esta teoría no supone ni más ni menos que, por ejemplo, una planta pueda formar un capullo del cual empieza a desarrollarse una flor. Sin embargo, antes de que esta flor se haya desa-

rollado completamente, vuelve a desaparecer en el interior de la planta para reaparecer de nuevo, cierto tiempo después, en forma análoga. Esta suposición imposible es una consecuencia directa de la afirmación según la cual las actividades protoinfantiles del grado presexual no serían sino fenómenos verdaderamente sexuales, y que los actos del lactante análogos a actos de masturbación, no serían sino masturbación auténtica. En este punto se venga la terminología ilícita y la extensión exagerada del concepto de la sexualidad. Freud tuvo que llegar de esta manera forzosamente a la suposición de que exista una tal desaparición, y la denominó período de latencia sexual. Lo que Freud nos describe como desaparición, no es más que el verdadero *comienzo de la sexualidad*, siendo los antecedentes un mero grado previo al cual no le corresponde ningún carácter sexual. El fenómeno imposible del período de latencia queda explicado de esta manera con suma sencillez. La teoría del período de latencia es, en cambio, un ejemplo magnífico para demostrar que la suposición de una sexualidad protoinfantil es una equivocación grave. No se trata aquí de errores de observación, puesto que precisamente la hipótesis del período de latencia demuestra cuán claramente llegó a observar Freud el momento en el cual la sexualidad «reaparece». El error radica en la manera de ver. Tal como antes vimos ya, estamos aquí en presencia del PROTON PSEUDOS, un tanto anticuado, de la pluralidad de los impulsos. Tan pronto como admitimos la existencia paralela de dos o más impulsos, tenemos que admitir también forzosamente, que si un impulso no ha llegado aún a manifestarse, no por eso deja de existir, según el símil de la teoría de los cajoncitos. Desde